Seix Barral

Susanna Tamaro

Tu mirada ilumina el mundo

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Citas
Querido Pierluigi...
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
Notas
Créditos

Sinopsis

Dos almas inquietas, dos seres aparentemente imperfectos: la amistad entre Susanna Tamaro y el joven poeta Pierluigi Cappello se construyó sobre una pasión común por la naturaleza y la poesía y se convirtió en su refugio.

«Los años de nuestra amistad fueron para mí años de una gran libertad. La libertad de ser como somos», escribe Tamaro, apuntando así a uno de los grandes males de nuestro tiempo: la incapacidad de aceptar al diferente.

Tu mirada ilumina el mundo es un libro sabio y conmovedor en el que los recuerdos de esta relación inolvidable, truncada por la enfermedad, se entrelazan con los de infancia y juventud para componer un canto a la vida y a la aceptación personal. Un texto luminoso sobre el alma, la superación de la muerte y el significado profundo de nuestra existencia.

Tamaro brilla una vez más por su talento al encarar temas universales con una combinación de humanidad, ternura y amor que la convierten en una autora única cuyas obras «han dado la vuelta al mundo adentrándose en ese idioma común que es el lenguaje del corazón», *ABC* .

Tu mirada ilumina el mundo

Susanna Tamaro

Traducción del italiano por Julia Osuna Aguilar

Da, pues, a tu siervo un corazón que sepa escuchar.

REYES 1, 3:9

Empieza por escribir tu nombre,
para que deje huella, una marca cualquiera de grafito
que resuene sobre el blanco. Con pocas letras,
siglos, décadas de historia, el silencio
de la página dispuesto a abrirse en canal,
a recibir y diseminar.
Resalta sobre el blanco y deja de ser blanco
para ser voz el lápiz que atraviesa el folio,
y, gota a gota, algo cede y te crece por dentro:
Pierluigi, seguido de Cappello, un nombre en un susurro;
y dentro de un nombre, el hombre que no se concede
sus propios rasgos, amparados por una torpeza
misericordiosa.
Ligero, como la ceniza. Fresco, como el aire entre los
dedos.
Desaparecido, como una nube.

PIERLUIGI CAPPELLO ,
«Estado de reposo»

Querido Pierluigi:

Hasta ayer la casa y los campos estaban recubiertos de escarcha. Si salía a andar, el suelo crujía a cada paso; si me adentraba en el bosque, me envolvía ese silencio que sólo el invierno profundo sabe regalarle al mundo. Todo queda suspendido, todo sereno. Es la época que más me gusta, cuando el pensamiento se despeja y el corazón se deja invadir por una ligereza infantil. No parece haber sombras ni nada que amenace con derrumbarse de improviso. Todo está iluminado, con una luz que no deja lugar a dudas.

Luego están los días como hoy, cuando el cielo se levanta mate y revela la imprevista desnudez de los árboles. ¿Y qué queda de ellos salvo un revoltijo de líneas? Los castaños y los robles de la colina de enfrente no difieren mucho de una hilera de palotes dibujados por una mano vacilante; una mano que parece haber perdido los nervios y se ha puesto a vapulear con rabia el folio, rellenándolo de rayas finas: troncos, ramas, ramitas, lo que queda tras el gran espolio del otoño. La hojarasca sigue a sus pies, manteniendo calientes las raíces y a las criaturas minúsculas que encuentran refugio en esa tibieza inesperada. Mientras, a los que caminamos por encima nos recuerda no sin cierta crueldad la transitoriedad de la vida.

Todo cambia, todo se transforma.

De joven me encantaba pasear entre la hojarasca, le pegaba puntapiés como si fuera arena para ver cómo volvía a caer. Ahora, sin embargo, su gran manto pardo hace que se apodere de mí cierta tristeza.

En cualquier caso, hoy me he abierto camino hasta mi estudio vadeando hojas caídas de robles y castaños, entre bellotas y erizos aún puntiagudos.

Muchos imaginan el lugar de trabajo de un escritor como un entorno acogedor, provisto de una hermosa estantería llena de libros importantes, un escritorio cubierto de carpetas y apuntes, tapices y cuadros por las paredes, puede que incluso un sillón o un sofá donde relajarse y recibir a los periodistas.

No es mi caso.

Yo trabajo en una cabaña de madera con vistas a un bosque. El mobiliario es espartano: un escritorio minúsculo que le compré hace treinta años a un trapero (aún conserva la placa metálica del Ministerio de Exteriores), una silla, la cama de madera de cuando era pequeña, una repisa para los libros, un viejo despertador de cuerda que me regaló un buen amigo —y que, con su vetusto tic tac, rellena el silencio de la

habitación—, una mecedora de madera con una lámpara bastante maltrecha al lado y, en la esquina, una pequeña estufa, cuya marca escrita en la portezuela —*Argo* , como el perro de Ulises en italiano— habla de una fidelidad perpetua y de confianza.

Esta mañana al entrar hacía quince grados. Fui a por leña de la que tengo apilada bajo los aleros para rellenar la estufa. Al principio se ha puesto un poco caprichosa, entre la humedad de la leña y de la propia cámara de combustión, y ha formado de pronto una gran humareda, hasta que por fin hemos hecho las paces. Ahora la temperatura ha subido a veinte grados y su borboteo sumiso acompaña mis pensamientos.

Al arrugar una hoja de periódico para preparar el fuego, he visto la fecha y me he fijado en que era de hacía dos años. ¡La de tiempo que llevaba sin venir al estudio! Los que más han notado esta ausencia prolongada han sido los ratones, que han podido corretear a sus anchas. Hay señales de sus movimientos por doquier: en las velas, en la cubierta de los cables, en la goma de borrar roída por los bordes, en la almohada de la cama, en cuyo interior han horadado una alcoba de fábula. Aunque rara vez se dejan ver mientras trabajo, siento sus ojos, minúsculos como cabezas de alfiler, brillando de curiosidad en la penumbra.

Al otro lado de la ventana cuelga un comedero para los pajaritos. Sus piídos impacientes cuando ven que se les ha acabado la comida son los únicos *tuits* que me llegan mientras escribo.

El viento es la única otra cosa que suena. Lebeche, siroco o tramontana, brisa ligera de primavera o breve vendaval de verano; de tanto en cuando, el ulular inclemente que acompaña algunas jornadas invernales. En los meses cortos y oscuros es el propio viento quien toca la sinfonía del bosque, empezando por los tallos jóvenes que, al sacudirse con la docilidad flexible de sus fibras, provocan un ruido seco. De los árboles más grandes sólo se mecen las copas, las ramas chocan y crujen, engendrando el murmullo sumiso del invierno. No se oyen ya los peculiares sonidos que se originan en la variopinta diversidad de la espesura.

Callan los insectos y mudo permanece también el gran coro de pequeñas aves que inunda el aire en cuanto asoman los primeros renuevos. Los robles son los únicos que no han perdido aún las hojas, su cabellera cobriza se yergue en solitario. Son la voz solista de la sinfonía invernal, independientes de los crujidos y los murmullos del bosque.

Si el encadenamiento de troncos desnudos y negros contra un cielo opaco puede evocar una imagen de almas dolientes, perdidas en un infinito mundo lechoso, el roble es por su parte la personificación de quien no se pliega a las leyes de la mayoría, de quien no acepta el destino, sino que lo desafía.

De joven me encantaban los robles. En la fragilidad de esos años, su

poderío me reconfortaba, y me animaba a enfrentarme a las cosas con esa firmeza robusta tan suya. Sin embargo, ahora, si llegara un hada y me preguntara en qué árbol me gustaría convertirme, respondería sin duda que en un sauce o una mimbrera.

El sauce, al igual que el crisantemo, es víctima de una reputación que no le hace justicia. Si a la espléndida flor otoñal, que asoma a primeros de noviembre, siempre se la asocia con la época en la que conmemoramos a nuestros difuntos, la existencia del sauce está marcada por el terrible adjetivo *llorón* . Huelga decir que este tipo de árbol no es más que una variedad de toda la especie y que algunos sauces no derraman lágrima alguna.

¿Te acuerdas de que una de las primeras veces que fui a verte te conté las intrépidas aventuras de un arbusto de su misma especie, de una mimbrera?

Todo empezó en el pequeño estanque que hice excavar hace más de veinte años justo en el sitio donde después, años más tarde, construí el estudio.

¿Quién puede resistirse a la fascinación del agua?

Donde hay agua no tarda en llegar la vida, y no hay nada más bello que contemplar las continuas transformaciones que se dan por encima y por debajo de la superficie.

Al principio sólo eché al agua seis carpines, ávidos devoradores de larvas de mosquitos. El resto de criaturas que fueron poblándolo llegaron al estanque bien por su propio pie, como sapos y ranas, bien reptando sobre la barriga, como las culebras, o incluso volando, como las magníficas libélulas que lo patrullan y llenan el aire estival de batallas campales.

Alrededor del agua, aparte del ginkgo que me regalaron por mi cumpleaños, planté sólo dos o tres bambúes, que con el tiempo se han convertido en una selva impenetrable, mientras que el ginkgo fue echando sus típicas raíces aéreas. Su follaje, tan antiguo como majestuoso, nos recuerda todos los otoños que el esplendor del oro estaba incluido desde el principio en el plan de la Creación.

También las plantas, al igual que los animales, llegaron por su cuenta, transportadas por las patas invisibles del viento. Un día reparé con estupor en un grupito de papiros que había despuntado en una orilla, mientras que en la de enfrente se erguía un arbusto desconocido.

Jamás lograré explicarme de dónde salieron los papiros y, en lo que se refiere al arbusto —que al momento supe distinguir que era una mimbrera —, seguramente vino de algún arbusto vecino; de hecho, había visto varios iguales cerca de una poza donde se abrevaba el ganado, a no más de dos kilómetros de distancia. La brisa primaveral debía de haberlo levantado desde allí para transportarlo colina abajo, junto a sus hermanos, pero él parecía ser el único que había tenido la suerte de caer en la arcilla del

estanque.

Su irrefrenable crecimiento me hizo recordar las palabras del primer salmo: «Ese hombre es como un árbol plantado junto a los arroyos». Y, ciertamente, en un par de años el enclenque arbolillo se transformó en un tronco robusto.

En primavera y verano su copa liviana atraía a miles de pajaritos cantores que, desde aquel abrigo seguro, casi como si fuera un trampolín, planeaban sobre la gran roca que estaba colocada en el centro del laguito para permitirles abrevarse sin peligro. En verano ofrecía sombra y refugio, en otoño se liberaba de sus hojas lanceadas, y éstas, soliviantadas por el viento, se arremolinaban en el aire como un banco de pececillos plateados que, en lugar del mar, hubiesen escogido el cielo para nadar.

Su presencia, en definitiva, me colmaba de felicidad.

Una felicidad que, sin embargo, se vio truncada el día que descubrí que sus raíces se insinuaban por la frágil estructura del laguito y estaban destrozándolo.

Raíces y copa han de crecer en la misma medida, yo misma lo escribí en *Donde el corazón te lleve* . ¿Cómo podía haberlo olvidado?

Sólo me quedaba una alternativa si quería salvar el estanque: cortarla. ¡Qué pena más grande! Pero no tenía más opción. Así fue como un día, en mi ausencia, la sierra se abatió sobre su tierna corteza y transformó el tronco y las ramas en tristes leños para la estufa.

La vida, sin embargo, reanudó su ritmo y no volví a pensar en ella. El otoño acabó, transcurrió el invierno, regresó la primavera. Una mañana, al pasar por casualidad al lado de la pila de leña puesta a secar bajo el alero, miré de reojo las ordenadas capas de roble y castaño y no di crédito a lo que veían mis ojos.

Entre los leños oscuros comidos por la carcoma, estaban brotando otros más claros. Los reconocí al instante, pertenecían a la mimbrera talada. En el estupor inicial se deslizó un temor.

¿Cómo era posible?, me pregunté.

¿Cómo era posible que, tantos meses después, corriese aún la vida por aquellas fibras leñosas? Una vida fuerte, casi arrogante, capaz de producir verdugones, como si el arbusto siguiera suspendido sobre el estanque, reflejándose en sus aguas.

¿Y qué clase de señal era aquélla?

¿Debía ignorarla o debía en cambio responder a esa energía que me pedía casi a la desesperada poder seguir su curso, el que yo tan bruscamente había interrumpido?

Esa misma tarde cargué el tronco germinado en el coche y fui hasta el lago de Bolsena, que no queda lejos de donde vivo. Cuando llegué a sus orillas, cavé un pequeño hueco y metí dentro lo que quedaba de mimbrera. No tenía raíces ni tenía nada. Lo mío no era más que un intento

desesperado por responder a su llamada de socorro y apaciguar así de paso mi conciencia. La lógica me decía que era del todo imposible que resucitara.

Por suerte, gran parte de las cosas de este mundo no responden a la lógica. Y así fue como aquel verano el arbusto se llenó de ramitas, superó el invierno y, para la siguiente primavera, ya parecía haber nacido y crecido allí mismo.

Desde entonces pasé a preferir las mimbreras a los robles.

Madera blanda, pero raíces fuertes.

Seca sin ser árida.

Una copa capaz de ofrecer refugio con la sencillez de los humildes. Una flexibilidad que no opone resistencia, sino que se pliega, acompaña, secunda porque sabe que la mano de hierro sólo conduce a callejones sin salida, ese todo o nada, ese todos rectos o nos quiebran.

Quizá la historia de nuestras dos vidas, tan alejadas, y a la vez tan extraordinariamente cercanas, podría resumirse así.

Somos robles que se convirtieron en mimbreras.

Preferimos la escucha a la lucha. La savia vital que lleva siempre a renacer antes que sucumbir.

1

Esta mañana me ha nevado un poco mientras iba al estudio. El cielo se ha levantado muy cubierto y los primeros copos caían débiles, sin decidirse a ser lluvia o nieve. El estudio estaba más helado que de costumbre, y la leña se ha resentido por la humedad acumulada durante la noche.

Con todo, en cuanto ha prendido el fuego, también la nieve ha empezado a caer con un ritmo más regular. Un muro blanco entre el paisaje y yo que no ha tardado en recubrirlo todo.

La nieve era un tema recurrente en nuestras conversaciones, ¿te acuerdas? Bien entrado el otoño, cuando te llamaba, te preguntaba:

—¿Ha llegado ya la nieve?

—Sí, ya está aquí, la veo brillar al fondo, en las montañas.

Otras veces, en cambio, antes de responderme, te asomabas a la ventana.

—No hay, aunque no creo que tarde ya.

Y es que tú desde tu casa contemplabas la majestuosa corona de los Alpes, mientras que yo desde la mía llego a entrever los picos de los Apeninos.

La nieve que aguardábamos no era la de los esquiadores, sino la que da al mundo otra dimensión de la existencia.

La nieve impone un silencio imprevisto, y era ese silencio lo que necesitábamos y añorábamos.

Una repentina escapada en el clamor de los días.

Un pensamiento que se aquieta y se convierte en reposo en medio del tumulto de pensamientos.

La nieve era además para ti recuerdos de infancia: las campanillas de invierno que recogías con tu madre por el torrente, las ropas de tu padre, que irrumpían heladas en la estancia donde esperabais a que volviera del trabajo, sus pasos acolchados sobre el suelo... y, alrededor, el paisaje, engullido por el manto blanco.

Para mí, en cambio, que nací a la orilla del mar, la nieve siempre ha sido el sueño y el deseo de algo intacto, sereno, de un mundo resuelto en su sencillez. Un mundo en el que cada cosa podía ser clara y necesaria, lejos del estrépito diario que dificultaba con su futilidad, y a menudo su crueldad, el paso de mis días. Un mundo donde los contornos de lo interior y lo exterior los definían el frío y el calor. Donde el frío era lo externo, la realidad que afrontar, y el calor, lo interno, el espacio protegido y

afectuoso de una casa.

Aunque nacimos con diez años de diferencia, las infancias de ambos estuvieron marcadas por las estufas. La de vuestra casa de piedra en Chiusaforte funcionaba con gasóleo, mientras que la que calentaba la mía de Trieste era de carbón.

Otros ritmos, otros olores, un tiempo que ahora parece pertenecer a una época que podríamos llamar antigua.

¿Será por eso por lo que me mantengo fiel a mi vieja estufa Argo, con la esperanza diaria de que la leña no esté demasiado húmeda y no me intoxique con su nube de humo? Podría sustituirla por una de última generación, de *pellets* , que son lo más seco que hay, provista también de un mando a distancia que me permita activarla desde lejos, puede que incluso sin levantarme de la cama.

Pero no lo hago.

¿Por qué?

Quizá porque rara vez la creatividad y la comodidad son realidades que vayan de la mano.

Esto lo comprendí hace muchos años, cuando, en la casa de alquiler donde vivía antes de mudarme aquí, me quedé tres días aislada, sin corriente eléctrica ni teléfono, precisamente por una nevada bien fuerte.

Tras las primeras horas de desconcierto y de esperar en vano a que volviera la luz, me adapté a aquella nueva dimensión. Seguí escribiendo a mano, en un cuaderno, iluminada por la luz vacilante de las velas.

Y mientras trabajaba pensé en que el noventa por ciento de los libros que se siguen leyendo en nuestros días —esos que damos en llamar clásicos— se compusieron en idénticas condiciones. Y tuve asimismo la certeza de que habría podido seguir escribiendo así toda la vida.

De hecho, aquella penumbra se pobló de personajes, de pensamientos y reflexiones que nunca habían asomado ante la luz fría de la pantalla.

La palabra se alimenta de sombra.

Y justamente eso es lo que le permite resplandecer por momentos con una luminosidad sorprendente.

Sin contraste, las palabras tienden a pasar como mercancías diligentemente alineadas en una cinta transportadora; mercancías controladas, medidas, aprobadas por las regulaciones estándar.

En lugar del fulgor del «Me ilumino de inmensidad» de Ungaretti, el cálculo sencillo de una prosa que debe rendir.

La palabra en cadena rinde, la palabra que no crea desvelos, que no inquieta y en cambio lo recubre todo con la tranquilizadora envoltura de la mediocridad.

La fiebre tecnológica nos pasó a los dos de largo como un río donde no

teníamos interés alguno en zambullirnos. Rozó nuestras vidas sin desviarlas de su equilibrio habitual.

Ambos habíamos escrito siempre a mano, en cuadernos muy parecidos.

Tú a lápiz, yo a boli.

Tú con una caligrafía ordenada y regular, yo con una más nerviosa y agitada, como si en mis pensamientos soplara siempre el viento boreal de mi infancia.

Cuando por fin te mudaste a tu casa de Cassacco, totalmente domotizada, te llamé para saber cómo habías pasado los primeros días en aquel espacio que prometía nuevas y maravillosas comodidades.

—Llevo dos días muerto de frío —me respondiste desolado—. No consigo que funcione nada.

¿Quién mejor que yo podía entenderte? A mí me cuesta lo mío hasta encender la tele, ahora que tiene dos mandos.

¿Terquedad?

¿Tozudez?

¿Deterioro neuronal?

No sé, lo único que sé es que este mundo telemático e informatizado no consigue metérseme en la cabeza, al igual que no tenía nada que hacer con la tuya.

—Ya verás, es como una varita mágica, como el genio de Aladino —te dije cuando te regalé la tableta—. Basta con acariciarla para que cumpla todos tus deseos.

Te quedaste encantado, como yo en mi momento. Por fin podías consultar todas las páginas sobre aviones y soldaditos que quisieras, igual que yo no me canso de visitar páginas de anuncios de perros abandonados, canarios y bicicletas.

Un día que fui a verte te descubrí también las bondades de la versión digital del *mahjong* , el centenario juego chino que lleva años haciéndome compañía.

Pero el uso de esta tecnología extraordinaria se limitaba en nuestro caso al cultivo de pasiones infantiles, pasiones de otro milenio, de otra era. Pasiones que, en su sencillez inocua, provocan la sonrisa de la mayoría. Construir maquetas de aviones, soñar con bicicletas, hacer un solitario en una tarde especialmente vacía.

Las veces, en cambio, en que llegaban a nuestras pantallas mensajes amenazantes y parpadeantes desde las misteriosas centrales del mundo telemático —«Haga una copia de seguridad», «Su memoria está casi llena», «Instale esta nueva actualización»—, nuestra dicha sosegada se transformaba en terror. No éramos capaces de comprender el lenguaje que hablaba, y menos aún de tratar con él.

En la década de los noventa, cuando en el momento más inesperado el primer ordenador que tuve mostraba una bomba con una mecha que se

consumía —«¡error, error, error!»—, me iba corriendo de la habitación como si estuviera estallando un incendio a mis espaldas.

Cuando un mundo es ya grande de por sí, no puede haber otro. Y el nuestro era aquél: el fuego y la piedra, el agua y la nieve; las distintas sombras y los distintos ruidos de los bosques; las pequeñas criaturas que retozan por los arbustos y bajo los tallos, y las más grandes y complejas que caminan por los prados. No tener miedo de la infancia, no temer lo que se revela ante sus ojos.

Ya casi ha parado de nevar, veo una ardilla que baja muy erguida por el tronco del viejo castaño. Va apartando la nieve con sus patitas, moviendo las hojas en busca de algún erizo de castaña. Si la doctrina de la metempsícosis resultara ser cierta, me gustaría trasmigrar mi alma al cuerpo de ese pequeño roedor y vivir así siempre, suspendida entre la tierra y el cielo.

Si fuera una ardilla, habría tenido la previsión de esconder en alguna parte una avellana, una bellota, para los tiempos duros de tu ausencia, algo para recuperar fuerzas.

Pero, como soy un ser humano, no escondí nada; de golpe se hizo la desnudez, la soledad, y en esa desnudez y esa soledad sigo viviendo.

Cuando enciendo el móvil me saltan de pronto los contactos favoritos. Uno es el tuyo. Si aún pudiera llamarte, si tu voz tan querida y amada pudiera aún responder «¿diga?», ésa sería mi bellota.

Una conocida mía francesa me contó que, por culpa de una manifestación, no pudo llegar a tiempo para ver morir a su marido en el hospital. Al volver a casa, el teléfono empezó a sonar con una insistencia fuera de lo normal. Como no parecía querer parar, fue a responder de mala gana, pero la reticencia se transformó en pánico cuando al otro lado de la línea oyó que una voz decía: *«C'est moi...»* .

¿Qué sabemos realmente de la vida?

¿Y cuántas cosas mantenemos apartadas de nosotros, por miedo a lo que puedan revelarnos?

La lógica ha erigido altos muros a nuestro alrededor, y quizá sólo cuando nos quedamos a solas comprendemos que el perímetro de la fortaleza es, en realidad, el de nuestra propia prisión.

Una borrasca recorre hoy Italia, así que supongo que habrá nevado también en Chiusaforte. Me imagino el candor que envolverá el paisaje y el ruido de coches, camiones y tren cada vez más lejano.

Chiusaforte es todos los regresos que me alejan
mientras nieva el tiempo sobre la nieve que fuiste
sobre pasos más tarde contados y recubiertos de blanco

y hay un llanto oculto en el firmamento
en las piñas a los pies de los abetos
en el silencio que araña las almas y a veces
nos impulsa a lo alto, a lo alto
donde hay palabras que eran piedras
dichas de buenas a primeras, en el frío
dejadas en confianza a las nubes.

2

De tener que imaginar otra vida, otra dimensión en la que ejercitar la mirada, ¿qué habrías escogido tú?

«Vamos a jugar a ser...» era un pasatiempo frecuente en nuestra infancia. Había quien quería ser Napoleón, quien Toro Sentado o simplemente un tigre, un león, un elefante.

No me cabe la menor duda de que tú, de haber podido escoger una vida zoológica, te habrías decantado por un ser capaz de volar.

Seguramente avistaste águilas o busardos ratoneros en tu infancia, pero me cuesta imaginarte como un ave rapaz, forzado a sobrevolar el horizonte limitado de un valle.

Si su imagen no estuviera tan trillada en poesía —y sobre todo si tuviera la certeza de que te habría apetecido perderte en la extensión infinita y monótona del mar—, diría que el albatros.

Aunque en realidad creo que el vuelo que más te habría pegado habría sido el de la cigüeña, animal majestuoso y manso, capaz de atravesar desiertos, mares y continentes para alcanzar más tarde chimeneas o torres de alta tensión, para recordarnos desde allí arriba que se trata de la criatura misteriosa a la que durante miles de años se le ha atribuido el privilegio de dar la vida.

Volar en silencio, suspendido en el aire, como los planeadores que te encantaba pilotar.

Volar contemplando todo lo que hay abajo, con la distancia apasionada de la luna leopardiana, que nunca se cansa de recorrer las sempiternas sendas. [1]

¡Cuántas veces charlamos sobre el misterio de las migraciones! Te hablé de las golondrinas que anidan desde hace veinte años en mi casa, del viaje que repiten todos los años de Mali a Umbría, y de Umbría a Mali. Mientras me escuchabas, compartiste conmigo el estupor por la fidelidad de este regreso inexplicable.

Una cigüeña es una cigüeña, te decía, pero el cuerpo de una golondrina no es más que un puñado de gramos de huesos huecos y plumas. Y, sin embargo, en esos seres minúsculos se encierra una voluntad titánica, capaz de hacerles superar dunas y olas, costas, montes y valles, huir de las redes de los cazadores y de sus tiros, de las garras y los picos de los depredadores. Y todo sólo con tal de volver al nido donde un buen día vinieron al mundo.

Un nido del que partir.
Un nido al que volver.
¿Qué peso tiene eso en nuestras vidas?

Nací a la vera de esas hojas
a la orilla de un río, llevo en las fosas nasales
el corazón de resina de los abetos, en los ojos, el silencio
de cuando nieva, la memoria larga
de quien tiene poco que contar.
El norte y el este, las piedras rotas del invierno,
la sombra de las nubes al fondo del valle
son mis puntos cardinales;
no conozco el horizonte sin dimensiones del mar
y en la Italia de los setenta Chiusaforte
no era más que una burbuja, minutos condensados en siglos
en los gestos de un estar parados en el mundo
cosas que tenían confines pequeños, los huertos pobres, las pilas
de troncos que eran un eco del tiempo en el tiempo carrera
de ladera en ladera, en medio de la oscuridad.

Ése era tu nido.

¿Qué palabras utilizar para describir el mío? Palabras de un signo totalmente opuesto, me temo. Más que la resina de los abetos, debo evocar las bocanadas de los altos hornos que envenenaron a generaciones de mi familia en Servola, el «horizonte sin dimensiones del mar», que se abría ante el balcón del piso donde nací, el edificio construido con prisa y saña a finales de los años cuarenta del siglo pasado, fruto de una vorágine generada por las bombas, para alojar a parejas jóvenes y hacerles creer que aquellos agujeros humeantes nunca existieron.

Nada de huertos pobres o montañas de leños, sino signos del nuevo bienestar que estaba asomando, acompañados por las sirenas de los astilleros, que me recordaban el aullido agónico de un animal herido.

Pero también el olor a carbón de las estufas y el traqueteo de las grúas que cargaban y descargaban los barcos abajo en el puerto.

Y mis padres, dos seres que daban vueltas aturdidos por las habitaciones, demasiado jóvenes, demasiado solos, demasiado traumatizados para ser capaces de construir algo realmente duradero. La gente tenía hijos por tener, porque, después de tanta muerte, era la señal natural de que las cosas estaban retomando el curso adecuado, aunque me temo que los míos nunca llegaron a entender qué supuso aquel acto tan fundamental en la trayectoria de sus vidas.

¡Qué gran misterio se oculta tras un nacimiento! Al igual que nadie pide venir a este mundo, tampoco nadie escoge el modo en que sucederá.

Y sin embargo todo en esta vida depende de lo que tenemos a mano cuando nacemos, de lo que la Historia nos echa a las espaldas.

Y la Historia, en el siglo en que nacimos, fue un carro de ruedas con pinchos, un carro que pasó por las vidas segando, tronchando, hiriendo, dejando tras de sí huellas imposibles de olvidar.

La tierra en la que vinimos al mundo, la tierra de nuestros padres, tuvo el siniestro privilegio de verse empapada de sangre como pocas otras en el tiempo que duraron las dos guerras. Rojos los sembrados, roja la hierba y roja incluso el agua de los ríos.

Agua que ya no era vida sino tumba de multitudes, descomposición atroz de cuerpos jóvenes. Y rojo seguramente también el cielo cuando, en el horizonte, anunciados por un estruendo tenebroso, en escuadrones ordenados, aparecían los bombarderos.

No sé cómo, pero tengo la impresión de haber nacido con ese sonido en los oídos, con los potentes motores en cercanía, su silbido y luego el estallido.

Ninguna de las caminatas de mi infancia estuvo realmente marcada por la despreocupación de la edad; temía de continuo que ocurriera algo, y ese algo estaba sin falta relacionado con un derramamiento de sangre.

Cada vez que paso por el Carso, cada vez que veo el sombrío edificio de la Risiera, siempre que camino por nuestra tierra martirizada, me parece que nos hemos apresurado a archivar la Historia. La llegada del *boom* económico supuso un milagro inesperado, pero sus efectos fueron sólo superficiales. Recubrió los escombros con productos resplandecientes, mientras que, por debajo, lo dejó todo intacto. Terror, desarraigo, angustia, sensación de precariedad, depositados para siempre en la memoria genética de las generaciones posteriores.

Lo que podría parecer una licencia poética ha obtenido ya una confirmación científica. Es la epigenética la que nos asegura que los traumas violentos vividos por los padres, los abuelos y todos los antepasados se transmiten en el ADN de los hijos por medio de la química.

Aunque ¿acaso no nos hablaba ya la arcana sabiduría de las Escrituras de este descubrimiento realizado en los laboratorios más avanzados y asépticos?

Las culpas de los padres recaen en los hijos.

Relegar el concepto de culpa a semejante trasgresión y a la condena correspondiente nos coloca en una situación de ceguera vergonzosa.

La principal y más devastadora culpa de un padre es justamente la de dejar de ser padre. Y existe una gran variedad de formas de no serlo, tan amplia como humanos hay.

No transmitir lo que se legó durante siglos antes de nosotros, interrumpir la cadena de fidelidad entre las generaciones, a sabiendas de que ése es el pilar que sostiene —o debería— a todo ser que viene al

mundo.

Cuando un padre deja de ser padre, se infringe la ley de la descendencia, y existen responsabilidades individuales, más allá de la suprema, la de la Historia.

Cuando se interrumpe el curso de lo que siempre ha sido, el río desbordado por la realidad necesita mucho tiempo para regresar a su cauce, y volver a discurrir del manantial a la desembocadura, y no viceversa. Porque ése es el sentido que las leyes de la naturaleza le han impuesto al mundo.

La mansión en la que se crio mi madre, la misma que atesoraba la memoria de sus abuelos, se derrumbó víctima de un bombardeo poco antes del armisticio. El relato de las largas horas vividas en el refugio antiaéreo, del frío, del miedo, de la espera extenuante, así como la muerte de su perro, al que tanto quería y al que encontraron entre los escombros humeantes carbonizado al lado de unos huevos intactos, aunque cocidos, fue la triste fábula de mi infancia.

El agujero negro que dejó esa bomba es el mismo en torno al cual mi madre construyó su vida: el mundo que conocía estalló en pedazos en cuestión de segundos, y el resto de sus días no fueron más que un deambular en busca de una realidad capaz de sustituirlo.

Y fue en este deambular cuando encontró a mi padre. Hijo poco querido de una familia ya de por sí fría, los alemanes lo apresaron cuando tenía dieciséis años y lo enviaron a un campo de trabajos forzados. Allí empezó a beber y ya no paró en toda su vida. «Mi amor es la botella —le confesó a un amigo un día que estaba eufórico—, nunca habrá otra como ella.» Y cumplió aquella promesa durante el resto de su vida.

Mi madre era demasiado joven, demasiado inexperta, y tenía demasiadas ganas de volver a tener una familia para darse cuenta de que, tras el rostro de ese muchacho tan cariñoso y fascinante, se escondía una personalidad que estaba ya en total decadencia.

La presencia de mi padre en casa estuvo marcada siempre por una intermitencia absoluta. Estaba, no estaba e, incluso estando presente, parecía no estar. Silencio, gafas oscuras, distracción; de vez en cuando, un arrebato de ira violenta.

Nosotros para él no éramos sino un molesto incordio. Lo irritábamos con nuestra presencia. Sus hijos lo escrutábamos con ojos adoradores y él nos veía como moscardones.

Con todo, ni por un instante dejamos de desear una palabra, una mirada, una señal, la que fuera, con tal de que confirmara el sentido de nuestra presencia en el mundo.

Nuestra madre intentaba mantener vivo —al menos en lo posible—, el fuego de la admiración, ese fuego que arde en el corazón de todo niño. Cuando, al hacer las tareas, le preguntaba por el oficio de mi padre, me

decía que era procurador, un trabajo bonito e importante. Y yo me lo imaginaba tras una gran mesa, aporreando absorto y presto una máquina de escribir.

La realidad era que lo único que nos procuraba eran disgustos. Organizaba estafas pero, de lo torpe que era, al final lo estafaban a él. Un día, al volver de la escuela, nos encontramos con un precinto en la puerta de la casa y a mi madre sentada en los escalones. Embargo. Hasta ella estuvo a punto de tirar la toalla. Cuando conseguimos volver a entrar en la casa, encogidos en nuestras camitas, la oímos gritar en la noche: «¡No te importan tus hijos! ¡No te importan lo más mínimo!».

Si mi madre se había criado en el culto al trabajo y la industriosidad, mi padre por su parte consideraba el empleo, fuera el que fuese, una atadura de la que había que librarse sin falta. El único arte en que realmente destacó fue en el de vivir a expensas de los demás.

Mi padre, nuestro padre, era una persona amoral y poco de fiar a la que no le interesaba en absoluto la suerte de los seres que había contribuido a traer al mundo.

Pero yo lo quería igualmente.

Me encargué de cuidarlo durante mi edad adulta y en su breve vejez, porque ésa es, al fin y al cabo, la condena escrita en el corazón de todo hijo. No abandonar nunca la esperanza, no perder nunca la paciencia, seguir deseando ver devuelto el amor de quien te ha traído al mundo.

¿Por qué cuento todo esto?

Porque cuando pienso en tu nacimiento y el mío no puedo por más que fijarme en que somos sideralmente opuestos, como si, aparte de diez años y cien kilómetros, nos separara todo un siglo.

Tu padre siguió siendo padre, y tu madre, madre. El mundo que los rodeaba encontraba su razón de ser en su propia sencillez arcaica, en las dificultades y las fatigas del día a día. Las cosas eran como debían ser, y no de otra forma. Vivir significaba estar en armonía con su curso, acatar una ley y legarla.

Mientras tu padre descargaba vagones en Arnoldstein —entre la nieve y el hielo, y bajo un calor abrasador en verano— para mandar dinero a casa, mi padre, tendido en la cama de cualquier amante pudiente, se aprendía de memoria páginas enteras de *El hombre sin atributos* de Musil.

Cuando los padres son padres y las madres, madres, los hijos disfrutan del privilegio, al menos de pequeños, de ser simplemente hijos.

De ahí que crea que tu infancia perteneció todavía a un mundo casi del XIX , mientras que la mía, gracias al espíritu tristemente profético de mis padres, fue una infancia catapultada a la frialdad inconexa de la posmodernidad.

En el punto final, sin embargo, una vez más nuestros caminos se

encontraron, pues ambos, por diversas razones, nos vimos cumpliendo el más antinatural de los gestos: ser padres de nuestros padres. Y no en su ocaso, sino en plena madurez. Yo, por compasión de su desconsideración destructiva, tú para protegerlos del dolor insoportable de un hijo, al que tanto querían y que tanto los había hecho soñar, confinado a la prisión de una silla de ruedas.

3

En las tardes lluviosas de mi infancia uno de los pasatiempos favoritos de los niños era jugar a los barquitos.

Una cuartilla cuadriculada por cabeza.

En el eje de ordenadas, los números. En el de abscisas, las letras.

Eran las coordenadas en las que colocábamos en secreto nuestros acorazados, portaviones, fragatas y lanchas.

La partida consistía en decir en voz alta un número y una letra, con la idea de interceptar una embarcación de la flota enemiga.

B12, F4, H8.

¡Tocado!

¡Hundido!

La primera y más visible realidad de los encuentros seguramente atienda a una ley matemática, al punto en el que se cruzan la abscisa y la ordenada del plano cartesiano.

Pero luego... o más bien antes de que el hecho en sí se complete, en una zona mucho más misteriosa de nuestro interior, se producen desplazamientos casi imperceptibles que determinan, sin nuestro conocimiento, lo que sucederá.

En un principio nuestras vidas se movieron en una única coordenada, frecuentamos los mismos sitios, aunque con diez años de diferencia. En los barquitos habríamos sido una sola letra. Después, tras un tiempo aparentemente largo, el número se añadió a la letra.

¡Tocado!

Y nos conocimos.

La primera vez que te me apareciste fue en una revista que hojeaba en la sala de espera de un médico o un dentista. Se te veía ante tu casa de Tricesimo y sonreías con un avioncito en la mano. Acababas de ganar un premio literario importante.

En realidad, no te dedicaban mucho espacio en el artículo —la prensa siente una atracción más bien moderada por la poesía—, pero lo que me impactó fue la expresión luminosa de tu rostro.

Verte y sentirme menos sola fue todo uno.

A los pocos días compré tu libro *Mandate a dire all'imperatore* , y durante meses tus versos acompañaron las primeras horas de mis días.

Y es que todas las mañanas, antes de dejarme envolver por el remolino de las no-palabras, me encanta sumergirme en palabras luminosas.

Cuanto más te leía, más ganas me entraban de conocerte.

Podría haberte escrito una carta o haber buscado tu correo electrónico, pero me reprimía la timidez, por no hablar del temor a que pertenecieras a la vasta multitud de mis detractores literarios. Habría sido horrible haberte escrito y que no me respondieras, o lo hicieras con unas pocas palabras formales.

Cuando se produjo nuestro encuentro real —un par de años después—, tuve la clara impresión de que llegaba la pieza que faltaba para colmar una parte aún sin cerrar de mi alma.

La tónica que caracterizó nuestra relación fue, de manera espontánea, la de la no oficialidad. En vez de embarcarnos en conversaciones sobre nuestra actividad literaria o sobre premios ganados, nos pusimos a hablar en el acto de los institutos a los que habíamos ido.

Tú fuiste un chico del Malignani, mientras que yo fui una chica del Percoto.

Para ti el instituto orientado a los oficios técnicos, para mí el orientado a la docencia. Dos instituciones educativas de Udine a poca distancia entre sí, una eminentemente masculina y la otra femenina y, por tanto, fuente de atracción mutua.

La pomposidad del liceo clásico quedaba muy lejos de los programas de nuestras escuelas. Debíamos aprender un oficio, y todas las enseñanzas estaban orientadas en ese sentido. El arcaico esnobismo de esta nación siempre ha negado sutilmente la patente literaria a quien se ha formado lejos del aoristo y de las tortuosas traducciones de las lenguas muertas.

En el fondo todavía no está claro que la literaria no sea muy distinta de cualquier otra carrera académica en la que el progreso se da por etapas, escalando un peldaño tras otro, asimilando el saber de los demás, para luego un día poder contribuir con una aportación personal y propia.

Pero ¿realmente es eso la literatura?

Nuestras dos historias, humanas y literarias, se desarrollaron en direcciones opuestas. A pesar de haber nacido en un valle aislado y haberte criado en un mundo donde el único libro que había en la casa era el Evangelio, tú supiste ver desde muy pronto que las palabras te pertenecían y que el cuerpo a cuerpo con ellas sería el eje de tu futura vida. Por lo demás, el propio Leopardi aseguró en su *Zibaldone* que ya de adolescente era perfectamente consciente de ser un gran poeta.

Me da la impresión de que tú sentiste ese pequeño fuego que ardía en tu interior, y de que sentirlo y comprender que podía extinguirse fue todo uno. Era igual de posible que se apagara como que deflagrara. Tu misión era mantenerlo vivo, pero bajo control. Protegerlo —y protegerte—, porque habías comprendido que la poesía produce fragilidad, y que quien es fuerte, y no conoce límites para su fuerza, gusta de obstinarse en esa fragilidad.

Así, en el dificilísimo año del colegio de via Treppo, para sobrevivir, tuviste que esconder desde el principio tu deseo de quedarte apartado leyendo, cosa que a ningún niño de aquella época se le habría ocurrido hacer.

Ya habías vivido el desdichado preámbulo del primer día de colegio, cuando te presentaste en clase vestido como un diligente contable en miniatura, con tu traje gris, tu camisa blanca y un corte a cepillo bien alto, mientras tus compañeros vestían ya chándal y zapatillas de deporte. El esmero y el cariño con que te había arreglado tu madre —¡el niño iba a estudiar a la ciudad!— estuvo a punto de provocar una catástrofe.

Fue así como tuviste que aprender desde el principio a mimetizarte, a fingir que te gustaban las cosas que a los demás les encantaban. En el segundo curso, sin embargo, cuando te apuntaste al equipo de atletismo, te pusiste a salvo y pasaste a ser de los intocables. Eras un chico bien parecido, de carácter muy alegre y, encima, gran cienmetrista. Corrías como los demás, vivías como los demás.

Ninguno podía imaginar que, a cada paso, resonaban en tu interior las primeras palabras de *Moby Dick* : «Llamadme Ismael».

Yo también había corrido por esas mismas pistas de atletismo una década antes. Recorría obsesivamente el tartán rosado con las modestas zapatillas de lona que se llevaban en esa época. En invierno el aire helado te perforaba los bronquios mientras, al fondo, resplandecían los picos recubiertos de nieve del Mangart, el Montasio, el Canin.

Corría yo sola, sin amigos, sin hablar con nadie. Corría y lanzaba la jabalina, que era mi especialidad. Corría y lanzaba. Lanzaba y corría tras aquella pértiga arrojada incansablemente contra el cielo.

No era otra cosa que el intento extremo y desesperado de luchar contra los fantasmas que siempre habían vivido en mi interior.

4

Aparte de estar en las antípodas por razones geográficas y generacionales —tú, nacido en las montañas e hijo de padres que seguían siendo tal cosa, yo, a orillas del mar e hija de dos personas que chapoteaban libremente en el desempeño de la modernidad—, también estábamos en las antípodas en el ciclo zodiacal.

Tú, nacido en pleno verano, yo, a final de otoño, en uno de los días más cortos del año.

Mucho calor y mucho frío.

Mucha luz y mucha sombra.

Dos mundos, en cierto modo, invertidos.

¿Sería quizá de esa ausencia de luz de donde nacían mis fantasmas, o estaban ya todos en mi cabeza antes incluso de venir al mundo?

Mi madre contaba que empecé a hablar con una precocidad casi alarmante pero que paré igual de rápido.

La entrada en la escuela de párvulos fue traumática desde el primer instante, marcada por la diferencia. No experimentaba alegría alguna por el contacto con mis compañeros ni me gustaban las actividades de grupo. Si se reían todos, yo los miraba preocupada, intentando comprender por qué reían.

Era callada, muy callada, demasiado, y, en consecuencia, no tardé en convertirme en el blanco favorito de las burlas de las compañeras más avispadas, de las que reían antes, de las que comprendían antes y, al aprender rápido, ejercitaban su poder a través del cruel arte de la burla. En sus juegos, entre todos los reinos posibles de los que ser princesa, a mí siempre me tocaba el de las «Fregonas», o sea, el de la basura. No era algo que me causara especial sufrimiento porque en mi cabeza reinaba un orden de las cosas que coincidía en muy pocos puntos con el orden que había en el mundo.

Cuando terminé el parvulario, la directora llamó a mi madre para revelarle sus temores: «A su hija le pasa algo raro —le dijo—, algo serio. No me extrañaría que acabara sus días en un hospital psiquiátrico».

Aquel siniestro vaticinio estuvo planeando por mi cabeza durante toda la infancia, adolescencia y primera juventud. Un vaticinio que, por lo demás, ya resonaba desde hacía tiempo en el corazón de mi madre.

«Desde que naciste —me confesó un buen día—, me di cuenta de que llorabas de forma distinta al resto de los niños. Nunca supe qué hacer

contigo. Al principio intenté mantenerte a raya por la fuerza. Con tu hermano funcionaba, pero contigo no hizo sino empeorar las cosas. Lo que a los demás niños les gustaba a ti te dejaba indiferente, y lo que ellos ni siquiera notaban a ti en cambio te aterrorizaba.»

Mi abuela, que tenía más tiempo y paciencia que ella, se pasaba tardes enteras intentando hacerme hablar, a pesar de que apenas conseguía arrancarme un par de palabras por día.

«Eras como un fortín —me confesó en sus últimos años de vida—. Tras horas de amable asedio, abrías como mucho el espacio de una tronera.»

En esa época los niños pertenecían a dos únicas categorías según se comportaran: los obedientes y los desobedientes. Y la misión principal de la educación era transformar a los desobedientes en obedientes. Mi hermano Stefano, por ejemplo, con una energía desorbitada, capaz de crear continuos desastres, entraba claramente en la de los desobedientes.

La cura para los niños demasiado vivaces era tan antigua y sólida como la Biblia: el azote que se abatía de golpe sobre quienquiera que osara sacar siquiera un pie del tiesto.

Pero ¿y yo?, ¿a qué categoría pertenecía? Era hasta tal punto obediente que mi presencia en una habitación podía pasar desapercibida. Mis principales cualidades eran la inmovilidad y el mutismo.

¿Quién no habría deseado una niña así?

A diferencia de los niños de mi edad, no requería ningún tipo de atención. No tenía deseos. No me obcecaba en caprichos infantiles. Seguía las órdenes con precisión y puntualidad prusianas. Andaba siempre con la mirada gacha. Me daba pavor mirar a la gente a los ojos, igual que me daban pavor los tapones, como el de la bañera o los de las piscinas, mucho más aterradores.

Me daba pavor hacer las cosas que a los demás les entusiasmaban. Un juego nuevo, una excursión, ir a una fiesta. Pero desde bien temprano aprendí a lidiar con estos pavores sin dejarlo entrever.

Era como una olla a presión. En esa época se llamaban *atómicas* . Me quedaba quieta, pero era una inmovilidad sólo aparente porque, en realidad, se iba acumulando el vapor en mi interior y, al aumentar de volumen, adquiría fuerza, cada vez más.

Cuando se acumulaba demasiada fuerza, saltaba la válvula y entonces, en una fracción de segundo, de la niña más buena del mundo me transformaba en la más inmanejable. Aquellos ataques de rabia ciega y furibunda me dejaban días agotada. Sin saber qué hacer, mi madre me zarandeaba con violencia mientras me gritaba: «¿Se puede saber qué te pasa? ¡Que te calmes, cálmate!».

Los ataques estallaban sin una causa aparente. Demasiado ruido, demasiada soledad, demasiada incomprensión. Explotar era la única vía capaz de devolverme una especie de orden interior, fuera el que fuese.

El sueño beatífico de la infancia nunca fue conmigo. Todavía recuerdo el rostro lleno de aprensión cuando mi madre se asomaba a mi cama. Esperaba que estuviese dormida, pero siempre me encontraba con los ojos abiertos de par en par, clavados en el techo.

Empezaron a darme bromuro con regularidad cuando todavía iba a primaria. Era bastante absurdo: la niña más buena del mundo necesitaba que la sedasen.

Ahora que ya quedan muy lejos los tiempos de la escuela, puedo decir que no hubo una hora, un minuto, un segundo transcurrido en esas aulas que no fueran para mí un auténtico calvario. Todo lo que sucedía a mi alrededor era un enigma enorme y amenazante. Por eso no me movía, por eso ni respiraba.

Era una serpiente haciéndose la muerta.

Si hubiera podido expresar libremente mi verdadera naturaleza, me habría quitado los zapatos, habría saltado por los bancos y me habría abandonado a un baile inconexo, habría lanzado libros y cuadernos por las ventanas y entonado a voz en grito absurdas canciones llenas de las palabras inexistentes que llevaban retumbándome en la cabeza toda la vida.

¡Espirolo, desbonco, chirulo!

¡Cuántas veces soñé con hacerlo en mi fuero interno! Lo único que reprimía esa danza liberadora era el terror a las consecuencias. Sólo debía callar y avanzar, como un soldado de infantería. En aquellos momentos no veía abrirse ante mí ningún otro camino.

Cuando pienso ahora por un lado en mi infancia y la de mi hermano Stefano, y, por otro, en la tuya y la de tu hermano Stefano —otra cosa que teníamos en común, dos hermanos con el mismo nombre—, me vienen a la cabeza dos imágenes, la de un invernadero y la de un prado, respectivamente.

Si nosotros nos criamos en un invernadero, vosotros lo hicisteis en un prado, donde invernadero y prado no son tanto evocaciones de una realidad urbana y otra campestre, sino más bien del modo en que siempre existe un orden natural, y otro, en el que, en cambio, ese orden se subvierte.

El orden natural es todo lo que viene del cielo. La lluvia, el sol, el viento y su alternancia cíclica. El orden subvertido es el velo opaco del plástico que separa la tierra del cielo.

El orden natural es estar incluido en el ritmo estable de tu generación. El orden antinatural nos sorprende arrojados en medio de las cosas, sin comprender la razón.

La mirada de un padre digno de tal nombre es como el sol: te permite crecer sin que la duda de las razones de tu existencia te roce siquiera.

La mirada ausente de quien te ha traído al mundo transmite en cambio la misma debilidad que las flores cultivadas. Lo único que se les pide es que sean bellas, nada más, pero es una belleza de cara a la galería: basta que se altere uno de sus parámetros para que se marchiten sin remedio.

De lo que estoy convencida, sin embargo, es de que tu infancia transcurrió sin sombras, inmersa en la sociabilidad natural de un pueblo. Seguro que cuando de pequeño jugabas a las bandas tú eras de los niños que nunca traicionaban y no hacían de chivatos, un pequeño cabecilla con las antenas ultrasensibles.

Si hubiéramos tenido la misma edad y nos hubiésemos cruzado por la ribera del Fella, estoy segura de que no me habrías apuntado una pistola imaginaria en la cabeza, como hacía siempre mi hermano, ni me habrías tirado en el barro de una patada, sino que te habrías sentado a mi lado y nos habríamos puesto a hablar, a la sombra de un sauce.

¿De qué habríamos hablado?

De todo de lo que no podíamos hablar con los demás. De lo sutil, de lo invisible, de aquel horizonte distinto que ya habríamos podido entrever el uno en los ojos del otro. El horizonte del misterio que teníamos por delante y que nos planteaba, ya por entonces, continuas preguntas.

5

Fuiste un niño precoz.

Leer te costaba mucho menos que a los demás. Eras curioso, educado, y ya embrujabas con tus palabras cuando escribías. No era posible estar a tu lado y no darse cuenta de que eras distinto a los demás.

De mí podría decirse lo mismo, pero en un sentido completamente opuesto.

Así y todo, los dos, a cierta edad, que más o menos coincide, encontramos libros que nos transportaron más allá de nuestras vidas.

Para ti fue *Aviones de todo el mundo* , que ganaste en un concurso patrocinado por un banco.

Para mí, la *Enciclopedia de las ciencias naturales* , que me compraron mi madre y mi abuela en el puesto de una feria a la que me llevaron.

También a tu casa, cuando todavía ibas a la primaria —como cuentas en *Questa libertà* —, llegó una enciclopedia. La descripción de la angustia que sentiste mientras esperabas a que tu padre diera su visto bueno, el que habría de materializar las magníficas descripciones del vendedor —se trataba de un gran desembolso económico para tu familia—, se corresponde con la angustia que sentí yo ante las fabulosas palabras del librero de la feria. Ver aquellos tomos y desearlos con una pasión inusual en mí fue todo uno. Yo también, como tú, me repetía por dentro: «Decid que sí, decid que sí».

Y sí, por fortuna, lo dijeron.

La enciclopedia, a pesar de su nombre rimbombante, era en realidad de dimensiones más bien modestas. Dieciséis volúmenes delgaduchos que cabían en un único estuche. Pero lo que prometían se asemejaba, en importancia, a tu manual de aeronáutica.

Así como los maravillosos fuselajes de los aviones del mundo entero te transportaron de golpe a un horizonte al otro lado del valle donde naciste —un horizonte interior del que estabas sediento—, aquellos tomos sobre ciencias naturales me condujeron a mí a un mundo de estabilidad y de relaciones donde me sentía segura. Cada cosa era la que era, y no podía ser otra. La malaquita sólo podía ser malaquita, al igual que el ornitorrinco, los abetos y los baobabs no eran otra cosa que ellos mismos. La Luna era la Luna. Sus movimientos, establecidos por leyes inquebrantables, eran siempre eso, y lo mismo cabía decir de las estrellas, por mucho que, a decir verdad, de vez en cuando alguna muriese, aunque su muerte quedaba tan

lejana que no provocaba perturbación alguna.

Esos libros fueron para mí como un caleidoscopio, una lámpara mágica gracias a la cual conseguí por fin entrever cierto orden en el mundo. Podía apuntalar los pies sobre ellos, podía aferrarme a ellos para que no me llevaran por delante los huracanes.

No tardé en memorizar gran parte de los datos que contenían aquellas páginas, y eso tuvo otro efecto milagroso. Por fin, cuando estaba con gente, incluso con adultos, era capaz de hablar largo y tendido. En lugar de decir cosas estrafalarias, contaba cosas que les interesaban a todos. Porque nadie sabía cómo era la vida de los saltamontes o las distintas formas en que se dispersan las semillas en el aire.

—Esta niña es un fenómeno —comentó una tarde una amiga de mi padre, al salir de una *trattoria* en Roma—. ¡Para los dieciséis se habrá licenciado en Harvard!

Aquellas palabras me llenaron de orgullo, estuve días repitiéndolas para mis adentros. Hasta entonces la idea que yo me había formado sobre mi propia inteligencia era más bien desalentadora. Daba igual lo mucho que me esforzara que no lograba entender casi nada de las cosas del mundo.

Pero hete aquí que, de buenas a primeras, una persona adulta notaba en mí una inteligencia fuera de lo normal, una inteligencia que, además, podía garantizarme un futuro brillante.

La idea de poder pasarme la vida estudiando a los animales me procuraba una paz increíble, daba igual que viviese en una ciudad; que, caminando por las calles, sólo viese de vez en cuando despuntar entre el cemento una terca mata de gramíneas; que los árboles de mi infancia no fueran más que los despeluchados azahares de la China que había en el pequeño parque al que iba a patinar o el plátano grande que daba sombra al banco; que, más allá del pez rojo que gané en una caseta de tiro y del gato al que tanto quería y que mi padre mandó matar en una de las raras veces que volvió por casa, no hubiera tenido más contacto con animal alguno, porque yo ya sabía que, en medio de la naturaleza, encontraría esa paz que siempre se me había negado entre los seres humanos.

Tú soñabas por tanto con ponerte tras los mandos de aviones maravillosos, y yo, con dar la vuelta al mundo hablando con todos los seres vivos que no tenían el don de la palabra.

Si las cosas hubieran sido como tenían que ser, tú habrías sobrevolado las selvas tropicales por las que yo habría caminado durante días, en busca de una especie animal rarísima.

Cuando me mudé de la región de Venezia-Giulia a la del Friuli, tú apenas tenías dos meses de vida, mientras que yo había cumplido ya los diez años y tenía la certeza, al menos en esos momentos, de que mi existencia se

acercaba a una encrucijada. Y de que, sobre ella, brillaba por fin un sol alegre.

Mi madre se había enamorado de otro hombre y, como toda enamorada, estaba radiante de felicidad y llena de proyectos de futuro. Ese resplandor, como una luz reflejada en un espejo, nos alcanzó también a sus hijos, sobre todo al más pequeño que, si bien era genéticamente hijo de mi padre, a los ojos de los demás pasaría por el fruto natural de aquel nuevo amor.

Nos mudamos a una casa exageradamente grande. Aquel nuevo amor de mi madre era un hombre más que pudiente al que le gustaba que todos lo supieran. La casa tenía un jardín, lo que me permitió hacer realidad por fin un sueño, el de tener un perro. Poco después del perro, llegó la bicicleta, otra de mis grandes pasiones.

Tenía por tanto todo lo que podía desear para ser feliz. En vez de una madre triste y llena de rabia, tenía una que sonreía a menudo y, a su lado, había un padre.

El padre que siempre había soñado.

Los domingos íbamos de excursión en el 850 a Fagagna, San Daniele, Cividale, comíamos las especialidades locales, guisos de judías, *frico* , *brovada* ... A veces probaba un poco de vino y me daba vueltas la cabeza. Me gustaba aquel aturdimiento, me recordaba la alegre despreocupación de ciertos días de primavera en los que, terminado el invierno, el aire de pronto se llena de olores.

Me tendía en un prado con los brazos cruzados bajo la cabeza, miraba el azul del cielo, las nubes esponjosas que se movían veloces, y me decía: «¿Será posible que hasta ahora no me haya dado cuenta de lo bonita que es la vida?».

6

Hoy el tiempo ha cambiado de golpe. El hielo de enero ha dejado paso a un cálido viento africano. En cuestión de horas, el cielo se ha vuelto plomizo y se ha ensombrecido, con un tono ligeramente bermejo.

La brusca subida de las temperaturas ha descolocado también a los animales. Los peces del lago se asoman incrédulos bajo las hojas de un nenúfar quemado por el hielo. ¿De verdad que ya hay que salir del letargo?

Desde la espesura de las zarzas peladas, desde las marañas de sus ramas espinosas, desde el bosque de bambú perenne, los pájaros se hacen oír. Los piídos quedos del invierno han dejado paso al canto vivo y modulado de la época del celo. Sin embargo, también en sus cantos parece elevarse una nota de incertidumbre: ¿debemos empezar ya la danza del celo o es todavía demasiado pronto?

En el ciclo establecido de la naturaleza, lo que estimula la hipófisis y pone en marcha el complejo mecanismo de la reproducción es el aumento gradual de horas de luz, algo que suele ocurrir en los diez primeros días de febrero. La sabiduría popular nos lo recuerda bien: «En la Candelaria el invierno queda atrás», repetía siempre mi madre, por mucho que en realidad no supiese, me atrevería a decir, lo que era la Candelaria. Seguramente haya también un refrán equivalente en friulano.

Con todo, no hemos pasado siquiera la Epifanía, los Reyes Magos acaban de arrodillarse para adorar al niño y los días son todavía muy cortos y no es seguro ponerse a trabajar en vidas nuevas.

Para quienes vivimos en contacto con la naturaleza, el cambio climático no es un enfrentamiento ideológico entre dos visiones distintas del mundo, sino una realidad tangible que se manifiesta a diario.

En la historia de la Humanidad siempre ha habido modificaciones en el clima, pero lo que impacta de las que vivimos ahora es la rapidez con la que suceden. No en eras geológicas, sino en décadas.

Hace treinta años, cuando me vine a vivir entre estas colinas, el tiempo era el mismo que en mi infancia. En invierno te ponías jersey de lana, en verano, bañador, en otoño y primavera abrías el paraguas.

Ahora, en cambio, la periodicidad se ha alterado, es casi imposible prever lo que sucederá la semana que viene. Sequías asfixiantes que se alternan con diluvios bíblicos, como si el mando a distancia de la meteorología lo hubiera cogido un desequilibrado preso de continuos

cambios de humor.

Y el humor de la naturaleza, gracias a la complejidad de la química, está ligado indisolublemente a nuestro humor.

Por lo que a mí respecta, si hubiera una escala de los climas más agradables, el tiempo de hoy estaría en el escalafón más bajo, o lo que es lo mismo, me parece el más desagradable que existe.

Este calor antinatural e inmóvil, este horizonte bajo, opresivo, me ponen de pésimo humor. La lucidez del pensamiento y la alegría de vivir se esfuman y aparece en su lugar lo que los monjes llaman *el demonio de la acidia* . Da igual donde estés que estás mal, te mueres por estar en cualquier otra parte. Todo lo que te rodea te oprime, como una prisión sin rejas. No vemos ningún sentido ni futuro alguno para nuestras acciones. Cada instante, cada suceso, parece estar iluminado por la cruda luz de la futilidad.

Ya de adulta, en días como éste en Trieste, recuerdo caminar durante horas por los muelles del puerto, contemplando la inmovilidad gris del mar, su manera de fundirse hasta perderse con el mismo gris del cielo, respirando el aire saturado de los pútridos olores salobres.

Latas, botellas de agua, botes de lejía, cuerpos de muñecas sin piernas, pelotas, enormes ratas con la barriga hinchada flotaban con pereza, todo mezclado en las esquinas entre las orillas y el principio del muelle, en un canto colectivo a la vanidad y la transitoriedad del mundo.

Más de una vez en esas caminatas llenas de furia he pensado en la amarga dulzura del suicidio. Atarme una piedra al cuello y tirarme con los pies juntos a las aguas negras, casi cenagosas, desaparecer entre los plásticos y las manchas de petróleo y dejar que me abracen, ya inerme, las algas viscosas del fondo.

O subir a un acantilado del Carso, en Duino, por ejemplo, y lanzarme desde allí con los brazos abiertos, disfrutando al menos por unos instantes de la alegría de la que gozan los ángeles.

Sí, cortar por lo sano, acabar con todo, salir de esa camisa de fuerza invisible de minutos, horas, días que no sabían revelarme otra cosa que no fuera su vacío y la impotencia que me causaba.

Si bien mi podrido árbol genealógico —el cofre de ADN— incluye suicidios, gracias al Cielo, nunca intenté llevar a la práctica ninguno de esos propósitos siniestros. Sólo necesitaba que amainara de pronto el viento boreal o subirme a un tren para hacer desaparecer de mi mente esas obsesiones perversas.

Cuando he dicho que tú y yo éramos opuestos, no mentía, pero no era toda la verdad. Aunque de puntos de partida distintos, empezamos provistos con la misma clase de pertrechos, y no hablo ahora de los que nos hicieron nacer en condiciones, lugares y familias extremadamente distintas entre sí.

No, nuestros pertrechos secretos, lo que nos unió y nos hizo parecidos desde el principio, fue un amor enorme e incondicional por la vida.

¿Es contradictorio decir «he pensado a menudo en el suicidio» y al mismo tiempo «amo la vida por encima de todas las cosas»?

No, lo erróneo es la cuestión de partida; es decir, considerar al ser humano un monolito inamovible, en lugar de una criatura frágil que está siempre en un precario equilibrio sobre los despeñaderos, los saltos y las asperezas de la vida.

Un día brilla el sol y al otro hay una oscuridad absoluta. Hay quienes encuentran rápidamente el piolet, los crampones, la linterna que permite avanzar al menos un poco, otros en cambio, cuando se encuentran ya en el despeñadero, en la oscuridad, no recuerdan ya nada.

¿Dónde están?

¿Dónde los he puesto?

Y es entonces cuando sobreviene la caída.

Nunca hablamos del tema, pero estoy segura de que tú también viviste a menudo momentos de profunda depresión en esas largas e inertes estancias del hospital de Gervasutta, sobre todo en los últimos tiempos, cuando tu casita roja te esperaba a los pies del castillo de Cassacco.

Pero no por eso dejaste de amar la vida en ningún momento.

«Esta mañana he llorado al oír el canto del gallo», me dijiste en una de mis últimas visitas. Te quedaste luego mirando un buen rato el castaño de Indias al otro lado de la ventana y añadiste en un suspiro: «No quiero irme».

7

Teníamos planeado hacer tantas cosas juntos: escribir libros; pasar unos días en el lago de Barcis, donde viviste tantos ratos felices; hacer un tramo de la vía verde Alpe-Adria; aunque eran muchos, quizá fuese a este último plan al que le cogimos más cariño.

Ya lo teníamos todo pensado.

Yo me montaría con la bici en la estación de Trieste y me bajaría en el apeadero de Tarvisio Boscoverde. Una vez allí, enfilaría la vía y, gracias a la pendiente cuesta abajo, llegaría a Pontebba casi sin rozar los pedales.

El corazón me habría empezado a latir con más fuerza entonces, pero no por el esfuerzo, sino por el júbilo interior que habría experimentado ante la perspectiva de volver a verte.

No sabría dónde me esperarías exactamente.

Posiblemente te habría distinguido como un puntito que se habría hecho cada vez más grande —¿es él o no es él?—, ¿o te me habrías aparecido de repente, al doblar una curva?

Fuera como fuese, nuestros caminos se habrían cruzado en algún momento. Ambos habríamos *quemado rueda* , como suele decirse, y así, charlando o en silencio, habríamos dejado atrás la oscura corona de los montes.

El culmen del placer habría sido almorzar en la estación de Chiusaforte. *Frico* , por supuesto, y otras exquisiteces que habrían hecho palidecer a cualquier nutricionista políticamente correcto.

«El cuerpo es feliz y está bien cuando come lo que comía de pequeño», me confirmó una vez un amigo chino, médico de gran bagaje, un día que charlábamos sobre la continua oferta de dietas cada vez más estrafalarias. En nuestro amor por las vituallas menos saludables siempre fuimos fieles a esa tesis. Al comer experimentábamos la felicidad sin cortapisas con la que comen los perros. Sin manías de sibaritas, sin sutilezas de degustadores. El *frico* , la maravillosa pizza de Fabiola, los tortellini aderezados con panceta de Alina, eran todos felices regalos que planeaban como por milagro ante nuestros ojos. Regalos que devorábamos moviendo nuestra cola imaginaria. Además, si no hay cosa más triste que comer solo, no hay nada más gozoso que hacerlo con amigos.

De las realidades que nos herían del mundo contemporáneo, la que más profundo nos llegaba era justamente la decadencia de las relaciones humanas y el yugo de utilidad y eficiencia que se les impone.

Hay que ser lo más normal posible, entendiendo por normalidad tener ideas ya pensadas, sugeridas y más o menos sutilmente inculcadas desde la más tierna infancia.

Y esas ideas se orientan en una sola dirección, la del consumo. Si puedo consumir cosas, ¿por qué no iba a poder consumir personas?

Destechado el Cielo, anulado todo posible temor a lo desconocido, anestesiadas las dudas, las inquietudes, en suma, todo lo que separa al hombre de los simios antropomorfos, anulado ese abismo en cuyas puertas está impreso el sello del misterio, no queda más remedio que considerar al otro un objeto puro y duro.

Comprable, sustituible, desguazable.

Y ese proceso nos conduce vertiginosamente hacia el fin de la biodiversidad humana. Con lo mucho que luchamos, y con razón, por defender la del medio ambiente, y no nos preocupamos por la nuestra...

¿Recuerdas la de veces que te hablé de los insectos sociales? Nuestra sociedad camina en esa misma dirección, te decía. Y no en la de mis amadas abejas, que, en su breve vida, adoptan muchos papeles distintos, sino más bien en la de las hormigas, o las termitas, cuya existencia está determinada por la casta de nacimiento. Si naces guerrera, tu deber será siempre combatir, mientras que si eres obrera tu sino será trabajar toda la vida.

La complejidad del mundo reducida a un hormiguero de tamaño planetario. ¿Y qué es internet, la web, sino una tela de araña? Su nombre viene precisamente de *spider's web* , la telaraña. El tejido sedoso del que está hecha es una de las estructuras más resistentes que existen en la naturaleza, un dato que tú conoces bien, porque se estudió para realizar, entre otras cosas, el tejido de los paracaídas.

Sin embargo, aparte de su extraordinaria resistencia, tiene otra característica importante: es casi invisible. De lo contrario, las presas, en vez de quedar atrapadas, la evitarían.

Por eso no nos hemos dado cuenta. La tela nos ha caído encima y nos ha apresado, al tiempo que nos hace creer que seguimos siendo libres. Hay países en los que ya te ponen chips bajo la piel del brazo. No creo que tardemos en introducírnoslos en el cerebro. Es cómodo, es útil, es moderno.

¿Por qué no?

«¿Por qué no?» es la pregunta inútilmente retórica de estos tiempos.

¿Por qué no hacerlo?

¿Qué lo prohíbe?

Hay que ser honestos con la respuesta: absolutamente nada.

En una sociedad en la que el cielo no es más que un cúmulo de nubes gaseosas, en la que no hay ni temor ni temblor, nada nos prohíbe hacer las cosas más atrevidas.

Nuestra tristeza de personas enamoradas de la palabra, y del enigma que se oculta en su existencia, se debía al convencimiento de que esas fuerzas sombrías, aunque aparentemente benéficas, estaban devorando toda sensibilidad, toda libertad, toda capacidad de imaginar un futuro distinto del impuesto.

Porque realmente ¿qué hay más inútil, más gratuito e injustificado que la poesía?

Acabaremos como los indios americanos, te decía, encerrados en una reserva con un perímetro cada vez más estrecho. Tú serás Toro Sentado y yo Caballo Loco, los héroes de nuestras lecturas infantiles.

No se puede volver atrás, decíamos, más que nada porque la tecnología trae consigo una serie casi infinita de beneficios.

Pero es posible resistir.

Entre todas las formas de resistencia posibles, la única que parecía adecuada era la que practicábamos entre nosotros.

Cultivar en lugar de consumir.

Las amistades se cultivan, las relaciones se consumen.

Es cultivar lo que ennoblece las cosas, lo que las hace importantes. Las piedras no se cultivan, se cultivan las plantas, las relaciones, porque el acto de cultivar contiene en sí mismo una única idea.

La del crecimiento.

Si somos amigos, es como si cuidásemos de una plantita entre los dos. La regamos cuando tiene sed, la ponemos a resguardo cuando tiene calor. Mantenemos limpia la tierra que la rodea, para que no crezcan hierbajos. Al hacerlo no nos preguntamos si, con el tiempo, ese germen se convertirá en una flor, un arbusto o un árbol.

Lo que nos hace felices es saber que, si un día uno de los dos no puede llevar el agua para saciarle la sed, lo hará el otro. No habrá aridez capaz de matarla.

¿Qué es la amistad sino una atención paciente y amorosa hacia la vida del otro?

8

¡Cuántas veces en estos años de visitas habré recorrido la carretera que une Udine con Tricesimo! Nada más llegar a tu casa, no había vez que no te manifestara el descontento que me producía el cambio sufrido por el paisaje.

Ya no existía el Friuli que yo conocía y que había conservado en el recuerdo.

¿Dónde estaban los campos de maíz de mi adolescencia?

Desaparecidos.

Y en su lugar, había surgido una serie ininterrumpida de centros comerciales.

Conocía aquella recta como la palma de mi mano porque la había recorrido a menudo en bicicleta, pero mis recuerdos de finales de los años sesenta vagaban extraviados por aquel laberinto de cubos de cemento.

Nada más salir de la ciudad, había una tienda de artículos de acampada a la derecha, y siempre me paraba a soñar delante de su escaparate.

Al poco, a la izquierda, se erguía un edificio de estilo neoclásico enorme dotado de una espléndida escalinata donde exponían salones y dormitorios estilo Luis XVI. Si no recuerdo mal, en el letrero ponía algo así como MUEBLES CON ARTE .

Tras una larga línea recta flanqueada sólo de campo, se llegaba por fin al cruce para Reana del Rojale. Una angulosa casona de cemento que alojaba un bar era la señal de que Udine había quedado atrás y se acercaba Tricesimo. La confirmación llegaba de manos del letrero de la tienda de muebles Walcher, con su gran elefante blanco tranquilamente apoltronado en un sillón.

Lo que más me asombró la primera vez que fui a verte fue encontrarme esos remotos puntos de referencia aún en su sitio, a pesar de que, engullidos como están entre los colosos de los centros comerciales, semejen ya reliquias de una era antigua poblada por liliputienses.

Sólo hace falta ver los coches para comprender que ha sucedido algo inquietante. En los años setenta una familia entera viajaba con sus maletas en un Cinquecento, mientras que ahora, si ves uno aparcado, te preguntas cómo es posible que allí dentro cupieran ni dos personas. Lo mismo puede decirse de los supermercados. Donde antaño había sólo uno, hoy han surgido treinta, con pasillos de estantes largos y profundos como el Gran Cañón. Y todo a pesar de que la población no ha crecido en esa

proporción, y nuestro estómago sigue siendo el mismo, el más bien modesto de un simio antropomorfo.

Con todo, el Friuli de mi adolescencia seguía pareciéndose mucho al de Pasolini y al de tu infancia.

Y lo mío fue un flechazo.

Los de Trieste y los de Udine, al menos en esa época, no podían ni verse. Los friulanos, trabajadores acérrimos, despreciaban a los triestinos, disolutos acérrimos.

Hormigas contra cigarras, en definitiva.

En mi fuero interno supe desde el principio que en aquel enfrentamiento yo pertenecía al mundo de las hormigas.

El talento creativo aún no se había manifestado en mí a través de ninguna señal exterior. Es probable que ya en mi interior hubiera un trajín ininterrumpido, pero era similar al de un hormiguero, cuya febril actividad subterránea nada se nota en la superficie, salvo por un agujero minúsculo.

Por lo demás, a diferencia de Trieste, donde solamente veía calles, edificios y, como mucho, el mar, Udine estaba rodeada de campo y colinas, por no hablar de las adoradas montañas que llevaba años admirando desde la lontananza del muelle Audace. En Friuli se me antojaban tan cerca que casi parecía poder acariciarlos. La bicicleta era el corcel mágico que me llevaba en cuestión de minutos por la vera del Cormor y los bosquecillos de acacias.

Y luego estaba la lengua friulana, un habla misteriosa para mí al principio pero que no tardó en seducirme con su dulzura.

En definitiva, brillaba el sol en mi vida.

Pero ¿era un brillo real?

Cuando nací, las estrellas estaban dispuestas en un modo que favorecía un influjo imponente de Saturno. Y Saturno, fiel a su misión, siembra por doquier obstáculos, sean piedrecitas o peñas, y hasta puros pedregales. Los lanza en medio del camino para obstruirlo cada vez que el camino se promete demasiado fácil. Arrancar, retroceder, sentir cada día un nudo en la garganta, secundado por una débil voz interior que te invita a rendirte. Ésta es la condena que impone ese planeta lejano a quien nace bajo su luz gélida.

Yo aún no lo sabía por aquella época.

Me dedicaba a pedalear alegremente o a jugar con mi perro, al que tanto quería. Como todas mis compañeras estaban enamoradas de algún cantante, yo me esforzaba por imitarlas. Estuve mucho tiempo sin decidirme entre Adamo —llegué a tener un llavero con su foto— y Mal el de los Primitives.

Al final me quedé con Mal.

Mi máxima aspiración era poder vivir una vida lo más normal posible,

y estaba casi convencida de andar muy cerca de ese objetivo. Terminaría el colegio, el instituto, iría a la universidad, encontraría un gran amor, me casaría y tendría al menos seis hijos. Seis niños que habrían sido felices porque los habría colmado con todo el amor y las atenciones que yo no tuve.

No cumplí ninguna de esas aspiraciones.

Si bien conocía las técnicas de caza de los leones, que aíslan a la víctima más débil de la manada antes de atacarla, o las de la tarántula, que sigue y captura a traición a sus presas para arrastrarlas a las profundidades de su madriguera, nunca sospeché que pudieran aplicarse las mismas técnicas a los seres humanos.

El marido de mi madre era un auténtico psicópata. Como muchos psicópatas, parecía de lo más normal, incluso simpático. Estoy convencida de que, de haber cometido un delito, los vecinos les habrían asegurado con cara de consternación a los periodistas de turno: «¿Quién lo habría dicho? Nunca dio un problema, una persona tranquila, amable con todo el mundo».

La tarántula no muestra sus armas letales, aguarda a la presa en la oscuridad de la madriguera. Su éxito depende de su resistencia, de la complejidad de su estrategia.

Y mientras, en las polaroids, todos sonríen. Brilla el sol, son felices. También la tarántula sonríe, pero la sonrisa no se debe ni al sol ni a la compañía, sino a saber que pronto caerá la noche y, de esa noche, será dueña y señora indiscutible.

El primer hilo que hay que tender, el más importante, es el de la separación. Alejar a la presa de sus parientes, de sus amigos, de todo el mundo que le es conocido. Conseguir aislarla sin que se dé cuenta y, en esa soledad, hacerla sentir como una reina.

«Nadie te hará tan feliz como yo», recita el mantra del encantamiento. Hacer que la presa saboree el privilegio de la intimidad para luego, un día cualquiera, transformar esos abrazos en cadenas, las palabras, en un alambre de espinas que apretar cada vez más en la garganta.

Hasta entonces había conocido el mal de la Historia, la indiferencia de la naturaleza, que hace que los más débiles sucumban ante los más fuertes, pero, en el dominó de mi primera infancia, faltaba aún una pieza: experimentar la maldad pura y dura en mi propio pellejo.

9

¿De cuántas capas está hecha una persona?

Está el cuerpo, con su imponente sistema bioquímico y su vínculo indisoluble con las férreas leyes de la física. Si tenemos los pies en la tierra y no volamos por el aire como globos, no es por un deseo obstinado nuestro, sino porque existe la fuerza de la gravedad.

Luego está la mochila que contiene todo lo que nos dejan quienes nos precedieron en la aventura de la vida. Rasgos físicos y psíquicos y, como enseña la epigenética, incluso las tendencias innatas. El talento para las matemáticas o la música, las manías inocuas, por no hablar de gran parte de las habilidades manuales y los miedos sin rostro que forman parte de ese paquete regalo con el que venimos al mundo.

Sobre todo esto, se colocó, en el siglo pasado, la corona ennoblecedora de la psicología. Ello, yo y superyó son los señores de todos nuestros movimientos interiores. Nos habitan y nos poseen, empujándonos a comportamientos cuyas razones son sólo evidentes para ellos. Para entenderlos, para entendernos, cada vez necesitamos más de la ayuda de alguien que sea capaz de desenredarse en esa oscuridad confusa en la que damos vueltas aturdidos, como Garbancito la primera vez que lo abandonan en el bosque.

Como es natural, la psicología es tan antigua como el ser humano, lo único es que, antes de convertirse en ciencia interpretativa y terapéutica, fue terreno exclusivo de la poesía, de la gran literatura y de las religiones. Eran los poemas épicos los que mostraban al mundo cómo era posible afrontar una situación, los que les daban a los hombres la inspiración para desatar los nudos. Era la Biblia, con la extraordinaria riqueza y variedad de sus personajes, la que nos recordaba la fragilidad y la transitoriedad de nuestras vidas, la que mostraba el camino que recorrer.

Cuando la psicología irrumpió como ciencia codificada, eclipsó lenta pero inexorablemente milenios de cultura del ser humano, reduciendo su inquietante complejidad al paradigma de una técnica.

Al fin y al cabo, entre nosotros y un motor tampoco hay tanta diferencia. Una vez localizada la avería, ya tenemos a mano las herramientas adecuadas para repararla.

Por suerte, así es en muchos casos.

Una obsesión puede superarse, pueden vencerse los ataques de pánico, puede arrojarse algo de luz sobre una relación confusa, pero esta

manutención no es sino un cuidado que nos permite avanzar cojeando un poco menos, sin llegar realmente a enfrentarnos a la extenuante lucha de Jacob.

Ya no hay ángeles en nuestro mundo, ni escaleras que suban al cielo.

Todo sucede aquí y ahora.

Pero este aquí y ahora no prevé la quietud del estado contemplativo, sino que más bien se inclina hacia un horizonte tan fino ya que pronto se volverá invisible; ya no cuentan las buenas acciones, al igual que tampoco se valora la existencia de los sentimientos nobles. La única vía a la que todos nos encaminamos es la del pequeño runrún diario, caminar al frente con la mirada gacha, asumiendo los deberes que se nos requieren, sin plantearnos preguntas inútiles.

Si después nos aprietan el corazón inquietudes anónimas que nos llenan de insomnio las noches, mejor tomarse una pastilla. Las hay para todas las necesidades: timidez, angustia, obsesión... No existe fragilidad interior que no contemple un remedio capaz de disiparla. Ya nadie tiene realmente el valor de hablar del destierro del alma.

¿De cuántas partes se compone una persona?

Al final sólo de dos, cuerpo y alma.

Lo que se ve y lo que no se ve.

La fuerza de la gravedad de la Tierra y la fuerza de la gravedad del Cielo.

La primera la experimenta todo ser vivo; la segunda sólo al ser humano se le concede la capacidad de negarla. Mirar adelante y bien alto, o sólo adelante. Vivir se vive, pero de otra forma. Existe un orden que nos precede y prescinde de nosotros, ¿o somos nosotros mismos los que creamos ese orden? Si lo único que dirige las acciones es el ego, no es difícil que en poco tiempo el orden se transforme en desorden, porque el nuestro traspasa sus fronteras y se cuela en las de los demás. Y, por resumir, así se transforma la sociedad en un batiburrillo de mónadas que chocan entre sí. Mónadas cada vez más rabiosas, mónadas cada vez más tristes.

Cuando se publicó *Donde el corazón te lleve* , lo que más me impactó fueron las reacciones iracundas que suscitó la palabra *corazón* entre las élites culturales.

El libro se consideró cultura basura, un producto para ignorantes fáciles de embaucar, vulgaridades que no eran siquiera dignas de las frases que vienen con los Baci Perugina. Yo era joven por entonces y me asombró tanta furia. Ya no me asombro. La represión del alma y la represión del corazón son la misma cosa. Nuestra identidad debe concentrarse en la cabeza y en los genitales, entre medias no debe haber nada.

Que fueras poeta y, por tanto, estuvieras lejos de la tiranía de las etiquetas, sumado a la gran fragilidad de tu condición física, te preservó de

las saetas de los nihilistas y del submundo de prepotentes y arrogantes.

«Pero ¿tan reaccionaria es usted que todavía cree en la existencia del bien y del mal? —me preguntó en una ocasión una periodista—. ¿No le parece de lo más ridículo?»

Ante ese tipo de preguntas —las he tenido infinitamente peores— me sumía en un estado de estupor ensimismado. Era evidente que aquella señora no había leído el libro. Si se hubiera tomado la molestia, habría recordado que en realidad yo escribí: «El corazón del hombre era como la tierra, una mitad iluminada por el sol y la otra en la sombra». Si se hubiera apoderado de ella el mal, si la hubiera despojado de todo, si le hubiera cortado el aliento, habría descubierto que la negatividad pura existe y actúa con una ceguera iracunda.

En el transcurso de mi vida he conocido a personas que sobrevivieron a Auschwitz, a las matanzas de Ruanda, a los campos de Libia, a viajes en patera. A ninguna se le pasaba por la cabeza la estrafalaria idea de que el mal pudiera ser una abstracción. Al igual que, por lo demás, todos estaban plenamente convencidos de la existencia de una realidad opuesta a la que, por convención, llamamos *Bien* . Si todavía hablaban, si estaban vivos y eran capaces de razonar, era precisamente porque alguien, en un momento dado, les había tendido una mano.

Entre nosotros dos, ni siquiera hubo necesidad de entablar esa discusión. Reconocernos fue cuestión de una mirada.

Entender el corazón también es eso.

Asomarse al abismo, caer dentro y luego, lentamente, con esfuerzo y tras muchos momentos de desaliento, lograr remontar hasta la luz del sol.

Con diez u once años me sentía como una flor que tan sólo deseaba abrirse; sentía que me corría por las venas un torrente de savia. Tuve el privilegio de vivir ese estado durante una o dos estaciones. Conocía el comportamiento de los animales, pero poco más. Estaba acostumbrada a la falta de afecto, a la dejadez, a no contar nada, a no preguntar nada.

Como no tenía nada con lo que comparar, pensaba que aquello era lo normal cuando creces. Hasta entonces me había sentido culpable por no ser como los demás querían que fuese, pero en ese momento me decidí más que nunca a dominar mis fantasmas, a conseguir que mi madre estuviera orgullosa de mi existencia.

La hija modelo, la que siempre había deseado y no había logrado tener. Esa de la que hablar con desenvoltura con las amigas —mi hija esto, mi hija lo otro—, no el enigma silencioso que llevaba viviendo a su lado una década.

Estuve realmente a un paso de conseguirlo.

No sabía que estaban a punto de atacarme otros fantasmas más horribles. Las brasas que llevaba por dentro estaban a punto de estallar y

desencadenar incendios.

10

En otros tiempos, a las minas de carbón se bajaba siempre con una jaula con un canario. Los pájaros vivían allí toda la vida, en las galerías más oscuras. No creo que su maravilloso canto alegrara nunca a nadie en aquella penumbra —sin luz es complicado cantar—, pero es posible que, con su sacrificio, salvaran la vida a muchas personas. Es verdad que las aves tienen unos pulmones frágiles, basta una mínima emanación tóxica para poner fin a sus días. Eran los primeros que notaban los escapes de grisú, y esa percepción letal permitía a los mineros huir de las galerías antes de que fuera demasiado tarde.

Del mismo modo que el pequeño canario que, con su sacrificio profético, permitía ponerse a salvo a quienes tenía al lado, yo fui la primera en percatarse de la situación gravemente patológica en la que vivía mi familia.

Viéndolo ahora, me asombra muchísimo porque hasta ese momento no se me dio nada bien comprender la dinámica de las relaciones humanas.

Con todo, pronto empecé a olisquear el aire y a pensar «algo no va bien». Primero me lo dije para mis adentros y luego se lo susurré a mi madre. Pero sus oídos no eran capaces de escuchar. Había vivido muchos años sufriendo por no haber podido construir la familia de sus sueños. Ahora que la tenía no pensaba permitir que nadie la destruyera.

Y menos yo.

Había una obra en escena y todos debíamos atenernos al guion. Yo era la única que daba vueltas por la casa, alterada, con mi papel en la mano y gritando «¡no quiero hacerlo!».

Hace años padecí durante meses una grave depresión postraumática debido a un accidente en bicicleta al que sobreviví de milagro. En aquella ocasión estuve haciendo terapia con una psiquiatra y juntas nos enfrentamos al grueso de mi adolescencia.

—¿Cómo es posible que yo fuera la única que huía de esa situación de sometimiento? —le pregunté.

Su respuesta me iluminó:

—Porque, gracias a tu condición, no eras manipulable.

¡No ser manipulable, eso era!

Los otros miembros de la familia, cada uno a su manera, habían llegado a un acuerdo. Se habían dejado seducir por el privilegio de la casa bonita, de la apariencia exterior de familia feliz. Migajas de normalidad aparente

esparcidas por aquí y por allá para ganarse a los cachorrillos hambrientos.

A mí, en cambio, las apariencias me importaban poco. Desde que he tenido uso de razón, en mi fuero interno, en mi mente, ha habido siempre una gran sed de verdad. La larga clausura infantil fue un lúcido y sufrido aprendizaje entomológico. Observaba, registraba, catalogaba todo lo que sucedía a mi alrededor, con la esperanza de entrever una rendija que pudiera permitirme comprender algo de los comportamientos humanos.

¿Por qué era tan frecuente que las personas dijeran una cosa e hicieran otra? Era algo que me provocaba un gran desconcierto.

Nunca tuve un ápice de maldad. No comprendía —y sigo sin hacerlo— el subtexto de los discursos, ni las señales de ambigüedad que permiten volver en mi favor el acontecer de los sucesos.

Siempre me he acercado a los demás con temor, es cierto, pero también con la profunda convicción de que todos compartían esa misma ingenuidad.

Era Ariadna intentando encontrar el hilo para salir del laberinto. No encontré el hilo, al menos en ese momento, pero el ovillo que durante tanto tiempo fue enmarañándose en mi interior fue quizá la fuerza que más tarde me permitió escribir.

En tales condiciones, ¿cómo podía sobrevivir en una telaraña de relaciones cada vez más enfermas? ¿Cómo podía fingir que todo iba bien cuando el nivel de violencia, de sadismo, de desprecio, aumentaba a diario?

Entre las ollas de cobre de la fábula, yo estaba destinada a ser la de barro.

Nunca fui normal.

Y así me convertí en el chivo expiatorio ofrecido en bandeja de plata.

—¡Tu hija me ha echado clavos en el plato! —gritaba la Olla de Cobre —. ¡Quiere matarme!

—¿Clavos? ¡Pero si no hay ningún clavo! —replicaba con candor la Olla de Barro.

—¿Por qué siempre tienes que mentir? —intervenía furiosa la otra Olla de Cobre—. Están ahí, ¿no los ves?

Existen muchas formas de matar a una persona, pero la más imprecisa y menos castigada seguramente sea la traición del amor. En el agua que debía regarme, se mezcló arsénico. De la prometedora lozanía de la planta quedó sólo un tallo achicharrado.

¿Qué significa ser maltratados con saña y que tu madre mire para otra parte, como distraída?

¿Qué significa vivir durante años, día y noche, con el terror de que cualquier frase, cualquier respiración, cualquier paso suscite una reacción de violencia psicópata?

¿Qué significa todo esto, cuando ya tienes a tus espaldas una larga historia de fragilidad?

Este tipo de situaciones suelen ofrecer dos caminos posibles: adaptarse, y volverse como ellos o, si cabe, peor aún. O bien mantenerse al margen y enloquecer. Creo que gran parte de las personas recluidas en manicomios desde que éstos existen no han sido en realidad sino personas heridas en su necesidad de amor.

Somos seres nacidos, por naturaleza, para realizarnos en esa dimensión. Tenemos necesidad de amor para justificar nuestro estar en el mundo, como el sauce que, para crecer, necesita agua.

Necesitamos amor para crecer y para ofrecer sombra. Sin esa energía de partida, no queda otra cosa que disgregarse, deslizarse como un peso muerto por las numerosas vías que llevan a la destrucción.

Mi voluntad de salvación me hizo aguantar hasta que entré en el instituto. Allí, en aquellas anheladas aulas que habrían de entreabrirme las más anheladas aún de la universidad, recibí sin embargo el golpe de gracia.

Tras caer en el itinerario menos codiciado del instituto —la mayoría de mis compañeros provenía de los valles de Carnia o del sur del Friuli—, comprendí al instante que había vuelto atrás, a los días de mi infancia.

La lógica del latín no era mi lógica, y menos aún la del griego. Por no hablar de las matemáticas o el francés, asignatura en que logré sacar un glorioso -17. Me aplicaba obsesivamente al estudio, pero las notas no pasaban de mediocres. Tenía una profesora de una frialdad cruel; ante su mirada de hielo, emponzoñada con un sutil desprecio, todo lo que con tanto esfuerzo memorizaba se evaporaba en pocos instantes.

En lengua también era malísima. Recuerdo una redacción que me devolvieron con una calificación indecible y debajo, en bolígrafo rojo: «Ni siquiera se entiende de qué hablas».

Y era verdad.

Ni yo misma entendía ya nada, me parecía tener en la mano la vieja caja de zapatos con los Lego de mi infancia. Tenía ante mí todas las piezas, pero ya no estaba en posición de construir ninguna casita. Había perdido las instrucciones y, junto con ellas, también las que necesitaba para edificar mi vida.

Me pasaba las horas dando vueltas en bicicleta por la ciudad y los alrededores. Leyendo una revista me había encontrado con un artículo sobre test de inteligencia. Según contaba, en la población general existen varios grados de inteligencia. El coeficiente intelectual de la mayoría está en torno al 100. La excelencia y la genialidad llegan al 140. Y luego está la zona gris, entre los 100 y los 70, que a menudo rozan leves estados de necedad. Pedaleaba mientras rumiaba esas estadísticas y, cuanto más las rumiaba, más claro tenía en qué grado estaba yo.

11

Entretanto, pocos años atrás, había estallado el 68 en las capitales europeas, y sus ramificaciones tentaculares habían alcanzado hasta las provincias más remotas.

Al grado de rebelión fisiológico de la adolescencia se sumó otro más tóxico aún, el de la Historia. La palabra de moda era *demoler* y aturdirse era la vía para conseguirlo. Aturdirse con la ideología, aturdirse con las drogas, aturdirse dejando el Eros en las manos de Dionisos.

Para las personas frágiles como yo, era un carro al que no debía dudar en subirme. Perderme en la confusión, con la esperanza de que dicha confusión sofocara el incendio que empezaba a crepitar en mi interior.

Pero el 68 era un viento de tempestad y, entre las leyes naturales, también se incluye ésta: todo aire que sopla, desde la brisa al vendaval, tiene un único efecto, irremediable, esto es, hacer que las llamas crezcan y se enfurezcan, y tengan más ganas aún de devorarlo todo.

El primer curso del instituto acabó con tres o cuatro exámenes de recuperación: latín, griego, francés y matemáticas, si no me equivoco.

Ese mismo verano mi madre me mandó a trabajar de *au pair* con una familia desconocida.

En mi fuero interno seguía cultivando el sueño de conseguirlo. Obedecí, no había muchas alternativas en aquella época, por mucho que ir a un país desconocido, con una familia que no conocía y con la responsabilidad de ocuparme de sus hijos fuera una de las cosas más horribles que podía imaginar.

En Ventimiglia me equivoqué de tren y me quedé varias horas vagando por la estación, sin saber qué hacer. Fue todo un milagro llegar a mi destino al día siguiente.

Ese verano agoté todos mis recursos para ofrecer lo mejor de mí misma. No sé si lo conseguí pero, visto ahora, al volver a pensar en ello, me convenzo más que nunca de la existencia de los ángeles de la guarda. El mío y el de aquellos niños velaron por nosotros, impidiendo que nos sucediera cualquier calamidad.

Tenía catorce años y no era una niña alegre, ni capaz de resolver problemas. Mi especialidad era más bien crearlos.

En mis horas libres caminaba por la playa y me sentaba a contemplar el mar en los bancos bajo las palmeras.

Sentía que carecía de identidad en medio de aquel mundo tan lejano al

mío.

¿Quién era?

No tenía ni la menor idea.

Pero aún me encontraba en la fase en la que deseaba que mi madre estuviera orgullosa de mí. Me llevé los libros para estudiar, pero no tenía mucho tiempo libre y, las veces que me ponía, no me enteraba de nada.

A mi vuelta hice los exámenes de recuperación.

Por supuesto, me suspendieron.

Hasta entonces me hacía ilusiones creyendo que las personas con las que vivía querían mi bien, y por eso yo también me empeñaba en corresponderles. Llegó un punto, sin embargo, en que comprendí que era el momento de soltar las amarras: dejar de fingir, dejar de afanarse, dejar de buscar una aprobación que jamás conseguiría.

Más tarde, en el transcurso de mi vida, comprendí que aquel plan —que pretendía nuestro fracaso— se ideó a conciencia. El psicópata quería que a mis hermanos y a mí nos cortaran todas las salidas. Éramos bastardos y, como tales, no merecíamos nada. No debíamos triunfar en los estudios, no debíamos ir a la universidad. Ya bastante tenía con mantenernos.

Yo quería estudiar zoología y mis hermanos querían ser uno historiador y el otro astrónomo. Conseguir acabar la secundaria fue la mayor de nuestras hazañas.

Franqueé de golpe el límite que durante tanto tiempo me había esforzado por no sobrepasar. Y con entusiasmo incluso, diría yo. ¿Qué sentido tenía seguir manteniendo firme el rumbo de mi vida? Vivía sumida en la violencia, en el odio, no le importaba a nadie. Sobre la puerta de la gran casa donde vivíamos había un letrero invisible: ESCUELA DE CRUELDAD .

Había estudiado lo suficiente para darme cuenta de todo lo que había aprendido. En poco tiempo pasé de ser una chiquilla que aspiraba a la desesperada a que la quisieran a dar síntomas de un trastorno de personalidad límite.

Antes como ahora, aunque con mucha menos diligencia, cuando uno cruzaba la raya llegaban los asistentes sociales, los psicólogos, las baterías de test, los psiquiatras. Y después de los psiquiatras, los fármacos. Puse cruces, di vueltas a cubos, miré fijamente manchas incomprensibles sin tener ni idea de lo que estaba haciendo. De vez en cuando alguna asistenta social me daba consejos de tía abuela: «Qué chaquetón más bonito —era un chaquetón normal de grandes almacenes—, ¿quién te lo ha comprado, tu mamá? ¿Ves como sí que te quiere?».

Al final el psiquiatra llamó a mi madre y le pidió que fuera con su marido a la siguiente sesión. A él se lo llevaron los demonios, con toda la tenebrosidad de su orgullo.

—¿Y eso por qué? ¡La que está loca es ella, no yo!

Decidieron entonces que lo mejor era distanciarme de mi familia. Para mí fue todo un alivio. Poder dormir en paz, poder comer tranquila. Llevaba demasiados años sin poder permitírmelo.

Pasé por todos los trámites de la personalidad límite. Primero el internado y luego la casa de acogida. Pero todo lugar se me quedaba estrecho. Al principio volvía a casa los fines de semana, sobre todo por mi perro, al que tanto quería. Hasta que un día abrí la puerta y no vino a mi encuentro. Su camita estaba doblada contra una pared y su collar con la medallita colgaba tristemente de la válvula del radiador de la cocina.

Una vez eliminada yo, lo eliminaron también a él, al igual que desaparecieron mis cosas, toda prueba de mi vida allí.

Desde ese día comprendí que entre los perros vagabundos y yo no había diferencia alguna. Mi futuro no pasaría por los bancos de la universidad, sino por dar vueltas por las calles, mendigando una mirada, una caricia, un delicioso bocadito. Cualquier señal, en suma, que iluminase, aunque fuera mínimamente, mi existencia en este mundo.

Tomaba un tratamiento para la esquizofrenia, y el alcohol y la marihuana eran mi única compañía en las largas tardes del invierno.

Una mezcla totalmente letal.

El horizonte se transformó en pozo. Era profundo, oscuro, nunca lo rozaba un rayo de sol. De vez en cuando me asomaba, con la esperanza de que hubiera subido el nivel del agua y me permitiera entrever reflejado al menos un trazo de mi rostro. Pero era demasiado estrecho, demasiado alto. A veces intentaba gritar con todo el aliento que tenía en el cuerpo, pero no respondía eco alguno desde el fondo.

¿Por qué te hablé de estas cosas que seguramente te entristecieron, igual que me revolvió a mí recordarlas?

Porque quería llegar al punto cero de mi vida. El punto en que se pierde la orientación.

El norte y el sur, el antes y el después ya nada tienen que ver con una misma. El dolor te ha aniquilado y sólo acordarte de respirar te supone un esfuerzo. Todo lo que construiste, o pretendías construir, se ha volatilizado. Es cierto que todavía existes como entidad, pero eres totalmente indefinida.

Y es esa ausencia de ataduras, esa falta de proyectos futuros, lo que te prepara para recibir todo el dolor del mundo.

12

¿Te acuerdas de que la pasada primavera hablamos mucho de las miradas, de lo que dicen y no dicen los ojos?

No recuerdo si estábamos en tu casa, en el hospital de Padua o en el de Tolmezzo la vez que te conté que tenía colgada en mi cuarto una foto de Iqbal, el niño pakistaní al que mataron por luchar contra la esclavitud infantil. Una organización humanitaria le había regalado una bicicleta y pedaleaba alegremente cuando unos sicarios le pegaron un tiro.

Hace unos años una sobrina mía entró en el cuarto y, al ver la foto, me preguntó: «Tita, ¿ahí dónde estabas? Nunca te he visto con esa ropa...».

Aunque en lo físico mi imagen no puede distar más de la de un niño pakistaní, mi sobrina no supo ver que su tía y ese niño eran dos personas distintas.

¿Cómo pudo ser?

Creo que fue la mirada lo que la confundió.

La mirada de Iqbal, la mía, la tuya, son la misma mirada, te dije entonces. Lo comprendí cuando vi la foto en la que salías con dieciséis años y estabas como perdido en la cama blanca del hospital. En la expresión tímida de tus padres, cada uno a un lado, todavía se entreveía un hilo de esperanza. Un día te levantarías, puede que con las muletas, puede que con el bastón, pero te levantarías, parecían decirte.

Tus ojos, entre los de ellos, decían todo lo contrario.

En tu fuero interno tenías la certeza de que habías atravesado un vado y no volverías a cruzarlo. Tú estabas a un lado y el resto del mundo al otro, donde *el resto del mundo* significaba tu familia, tus amigos, tus pasiones, tus sueños de futuro.

Todo se quedó en la otra orilla.

Tu vida se interrumpió de golpe por culpa de unos instantes de distracción. De ser un muchacho fuerte, lleno de imaginación y amante de la libertad, te convertiste en prisionero de ti mismo, atrapado dentro de un cuerpo que ya no era el tuyo, que no habría podido sobrevivir sin la colaboración de quienes te rodeaban.

Diste los últimos pasos, como cuentas en *Questa libertà* , sin saber que serían los últimos, sin saber que no volverías a sentir «la presión del suelo bajo los pies, ni el correr del agua por la piel del cuerpo, ni el viento, ni caricias, ni besos».

El destino te arrancó de los caminos que hasta entonces habías

recorrido despreocupadamente para lanzarte a una estrecha galería sin vía de escape.

Ése fue tu pozo.

Verte en un lugar, un tiempo y un cuerpo en el que todo te era desconocido y hostil.

No lo habías pedido, no lo querías, no lo merecías y, aun así, sucedió.

Que el destino puede gobernarse —o directamente, no existe— es una de las grandes frivolidades del pensamiento posmoderno. Somos nosotros los que tenemos las riendas, nos susurran ahora desde la cuna.

Pero conviene decir la verdad sin más rodeos, admitir que no tenemos claro dónde están las riendas, ni tampoco los estribos.

La vida es un caballo desbocado que nos lleva donde le viene en gana, a lugares adonde no queremos ir, que no conocemos, que no podíamos ni imaginar que existieran.

Y lo hace siempre sin pedirnos permiso.

Hace más de diez años, cuando esperaba tendida sobre el asfalto a que llegara la ambulancia después de que me atropellara un coche, repasé febrilmente todo lo que había sucedido en la hora anterior.

Si me hubiera quedado un rato más en la playa, si no me hubiera parado a explicarles a esos niños tan majos la biología de los caracoles en el aparcamiento de bicis.

Si esa tarde, en vez de ir a la playa, me hubiera quedado en casa leyendo.

Si hubiera ido en coche en vez de en bici...

Si, si, si, si...

Si el 10 de septiembre de 1983 hubiese llovido.

Si, por algún contratiempo, te hubieras quedado en Udine.

Si tu amigo, el que conducía —y que falleció en el accidente—, hubiera tenido que acompañar ese día a su abuela al hospital.

Si hubieras estado con fiebre.

Si la dichosa moto no hubiera querido arrancar, ahogada por un carburador sucio.

O si, en un gesto de humildad extrema, hubiese decidido esa tarde presentarse con una rueda pinchada...

Nada de todo eso habría sucedido.

Con su fuerza misteriosa e inquietante, el destino domina también los objetos, los pasos que dan o no dan las personas un día concreto, las puertas que se abren a cada segundo de nuestra existencia y las que se niegan en redondo a abrirse.

Es el que manda, sin nadie que le plante cara, incluso en el reino de la meteorología. Que una mañana llueva o en cambio el día se levante nublado puede marcar una gran diferencia para muchas personas.

¿Ya desde el día que naciste estaba escrito en alguna parte que el 10 de

septiembre de 1983 Pierluigi Cappello esquivaría por los pelos la muerte en el asiento trasero de una moto?

¿O no fue más que un capricho de última hora?

Aquella tarde el destino se asomó entre las nubes, miró hacia abajo y, embriagado por el aire de septiembre, se dijo: «Me apetece destrozar una vida antes de que se haga de noche».

Vosotros estabais pasando justo por debajo y os escogió.

Podría haber estrellado contra las mismas piedras al anciano que había pasado poco antes con su turismo, puede que con unas copas de más en el cuerpo.

Pero os escogió a vosotros, dos muchachos acariciados por la última luz del verano, que reían como sólo puede reírse con dieciséis años, cuando el viento te revuelve el pelo y ves ante ti abierta y despejada la gran carretera de la vida.

¿Está siempre al acecho lo ineluctable, escondido entre los segundos?

Si alguien sabe responder a esta pregunta no puede ser sino a mala fe, igual que quien niega que el destino no es otra cosa que la espada de Damocles suspendida sobre toda vida que llega al mundo.

Para evitar que caiga no valen ni la inteligencia ni la riqueza ni la rectitud en nuestro comportamiento. No existe en la Tierra balanza, romana o regla capaz de medir la cantidad o el peso de lo que es justo y de lo que no lo es, a quién le toca mucho y a quién nada. O quizá sí que la haya, pero es una balanza alterada porque, desde que el mundo es mundo, el destino se ensaña con los justos y permite que los impíos prosperen.

Se podría decir entonces lo siguiente: en algunas vidas hay un comodín oculto. Pero es siniestro porque, bajo el sombrero de tres puntas del jóker, no asoma la sonrisa alelada sino la risotada desencajada de la muerte. Sale de repente de la baraja y es él quien, una vez puesto en la mesa, decide cómo acabará la partida.

13

Por suerte hoy el tiempo ha vuelto a ser invernal.

Al abrir la ventana esta mañana, el paisaje entero estaba recubierto por la blancura reluciente del hielo.

Como ayer no previ este cambio brusco del tiempo, no dejé cerrados los invernaderos cuando fui por tarde. Prostradas y desalentadas, las grandes hojas de las coles y las más modestas de las achicorias parecían decir: «¡Qué bien que están los nabos, protegidos por el calorcito de la tierra!».

Mientras iba camino del estudio, vino a saludarme por la cerca mi yegua. Llevo años sin montar después de sufrir una caída muy fea, de ahí que también ella se haya convertido en una vieja pensionista y, como yo, haya empezado a renquear un poco. Tiene más de treinta años, que son muchos para un caballo. Como vive en libertad, entre el prado y el bosque, pueden pasar semanas sin vernos, hasta el punto de que de vez en cuando me pregunto si seguirá viva o no, o si la habrá atacado por la noche la manada de lobos que ronda por los alrededores. Después, de pronto, una mañana como hoy, reaparece pidiendo algo rico que mordisquear.

Manzanas, zanahorias o incluso galletas.

Ha tenido suerte, ayer herví una col grande y unos hinojos, así que he podido ofrecerle un tesoro de hojas desechadas (que abundan por naturaleza en torno a toda verdura) y, una vez que la he dejado comiendo tan contenta, he ido a encender el fuego.

Como todas las estufas viejas, la Argo devora la leña. Parece que acabas de rellenarla cuando, al poco, te asomas por la portezuela y ves que todos los troncos están ya reducidos a ascuas.

Esta mañana, algo más tarde, antes de echar un leño, he entrevisto un capullo sedoso en una fisura.

Es en esos momentos cuando envidio lo asépticos e higiénicos que son los *pellets* . Quien utiliza leños es consciente de que causa auténticos estragos cada vez que abre la portezuela, porque lo cierto es que para muchas especies de insectos la madera muerta es una cuna irresistible.

De todas formas, he salvado los que sospechaba que serían futuras arañas y, después de tomarme un té, me he sentado a escribir.

¡La de veces que hablamos tú y yo de la vida de los insectos! De hecho, el primer libro que te regalé iba precisamente de eso: *Vida y muerte de los*

insectos , de Marcel Roland. Sin ser entomólogos, conocíamos las especies más comunes, como, en realidad, todos los niños que nacimos el siglo pasado. Mariquitas, saltamontes, hormigas, ciervos volantes, escarabajos, cetonias, las temibles tijeretas, abejas, avispas, polillas y mariposas formaban parte de nuestro horizonte diario.

Recuerdo un verano, tendría yo ocho años, en que me obsesioné con las mariposas. Mi abuela tenía en su casa un cazamariposas con el mango de bambú y me pasaba las horas saltando de aquí para allá intentando capturarlas.

Con aquel tormento me di cuenta, tras la primera captura importante —un macaón—, de que ese dibujo tan admirado y deseado no era más que un polvillo que se te quedaba en los dedos. Hasta entonces no había imaginado que la belleza pudiera ser tan frágil.

Después, profundizando en mi mítica enciclopedia de las ciencias naturales, conseguí aprender también lo complejo que era el proceso por el que se creaban esos dibujos efímeros.

Al igual que los seres humanos pasamos nueve meses en el vientre de nuestra madre, algunos insectos se recluyen en un acogedor capullo un tiempo más o menos largo.

Pero si mientras el niño antes de formarse en el útero no sabe de dónde viene, para las mariposas es distinto. Antes de ser ellas han sido huevos, y los huevos se han transformado en larvas con más o menos pelusa o colores. Caminan por las estelas de las hojas, o por el dorso, y en ese largo proceso, hecho de extraños alargamientos y acortamientos, nadie puede sospechar de la existencia de las futuras alas.

El descubrimiento de la metamorfosis fue para mí una iluminación. Una realidad viva podía transformarse en algo totalmente distinto a través de un proceso extremadamente complejo que sucedía en la sombra, en una oscuridad en la que ninguna mirada podía colarse para saber qué estaba sucediendo realmente dentro.

Que la metamorfosis pueda estar también en la base de la vida de los seres humanos es una idea ante la que la acomodada dictadura de la posmodernidad protesta con vehemencia.

Todo tiene que funcionar, ser eficiente.

Todo tiene que producir y ser consumido.

En ese baile macabro no hay espacio para la vacilación o las esperas, para las pausas misteriosas en las que un ser humano, siguiendo un proceso conocido solamente por él mismo, reúne en su interior las fuerzas y las moldea con sabiduría para lograr alcanzar otro nivel de complejidad.

En cualquier caso, en la metamorfosis de los insectos son los procesos neurohormonales los que indican el camino —la neotenina que segregan los cuerpos alados y la ecdisona que producen las glándulas protorácicas se ceden el paso entre sí en una danza vertiginosa—, mientras que en la

metamorfosis humana el proceso parte solamente de las preguntas sin responder de Job.

He aquí, aunque grito:
«¡Violencia!», pero no soy oído;
doy voces y no hay justicia.
Él ha cercado mi camino
para que yo no pase;
sobre mis senderos ha puesto tinieblas.

Es la oposición frontal con el Mal lo que activa el proceso alquímico de la transformación, y la pregunta sin respuesta lo que teje el capullo a nuestro alrededor. En esta prisión de seda no desaparece la luz, sólo se ha debilitado hasta el punto de volverse penumbra.

El sol que iluminaba nuestro camino ya no brilla. No sabemos ya adónde mirar, en qué dirección caminar, ni siquiera imaginar que pueda abrirse otro camino ante nosotros.

Es sólo esa llamita que vive en lo más profundo de nosotros —y que llamamos esperanza— lo que nos impide rendirnos, entregar las armas.

Como en los insectos, también en las personas la metamorfosis se completa en distintos tiempos. Hay quienes emplean semanas; otros, años. La duración de la clausura la determina la complejidad del ser que va tomando forma lentamente.

¿Podríamos por tanto decir que lo que nos unió fue el destino de los coleópteros, así como el de los lepidópteros? Pasaron varias estaciones en el leño putrescente en el que estábamos presos de nuestro sueño misterioso. La lluvia, la nieve, el hielo, el bochorno se alternaron a nuestro alrededor, sin que nos diéramos ni cuenta.

Cuando por fin asomamos la cabeza, nos quedamos aturdidos por el peso de nuestro vuelo.

¿Qué habíamos hecho en todos esos años?

Habíamos formado una coraza para protegernos, nuestras alas eran cortas y robustas como las del ciervo volador. Al igual que el tiempo de las mariposas es el de las horas de sol, lo mismo ocurre con los ciervos voladores y las del atardecer, ese breve instante en que el día deja paso a la noche.

¿No sería ésa nuestra dimensión?

¿Vivir suspendidos entre dos mundos?

14

Siempre me asombró la benevolencia con la que recibías la cantidad de libros de poesía que te enviaban, una docena al mes de media. Podrías haberlos desechado después de leer el primer verso, y olvidarte de su existencia, y, sin embargo, dedicabas tardes enteras a estudiarlos atentamente.

Las veces que se apoderaba de ti la irritación ante tanta ingenuidad y tanto verso forzado no tardaba en transformarse en una especie de ternura.

Una ternura que comprendo perfectamente.

Cuando las palabras se detienen ante el umbral de la verdadera inspiración, cuando patinan por la superficie repitiendo imágenes trilladas y retrilladas, cuando se pueblan de atardeceres, prados floridos, mariposas, gaviotas y olas de mar en la tempestad, ¿qué puede decirse?

Escribir supone, siempre, bajo cualquier circunstancia, un esfuerzo enorme, tanto si se alcanzan cotas altas como si se extravía uno en tentativas inciertas. Esfuerzo físico y esfuerzo emocional, porque hasta para hablar de atardeceres y de gaviotas hay que estar dispuesto a desvelar un punto de uno mismo en el que la cota de mallas separa sus argollas y se vuelve vulnerable.

Cien, doscientas, trescientas personas pueden pasar ante un atardecer especialmente sugerente, o junto a una mariposa caída y pisoteada, sin darse cuenta de nada. Pero hete aquí que luego llega la tricentésima primera persona y se para embelesada porque algo en ese atardecer, en esa mariposa, le ha llegado al corazón. Y de ese impacto en el corazón nace la urgencia de comunicar.

La sensibilidad no es un don que tenga todo el mundo. Y es posible que, en la mayoría de las vidas, más que un don sea una carga. Ver cosas de las que nadie más se percata, sufrir por cosas que la mayoría ni siquiera nota.

Escribir es, ante todo, la válvula que permite sobrevivir a los sensibles.

Por eso no debemos ser soberbios a la hora de juzgar los arcoíris, los rocíos, los infinitos, las cometas, las aguas cristalinas, «palabras ciegas y sin carne» —como decías tú—, sino tiernos. Porque son, siempre, bajo cualquier circunstancia, el intento de un ser humano de comprenderse a sí mismo y su misterio a través de la única vía que se le ha dado.

La de la palabra.

El momento en que renunciemos a ella, y parece peligrosamente cercano, el mundo, como escribes en *Questa libertà* , «será reconducido a su

sustancia bruta de animal, dueño solamente de sus gruñidos, que esculpirán el vacío resonante de su propio silencio».

¿De dónde vienen las palabras?

¿Dónde se forman?

¿Dónde adquieren consciencia? Hasta la adolescencia no tuve más contacto con la poesía que el que me imponían en la escuela, y no podía ser más tedioso. Los poemas no eran más que retahílas de palabras que había que aprender de memoria; palabras que era imposible que tuvieran relación alguna con la complejidad atormentada de mi vida interior, que buscaba ansiosa un cabo de madeja, un hilo que me permitiera poner orden en la gran confusión que sentía a mi alrededor.

La revelación de que la poesía —o lo que es lo mismo, la relación con una palabra que resplandece de golpe— era algo que tenía que ver con la profundidad de mi alma la sentí en torno a los dieciséis años, cuando leí la autobiografía de Pablo Neruda, *Confieso que he vivido* .

No recuerdo cómo cayó en mis manos. Eran los años de la dictadura de Pinochet y hacía furor todo lo que tenía que ver con Chile. Yo hasta entonces no había sido una gran lectora.

En una tarde lluviosa experimenté las mismas sensaciones que describes tú cuando cuentas el día que descubriste *Adiós a las armas* de Hemingway:

> Conforme avanzaba la lectura, fui reconociendo mis alrededores. La desolación de las piedras era la misma que yo veía; la lluvia fiera que azota las columnas en retirada durante la derrota de Caporetto y encierra en un tañido fúnebre la novela era la misma lluvia fiera que descargaba el cielo friulano sobre mi cabeza, cuando las montañas concentraban todas las nubes que subían del mar. La tristeza de las ruinas empapadas era la misma que veía de vez en cuando al pasar por las casas derribadas por el terremoto y aún sin reconstruir. Los macarrones pasados eran iguales que los que yo había comido en platos de plástico durante la emergencia, cuando las cocinas de campaña trabajaban a destajo para dar de comer a las víctimas del terremoto.

Y así es como un buen día te das cuenta de que no estás solo; alguien más ha pasado por el mismo camino que tú y se ha fijado en cosas que creías que eras el único que veías. Ese vago sentimiento de indeterminación que te deja extraviado adquiere un nombre de pronto y, con ese nombre ya claro, lo sustituye en el nuevo orden que se proyecta en tu mente y en tu corazón.

Descubrir el sentido profundo de la poesía y el poder rompedor de las palabras fue para mí como descubrir la apertura de una grieta en lo alto de la torre en la que vivía prisionera. Todavía no sabía para qué servía —si para disparar, que me diera la luz o ambas cosas—, pero el simple hecho

de poder levantar la vista en una dirección concreta me hacía sentirme como liberada.

Después de Neruda empecé a leer todo tipo de poesía con el desorden del autodidacta: Rilke, Trakl, Tsvetáieva, Ajmátova, Celan, Esenin, Maiakovski, Montale, Gozzano, Baudelaire, Rimbaud, Verlaine. Bastaba con que un escrito estuviera en versos para que me abalanzara sobre él con la furia de una famélica.

Ahora puedo decir que, en un momento concreto de mi vida, se trazó una línea muy precisa. Un poco como cuando, jugando de pequeños, se traza con el pie un límite en el campo de juego.

De aquí para allá y de allá para acá.

El antes y el después.

Antes de eso el orden había sido catalogar, juntar o separar familias, categorías, géneros. Había una estructura y yo intentaba introducir en ella las cosas que no lograba entender.

La estructura se disolvió más tarde y apareció en su lugar la danza desordenada de las palabras. De vez en cuando lograba coger algunas, igual que en otros tiempos había capturado torpemente mariposas, y con la misma pasión devota del entomólogo, me pasaba el tiempo observándolas.

Los vacíos, los atisbos, los siniestros crujidos de la realidad por fin tenían una vía para remendarse. Y esa vía no era otra que las palabras. No las palabras de todos los días —usadas, desgastadas por el continuo repetir de pensamientos mil veces pensados—, sino palabras que, puras y absolutas, aparecían de pronto en la mente desde un silencio insondable.

Era justo a ese misterio a lo que había intentado poner nombre desde que había venido al mundo.

Al igual que para ti la lectura de *Moby Dick* , antes y después del accidente, fue una tabla de salvación, la balsa a la que lanzarse para llegar a tierra firme, del mismo modo para mí la poesía fue el alimento que me permitió superar los años imposibles de la adolescencia y la juventud.

Los libros salvan vidas.

En la era de la tecnología y el consumo, en la que todo tiene un precio y todo puede comprarse, deberíamos recordárnoslo más a menudo.

15

Esta noche, en una de mis interminables horas de insomnio, me he estado preguntando si la imagen de nosotros dos como coleópteros es coherente con lo que estoy contando. ¿Te habrías sentido más reconocido si hubiera escrito que, de la larga incubación, salimos transformados en fantásticas mariposas?

La mariposa contiene en sí misma la idea de ligereza. En el fondo, su belleza pide a gritos ser admirada, mientras que un coleóptero suscita en quien lo ve sentimientos más que nada de repulsa, si no directamente de horror. No es difícil que, en su encuentro con el humano, se arriesgue a acabar aplastado, un riesgo del que la mariposa, en líneas generales, está exenta.

Hay en nosotros una tendencia natural a admirar lo que es bello y a destruir lo que creemos que nos amenaza. Pese a todo, yo diría que en el gracejo de la mariposa no nos habríamos reconocido.

Precisamente una cosa que nos unía de verdad era la ausencia de narcisismo. Cuando me contaste que el televisor enorme que presidía tu cama era un regalo de un grupo de admiradores, reverberaba en tu voz el tímido orgullo de un niño que había hecho bien las tareas; bajaste un poco el volumen al decirlo, igual que hice yo cuando te hablé de aquel par de calcetines hechos a mano y de muchos colores que me regaló una señora que había viajado expresamente para verme desde el interior de Turquía hasta Estambul.

A pesar de que te tomaba el pelo con cariño porque eras «un poeta laureado», mientras que yo, a las puertas de los setenta, no era más que una chica del Percoto, o sea, una maestra de primaria, nunca hablamos de la parte *oficial* de nuestro trabajo, la que suscita el interés de la mayor parte de las personas: premios, reconocimientos, ejemplares vendidos, el número cada vez mayor de traducciones.

Nuestra alegría y nuestro orgullo infantil se nutría sólo de las pequeñas y grandes muestras de gratitud que habíamos recibido con los años de nuestros lectores. Una gratitud que no era por la notoriedad, sino por haber logrado, gracias a nuestras palabras, iluminar sus vidas con una luz distinta.

Dar riqueza interior, suscitar visiones.

¿No es acaso éste el fin último de la palabra? Una verdad sencilla pero difícil de aceptar en unos tiempos que lo reducen todo a la técnica:

conoces la forma de hacer una cosa y la haces, y no hay obstáculos, no debe haberlos porque, en este punto de nuestra civilización, todo es conocible y, por ende, dominable.

Las palabras que salvan, las palabras que iluminan, van justo en sentido opuesto. Ya no serán Trakl o Hölderlin, Hemingway o Melville quienes nos salven. La parte más oscura y misteriosa de nuestra vida ya no estará iluminada por sus personajes, sus versos, sino que quedará sedada por el cóctel de fármacos de turno.

Es cierto que todavía queda el desagradable incordio de la muerte, pero eso también estamos consiguiendo resolverlo. La «buena muerte», en los tiempos en los que todavía existía la idea de eternidad —y, por tanto, del juicio final—, significaba morir en gracia de Dios. La posibilidad de que nos sorprendiera la Señora de la Guadaña habiendo pecado atormentaba incluso a los más fuertes.

Ahora, en cambio, el deseo que nos sugieren es poder morir en pleno sueño en cuanto la vida, por una razón u otra, se nos vuelva insoportable.

La macabra danza transformada en una rutina gris. La Muerte ha depuesto la guadaña y se ha calado una bata sobre el esqueleto. La lleva desabrochada, con desgana, y arrastra las zapatillas por los pasillos con una lista no muy distinta a la de la compra entre las falanges.

Y lo más trágico de todo es que el poder de los medios está convenciendo a todos de la bondad de esta elección.

¿Qué tiene de malo evitar el mal, el sufrimiento? Nada de nada, es el más humano de los deseos. Lo que perturba —y lo que da la idea de la fragilidad a la que hemos llegado— es que se delegue todo a la técnica, que se entreguen al Estado las llaves de nuestra vida bajo la convicción de que sólo en sus leyes se esconde la salvación.

¿Y si fuera lo contrario?

¿Y si bajo sus leyes se perfilase más bien un universo de campo de concentración? De la muerte de los enfermos terminales, de los ancianos sin memoria ya, de los niños que no han logrado emitir más sonido que un estertor, ¿quién sacará provecho si no las arcas de los servicios de salud y el sistema de pensiones?

«La muerte se paga viviendo», escribió nuestro amado Ungaretti, y el sentido profundo de nuestra existencia está recogido en esas palabras.

Vivimos nuestra humanidad en la medida en que somos capaces de aceptar la fragilidad, de enfrentarnos al dolor, de asistirlo, de compartirlo a través de la delicadeza de los pensamientos y los gestos.

Y seguimos todavía en la humanidad cuando, ante lo insoportable, invocamos a la muerte y quizá hasta conseguimos ponerla en marcha.

Mi padre, al igual que el autor del *Manuscrito encontrado en Zaragoza* , estuvo muchos años limando el trozo de tetera que un día se convertiría en la bala que pondría fin a sus días. Siempre había tenido claro que sería él

quien decidiría cómo y cuándo dejar este mundo. La Señora de la Guadaña fue más rápida que él, pero nunca me escandalizó su deseo porque considero la libertad el más grande de los dones que se nos ha concedido. Y en esta libertad está también contenida la posibilidad de acabar con nuestra propia vida, asumiendo la responsabilidad.

Delegar un gesto semejante a las rutinas de una ley, a un derecho concedido por el Estado, supone abrir la puerta de par en par a un mundo de horror absoluto.

¡Cuántas veces hablamos de la pervivencia del nazismo bajo el rostro aparentemente benéfico de los abanderados de la vida simplificada!

Como en ese momento estábamos demasiado cansados para escribir, quisimos grabar una conversación sobre el tema. Seguro que tarde o temprano lo habríamos hecho, puede que caminando por la vía verde de Chiusaforte. Ya tenía un título pensado: «En Esparta no nacen poetas».

Nuestra sociedad es de por sí desquiciadamente necrófila, y es esta pasión mortal lo que la enemista con cualquier palabra que suponga una liberación. Porque, si las palabras liberan, eso significa que en alguna parte existe una condición de libertad que escapa al control, y eso no puede permitirse.

Hay que nivelarlo todo, aplanarlo todo hasta equipararlo a la marcha lineal y monótona de un encefalograma plano.

Vistos los estándares actuales, los paladines de la felicidad habrían considerado tu vida indigna de ser vivida, dado el estado de dependencia total que requería.

Y una vida como la mía, con la precisión cada vez mayor que ofrecen los cribados prenatales, habría corrido el riesgo de ser eliminada antes de empezar. «Tiene algo raro en la cabeza», le habrían dicho a mi madre, y le habrían aconsejado que no se cargara con una existencia que sería muy complicada. «Es joven, no le costará poner otro bollo en el horno.» Como si la vida fuera una tómbola. Y mi madre, como muchas mujeres confiadas e ingenuas, les habría estado agradecida por el peligro del que se había librado.

Nunca he conseguido quitarme de la cabeza una noticia que leí hace años en la sección de sucesos de un periódico. En un hospital se había practicado el aborto de un crío de casi cuatro meses. Se habían dado cuenta un poco tarde de que había un defecto de fabricación, pero fue constatarlo y decidir operar. La operación salió bien. Apagaron las luces del quirófano y se fueron todos a su casa.

Hasta que a la mañana siguiente una persona oyó un débil llanto tras una puerta. Al entrar, se encontraron abandonado en una palangana de acero inoxidable el feto abortado la noche anterior.

Más que un feto, era un niño, y ese débil lamento —que resonó toda la noche por las habitaciones vacías— era su llamada de auxilio desesperada.

La muerte sólo llegó para liberarlo tras el hallazgo.

¿Qué había hecho aquel crío para merecerse una existencia tan breve y terrible? Tenía labio leporino, una anomalía perfectamente corregible.

En momentos de silencio absoluto, resuena siempre en mis oídos, como un *shofar* , esa llamada de auxilio prolongada y desgarradora.

¿Dónde están los poetas de Esparta?

No les permitieron venir al mundo. La gran astucia de los enemigos de la vida es hacer creer que su defensa sólo concierne a los católicos, a los curas, a fanáticos de algún movimiento extremista.

Por eso ocultan, mistifican, manipulan.

La eugenesia es una realidad ya plenamente activa. Es su difusión a gran escala lo que vuelve mordaz e inútil el grito que se repite el Día de la Memoria de las Víctimas del Holocausto: «¡Nunca más! ¡Nunca más!».

Sería más justo sustituirlo por «Cada vez más». Arrancada la raíz del bien, oculto su origen, ¿qué más queda sino lo otro como materia pura? Materia a total disposición de quienes son capaces de manejar una técnica, de quienes tienen un proyecto en el que el ser humano no es sino un medio, un conjunto de células y tejidos que utilizar a su antojo.

En nuestras conversaciones, llenas de inquietudes, nos preguntábamos a menudo cuándo empezaría la gente a abrir los ojos y a darse cuenta de que esa libertad deslumbrante, tan ensalzada por los charlatanes del progreso sin límites, era en realidad una jaula.

Siendo como éramos dos artistas presas de nuestras distintas fragilidades, nada nos angustiaba más que ese avance de este mundo posthumano. En el mundo supereficiente que se proyecta, un mundo donde el mal y su misterio serán abolidos, ¿qué espacio, nos preguntábamos, quedará para la palabra?

La voz se verá reducida a ruido.

Un ruido no muy distinto del de mis queridas abejas; con la diferencia de que las abejas bailan desde hace millones de años al son del sol, mientras que nuestros pasos, cada vez más frenéticos y carentes de sentido, serán guiados por las manos de un jefe invisible.

Nos suministrarán la representación virtual de todo para hacernos creer que no ha cambiado nada. La poesía no se eliminará, simplemente la producirá un algoritmo de un ordenador, sin imperfecciones ni sobresaltos.

¿Te sonríes?

¿No te lo crees?

En realidad, ya ha ocurrido, en una de las universidades estadounidenses de siempre hicieron un experimento, y el resultado fue más que satisfactorio. A los lectores les gustó lo que leyeron y no se dieron cuenta de que tras esas palabras no había ningún componente humano.

Inútil el ágil deslizarse de tu querido lápiz de grafito sobre la libreta que siempre tenías en el regazo, inútiles los cientos de cuadernos que he

rellenado con el furor de mis apuntes.

Inútiles nosotros y nuestro dolor.

Nosotros y nuestro negarnos a sucumbir.

Inútiles nuestras miradas.

Y, aún más inútil, la gratitud de nuestros lectores.

¿Cómo se puede estar agradecido por algo que no existe?

16

En estos días me he acordado a menudo de tu casa nueva, de la luz que había en sus estancias, de la cocina iluminada por ese escrito «¡Tito, eres único!» en la agarradera colgada sobre los fuegos, la gran estantería ordenada donde estaban apoyadas las fotos de la familia.

En una de ellas aparecían retratados tus padres con las montañas al fondo, en otra tu querida sobrina Chiara en un entrenamiento de patinaje y, algo más allá, la foto tuya de pequeño, en blanco y negro, y otra de tu hermano. La tuya, estropeada por el agua, rescatada de los estragos del terremoto, la otra no. Ambos sonreíais, aunque una sombra velaba tu mirada; ambos vestíais camisa de cuadros.

Yo también tengo guardada en un cajón una foto parecida con mi hermano Stefano: bien vestidos, repeinados, en una pose claramente estudiada. En unos tiempos que quedan ya lejos, antes del mito de la espontaneidad, estuvo de moda llevar a los niños al fotógrafo para inmortalizarlos.

Yo conocía bien tu casa, mientras que tú la mía sólo pudiste verla por las imágenes que fui mandándote. Abría la ventana por la mañana y capturaba la particular luz de ese día para compartirla contigo. Fotografiaba el huerto, los frutales, las gallinas, las abejas y mi estudio —desde donde ahora te escribo—, en invierno cubierto por la nieve o, en primavera, cuando un mar de margaritas alegraba el prado como si fuese un trozo que la Vía Láctea le hubiese prestado a la Tierra.

«Vives en un sitio maravilloso», me decías por teléfono. Sin embargo, acabo de darme cuenta de que nunca te dije algo que habría hecho el lugar aún más envidiable para ti.

No muy lejos de donde vivo hay un importante aeropuerto militar y, por tanto, a menudo por encima de mi casa —aparte de la infinidad de aviones que salen y llegan de Roma, y que justo aquí ralentizan los motores con vistas a aterrizar en Fiumicino—, a cotas mucho más bajas, pasan aeroplanos que tú habrías sido capaz de identificar con la misma facilidad con la que yo distingo, incluso de lejos, un frailecillo de un cardenal.

Cuando te conocí todavía vivías en Tricesimo, en una casa prefabricada que sobrevivió al terremoto de 1976. La estructura tenía unos cuarenta años y seguía en pie como podía. Era muy húmeda y no especialmente luminosa. No te pegaba, al contrario que la de Cassacco.

Era la que te había asignado el destino después de haberte arrebatado la casa de Chiusaforte que había alojado a generaciones de tu familia.

Para ti fue una experiencia devastadora. «El 6 de mayo de 1976 a las 21.02, con el primer temblor de tierra, la fantasía de todos los niños friulanos se unió y se expandió en una pompa gigantesca de dolor para acoger dentro de sus confines una nueva región, la región de un terror primordial, de animales horrorizados. El presente inmutable fue arrojado a un futuro oscuro, privado de dimensiones.»

Esa noche tú tenías ocho años y yo dieciocho. La pompa nos tragó a ambos, con la diferencia de que yo dejaba atrás un dormitorio alquilado y los escombros de mi adolescencia, mientras que tú eras arrancado de tu infancia, de la memoria de tu padre, de tu abuelo, de la historia de los hombres que, hasta el momento, había pasado a vuestro lado sin arrollaros. Y de la certeza de que aquel suelo, antes «medido como si fuera lo único firme, el único baricentro de nuestra existencia», ya no tenía nada de firme.

En esos instantes de terror, con la fuerza y la intuición que sólo puede dar el amor, tu padre consiguió rescatar a Stefano del desván derrumbado. Cuando me lo contaste no pude evitar pensar en mi padre que, de haber encontrado una vía de escape en una situación similar, no habría dudado en pisotearnos a todos para luego justificar su ignominia con esa mezcolanza de darwinismo extremo e ineluctabilidad del karma que caracterizó todas las elecciones —o mejor dicho, las no elecciones— de su triste existencia.

La pobreza a la que nos condenó a sus hijos es una pobreza de memoria y de sentido, una pobreza de herencia, el silbido de una vorágine aniquiladora que resuena en nuestras orejas como el de un *maelstrom* . En plena noche, en medio de la jornada más deslumbrante, todavía tenemos que taparnos los oídos, como Ulises con las sirenas, para no ser succionados por ese vórtice.

No poder admirar a tus propios padres, no poder estar orgulloso de ellos es un lastre que ningún psicólogo podrá quitarnos nunca de encima.

No hay consuelo, no hay reparación posible, porque los cimientos han quedado tocados.

Y de los cimientos depende la solidez de la persona.

Como los ríos van del manantial a la desembocadura y no al revés, así la alegría de los hijos tendría que estar en la mirada del padre y la alegría del padre en la de los hijos. Cuando no sucede eso, el agua rebosa, se desborda, sale del cauce. Deja de estar cristalina y tener una meta. Al abandonar su lecho natural, se dispersa y transforma el campo que lo rodea en una extensa ciénaga.

En la ciénaga la persona puede hundirse, ser engullida sin un grito, o

bien, agarrarse a algo, a una rama, a un árbol y, desde abajo, atender pacientemente a que la tierra vuelva a reabsorber el agua, consciente de que no existe desbordamiento que, con el tiempo, no haga más fértil el suelo.

Transformar la negatividad en optimismo, el mal en bien ¿no será tal vez ése el camino que hemos escogido recorrer, para sobrevivir a la aspereza de nuestras vidas? Del caos de la anulación a la búsqueda de un hilo invisible que nos saque de esta aniquilación.

En un mundo como el actual, en el que toda irrupción del mal se recibe con la correspondiente búsqueda de un responsable y la reivindicación del derecho a la felicidad —derecho imposible de garantizar—, sería muy importante centrar la reflexión en la fecundidad del mal.

Es más, lo que determina la vida de una persona no es encontrar un culpable o ganarse un resarcimiento más o menos sustancioso por las desdichas que la golpean, sino la manera en que, ante esas mismas desdichas, consigue reaccionar.

Se puede sucumbir, adaptarse, dejándose arrastrar por ese mismo cieno o, por el contrario, desafiar lo que sucede sin ceder a la cómoda inercia del victimismo.

La fuerza de voluntad, o *de alma* como decimos en italiano, es —o mejor dicho, era— una característica fundamental del ser humano. La obscena papilla de lo políticamente correcto la ha triturado, la ha desmenuzado y la ha vomitado hasta volverla irreconocible. Ya de por sí la palabra *fuerza* suscita una repulsión inmediata, así que imaginemos si se le pone al lado *alma* .

La fuerza de voluntad ha acabado siendo sustituida por la fortaleza de carácter. Una fuerza creativa, generosa, inagotable, capaz de gestionar las situaciones más complejas de la vida, y otra tercamente obsesionada con perseguir su objetivo, no muy distinta a un perro de madriguera, que excava, excava y excava hasta que da con su presa al fondo del agujero.

En la lengua corriente hay muchos términos para hablar de una personalidad fuerte, digna de atención. Una personalidad temible, admirable.

Pero sobre la fuerza que nace del corazón recayó un silencio sepulcral.

¿Y qué esperábamos?

Lo único que escapa al cinismo contemporáneo es lo que ha sido demostrado de forma incontestable por la ciencia. Y por mucho que se haya conseguido diseccionar el cuerpo del hombre hasta niveles casi impensables, hasta ahora de la existencia del alma no se ha encontrado indicio alguno.

17

¡Chiusaforte!

Cuánto me hizo soñar ese nombre en la infancia. Mi abuela por parte de padre, que padecía del corazón, cogió la costumbre de ir a pasar el mes de agosto en ese pueblecito de Friuli para huir del peligroso bochorno de Trieste.

Todavía recuerdo con claridad el día que mi padre llegó a casa precisamente de Chiusaforte y me tendió un paquete envuelto en un papel muy fino. Tendría yo seis o siete años. Enseguida noté que contenía algo blando, aunque ni idea de qué podía ser.

Al arrancar el papel vi aparecer unos pantalones de pana negros. Eran más bien rígidos y tenían ese peculiar olor a cola —seguramente tú también lo recuerdes— que en otros tiempos caracterizaba la ropa que se compraba en las mercerías y las tiendas de la región. Pantalones de hombre, por supuesto, porque por entonces no existían los de mujer. Los pantalones de mis sueños, míticos en el recuerdo.

Míticos no sólo porque siempre odié las faldas, sino también por lo que significaban: porque eran un regalo de mi padre que, en toda su vida, sólo me hizo cuatro regalos contados.

Esos pantalones; un cochecito al que se le abrían las puertas (uno para mí y otro para mi hermano Stefano); la cola de tigre de Esso —un obsequio promocional de gasolinera— y, poco antes de morir, un cedé: *La Creación* de Haydn.

Es cierto que en su momento me dijo que los pantalones eran un regalo de mi abuela, pero siempre me pareció extraño que una abuela que no me hacía el menor caso y que seguramente los habría visto como una prenda inapropiada para una niña, hubiese entrado en una tienda para comprarme justo eso. Entonces ¿me los compró mi padre expresamente para mí?

Jamás lo sabré.

Lo único que sé con seguridad es que, desde entonces, Chiusaforte se convirtió en un lugar mítico para mí. En casa de mi abuela materna había un viejo libro de cuentos persas. En el tedio infinito de las tardes de domingo, me tendía en el suelo y lo leía y lo releía. Me encantaban las alfombras voladoras y la hendidura en la roca tras la cual Aladino encontraba la cueva del tesoro.

Por una de esas extrañas asociaciones que se dan en la cabeza de los niños, me convencí de que el escondrijo del cuento estaba allí mismo en

Chiusaforte. Me sobraban las razones para creerlo: de allí me había llegado un regalo inesperado, la palabra *Chiusaforte* no sonaba muy distinta a *caja fuerte* y, además, tal y como supe por mi padre, aquel pueblo se había construido sobre una roca.

La Chiusaforte de mi infancia fue por tanto mágica, mientras que la tuya fue real.

Aparte de nuestros recuerdos, también el hilo más grueso e implacable de la Historia une la geografía de nuestros nacimientos.

El 16 de febrero de 1945 la aviación antiaérea de Dogna, cuando regresaba de un bombardeo en Alemania, abatió dos bimotores aliados. Algunos aviadores consiguieron lanzarse en paracaídas, mientras que otros murieron en el siniestro.

Los aviones cayeron en picado sobre un altiplano que hay justo por encima de Chiusaforte. Uno de los primeros en llegar al lugar del siniestro fue el párroco, quien también se enfrentaría valerosamente con el mando alemán local para poder darles sepultura digna a los pobres fallecidos.

Con el tiempo los del pueblo desguazaron los aviones pieza por pieza y se llevaron todo lo que les pareció que podía ser útil. Quién sabe si tu padre no llegó a ponerse en esos años una camisa hecha con tela de paracaídas.

Al día siguiente, el 17 de febrero, partieron setenta bombarderos de una base pugliense; su misión, atacar una refinería cercana a Viena.

Si ese día el tiempo no hubiera cambiado bruscamente, también habrían pasado por los cielos de Chiusaforte y se habrían enfrentado, con mayor o menor éxito, a la antiaérea del valle del Canal del Hierro. Las condiciones climáticas adversas que encontraron en los Alpes les hicieron salir más tarde, con lo que, en lugar de en Viena, les ordenaron descargar sus bombas sobre Trieste y Fiume.

Una cayó de pleno en la casa de mi familia.

La casa de tu familia se derrumbó en sesenta segundos, el tiempo que duró la sacudida del terremoto. No creo que la mía tardase mucho más. Bastan pocos instantes para pulverizar la memoria de varias generaciones.

Fue tu bisabuelo Pietro, hábil picapedrero, quien fue guardando céntimo a céntimo, trabajando en Rumanía y Hungría, los ahorros que le permitieron construir la casa de piedra en lo alto de un cerro, que, por su posición sobre el terreno, creías que te guarecería de las batallas del mundo.

La casa de los venecianos se encontraba en Servola, cerca de los altos hornos y de las vías del tren. Mi tatarabuelo inventó una especie de barniz para proteger los cascos de los barcos de las algas, una invención que hizo que la familia pasara de llevar una vida muy modesta a disfrutar de una riqueza acomodada.

La casa era la prueba visible de aquel salto social.

Lo cierto es que, de haber sido realmente ricos, la habrían construido en Barcola o en Gretta —donde la gente pudiente llevaba toda la vida levantando sus residencias—, y probablemente así habría sobrevivido al bombardeo.

Pero quisieron construirla en la zona industrial, al lado de la fábrica de aquel barniz, para poder estar más cerca de la fuente de su fortuna.

Eran lo que hoy llamaríamos *nuevos ricos* . La destrucción de la ciudad no tardó en sellar también su propia ruina, con el consecuente descenso en la escala social y la rápida pulverización de un patrimonio que apenas duró dos generaciones.

Es corriente que las fortunas que se levantan en poco tiempo se disuelvan con la misma facilidad, dejando tras de sí tremendas estelas de odio, rencores y pesares.

Si la casa de tu bisabuelo Pietro hubiera permanecido en pie, tú habrías tenido un nido de águila al que volver. Si la de mi tatarabuelo no hubiese quedado reducida a un puñado de cenizas, yo no habría nacido en un triste bloque de pisos de la posguerra, con esas escaleras invadidas siempre por el olor a sopa de verduras y los gritos de los niños por el patio.

Y, seguramente, mi madre habría sido una mujer menos perdida.

Tanto la historia de la humanidad como la de la tierra son ciegas, avanzan indiferentes a todo, demoliendo con sus orugas todo lo que pillan por delante. No respetan las penalidades, los esfuerzos, los sueños escondidos tras cada construcción humana. A su paso, lo único que puede hacerse es repetir las palabras del Eclesiastés: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad». ¿Para qué atarse, agobiarse, atormentarse por lo que no dura?

Así y todo, aun teniendo esto presente, el hombre no puede hacer otra cosa que seguir construyendo, porque edificar es el sentido más profundo de la existencia, en cuanto que contiene en sí la idea de futuro.

E incluso cuando, como en nuestro caso, a las espaldas sólo quedan matanzas, cenizas y ruinas humanas, se sigue avanzando igualmente; sólo que, en lugar de construir muros o trabajos, se empieza a entender la necesidad de edificar esa realidad inaprensible y misteriosa que se llama vida interior, la única contra la que las bombas no pueden hacer nada, la única sobre la que los terremotos pasan sin conseguir causar estragos.

«Dentro de los niños que utilizaron toda la fuerza de su imaginación para contener el terror del terremoto —escribiste en *Questa libertà* — se abrió una falla de precariedad, y creo que mi obsesión por la escritura surge de la oscuridad de esa falla y del intento, tan penoso como obstinado, de volver a unir los bordes.»

Sí, la obsesión por la escritura nace como obsesión de la oscuridad, se nutre de vorágines, desgarrones, pozos oscuros que se esconden hasta en el más sereno de los días.

Aunque ya a los dieciocho amaba la poesía, no había acariciado ni de lejos la idea de que toda mi vida estaría marcada por el cuerpo a cuerpo con las palabras.

En cualquier caso, por esa misma época, una sensación de precariedad igual de absoluta devoraba hasta la más mínima estabilidad que conseguía alcanzar.

La noche del 6 de mayo de 1976 dormí igual que tú, tendida sobre la tierra desnuda, sin lograr entender durante varias horas qué había ocurrido en realidad. Por entonces no había internet ni *smartphones* . Todas las líneas de comunicación estaban cortadas.

A nuestro alrededor sólo había polvo, y esa noche silenciosa en la que los árboles, con la ausencia total de viento, sacudían las copas meciéndose como ramitas, mientras de la tierra surgía un rugido poderoso que hacía que nos temblara la espalda como si fuéramos a lomos de un caballo salvaje.

Entre una sacudida y la siguiente, del árbol más cercano —una morera — se elevaba el canto, regular e intenso, de un ruiseñor. Todo era muerte, todo destrucción, y él cantaba como si no pasara nada. Para él era la época de encontrar pareja, de marcar el territorio.

Era lo único que le interesaba, nada más.

No he vuelto a sentir con más lucidez la absoluta indiferencia de la naturaleza como en aquella noche suspendida.

A la mañana siguiente, con mi perro, al que había conseguido salvar en medio de la exaltación de la huida, llegué a la estación de trenes y de allí fui a Trieste, donde vivía mi abuela. Llevaba todavía la ropa del día anterior: chanclas, pantalones cortos y camiseta. Ese 6 de mayo había hecho un día de un bochorno estival muy poco habitual en la región de Friuli.

Tú, sin embargo, pasaste varios meses viviendo en una tienda de campaña.

Hasta que no pasaron las otras dos grandes sacudidas del 15 de septiembre —las que derrumbaron la resistencia interior de todos— no te reevacuaron a la costa a bordo de un paquebote militar. No pudiste volver a Chiusaforte hasta que no terminaron los poblados prefabricados.

El tuyo se llamaba Campo Ceclis.

Después del terremoto estuve meses padeciendo trastornos nerviosos, y el peor de todos, un insomnio que no conseguía vencer. Mi abuela, preocupada por mi estado de postración, me llevó a un viejo médico rural que había vivido mucho tiempo en una misión en China. La acupuntura consiguió aplacar mi agitación.

Vivía en Muggia y desde las ventanas de su casa se veía el mar. El salón estaba en penumbra y, entre los libros, sobresalía, apenas acariciada por la luz, una cabeza de Buda. No hablábamos, yo me limitaba a guardar

silencio con las agujas puestas, que se movían con la respiración.

Era junio, el mar, una extensión plana y brillante en la que descollaban a lo lejos, minúsculos como si fueran de juguete, barquitos de vela.

El mundo parecía perfecto y, en esa perfección, inmutable. Pero a esas alturas yo ya sabía que no era así. Sabía que no nos podíamos fiar de nada, que el mal que arrasaba el corazón del hombre era capaz de arrasar también el de la Tierra.

Todo era apariencia incierta, todo vanidad. Ese mismo otoño conseguí una beca de estudios y me mudé a Roma, donde asistí al Centro Experimental de Cinematografía, cerrando así en mi interior el gran portón que representaba para mí el terremoto.

Al otro lado de sus hojas y de sus pesados cerrojos estaba mi infancia, la adolescencia, todo ese mundo de dolor absoluto del que no quería volver a saber nada. Estaba clausurado tras de mí, sellado, custodiando una vorágine que ya nada tenía que ver conmigo.

En esa ciudad nueva había palmeras, el aire era tibio, los días ya no estaban marcados por el rigor, la tenebrosidad y la crueldad, sino por una ligereza mediterránea ensimismada.

Necesitaba esa ligereza como el oxígeno.

Sin horarios, sin reglas.

Todo era relativo, todo sustituible.

Todo reparable.

Me tiraba horas en el autobús y el tranvía para llegar a Cinecittà, y entretanto leía los clásicos, rodeada por el caos metropolitano y las selvas de maniacos. Vivía en habitaciones de alquiler, y en los sucesivos traslados sólo llevaba conmigo una mochila con pocas cosas.

Eran los horribles años del terrorismo y las Brigadas Rojas, pero también una época imbuida de una gran efervescencia cultural. Veíamos cantidad de películas, nos pasábamos noches enteras charlando, imaginando, planeando proyectos, soñando. Experimentaba por dentro la enorme energía de una niña recién nacida.

Y en parte era así.

Mi mundo había dado un vuelco repentino: yo, la necia, la que no entendía nada, la que respondía tarde, y a menudo mal, el objeto de escarnio de todos los profesores indignos de tal nombre, la chica a la que la carrera de maestra le parecía una misión casi imposible y a la que le sugirieron que se dedicara mejor a ser dependienta, de golpe y porrazo, sin saber absolutamente nada de cine, me había presentado a unas pruebas nacionales y las había aprobado por encima de centenares de participantes.

Tenía poco más de dieciocho años.

Me habían pedido que inventara historias a partir de imágenes y yo las había contado. La comisión, en lugar de pensar que era idiota, pensó que tenía un talento extraordinario.

18

¿Podría decirse que, oculta entre los días, aparte de la oscura trama del destino, existe otra que va en sentido contrario?

El destino crea todas las condiciones de obstáculo, desde un pequeño incordio hasta la tragedia. Luego, sin embargo, puede ocurrir que, de golpe, uno consiga huir de sus redes y entre en una dimensión de la vida totalmente desconocida, donde esa nueva trama, claramente benéfica, es capaz de auxiliarnos, de mostrarnos el camino que hay que seguir.

Porque es evidente que, si todo a nuestro alrededor se derrumba, no puedes pasarte el día entero sentado sobre los escombros, sino que llega un momento en que hay que volver a ponerse de pie, encontrar otro camino que enfilar.

De la misma forma entraron de puntillas en tu vida los libros y las palabras cuando empezaste la secundaria, gracias a la profesora Algozer, que amaba la precisión científica de los términos y que repetía con un desprecio sutil: «Todo lo demás es poesía».

¡Todo lo demás!

Todo lo que no puede medirse, definirse, calcularse según los criterios precisos e inapelables de la ciencia.

Fue ella, la positivista acérrima, quien te iluminó, quien te mostró la frontera límite de ese mundo que con el tiempo sería el tuyo; el mundo que, ya de niño, intuías que llevabas dentro, el mundo de la falla, de los desgarros, de los silencios tan profundos, de la complejidad que se vuelve un nudo aparentemente imposible de desenredar.

Como con el iceberg, donde gran parte de la masa es invisible porque está bajo la superficie del mar, así en el corazón del hombre hay un continente sumergido que la ciencia jamás podrá iluminar.

Ese continente es la tierra a la que llegan de pronto los rayos de la realidad, de lo que está debajo, escondido, oculto por las trivialidades de los días. Cosas cuya existencia cualquier ser humano intuye al menos una vez en su vida.

La misión de las palabras es capturar ese instante, el instante en que el velo se desgarra y deja ver, al menos por un momento, la luz cegadora de la verdad.

¿Qué es un poeta sino quien tiene una linterna en la mano y, apuntando el haz de luz sobre un detalle, nos dice: «Mirad»?

Eso es lo que significa escribir.

Iluminar las cosas escondidas.

Tú, como decía, descubriste las palabras mucho antes de ese 10 de septiembre de 1983, cuando tu vida quedó de golpe patas arriba.

Ya las tenías todas dentro.

La lectura de *Moby Dick* —que habías iniciado antes de aquel trágico día y continuaste luego— fue la rama a la que te agarraste para salir de ese estado de absoluta desesperación.

Al igual que los versos de Montale —«Sentir con triste maravilla / que la vida toda y su fatiga está / en este recorrer un muro / coronado por pinchos filosos de botella»—, [1] te mostraron el camino que debías recorrer cuando, en tu nueva dimensión de invalidez, estabas intentando afrontar la vida desde cero.

¿Y qué fue ese año y pico en el hospital sino el gran descubrimiento de las palabras? Nadie tiene el valor de decirlo en estos tiempos del *storytelling* y del todo *easy* : la escritura es una prisión que permite muy pocas horas de aire.

La habitación del hospital, con el alféizar lleno de libros, se convirtió en tu celda monacal. Dejarla para regresar a la existencia cotidiana te sumía en un estado de pánico.

El mismo pánico que experimenté yo cuando me llegó el telegrama: me habían concedido la beca para estudiar en el Centro de Cinematografía Experimental.

«¡No voy a ir!», exclamé nada más leerlo.

Me daba pavor tener que mudarme a una ciudad grande y caótica como Roma, tener que habituarme a un mundo, el del cine, que se me antojaba más aterrador aún. Pero mi abuela fue bien clara: «Vas a ir, y no se hable más».

Y fui.

Cuando se es joven, es lícito pensar que detrás de todo acontecimiento sólo está el azar. Solamente cuando envejecemos y observamos los años a nuestras espaldas nos damos cuenta de que todo lo que nos parecía casual, en realidad, no lo era en absoluto.

Una mañana del verano de 1976 me desperté y comprendí que mi deber era contar historias. Nada tenía de racional, pero era una sensación tan fuerte que me impulsó a afrontar una prueba tan aterradora para mí como un concurso.

Sentí una voz en mi interior y le hice caso. De no haberlo hecho, mi vida habría sido radicalmente distinta.

En los tiempos que corren toda la responsabilidad de la vida recae sobre nuestras espaldas, como el mundo sobre las de Atlas.

Qué peso nos quitaríamos de encima, cuánta tristeza y luctuosidad nos ahorraríamos si aceptásemos que cada uno de nosotros tiene un destino que sólo depende en parte de nuestra voluntad.

Vivir es un *pas de deux* , un dúo, y, para entender qué dirección debemos tomar, hace falta saber escuchar; de hecho, el primer paso en el camino de la sabiduría es la escucha.

Al escribir esto ahora me doy cuenta de que ni tú ni yo íbamos nunca con cascos o auriculares, no teníamos listas de reproducción siempre a mano. Nuestros días no han tenido hilo musical.

Sabíamos que nada debía interponerse entre nuestros oídos y la silenciosa voz del cosmos.

Hasta los veintipocos años no empecé a entender que mi vida estaría profundamente marcada por la escritura.

Antes de centrarme en eso atravesé un momento de gran confusión: no acertaba a decidir si debía contar historias con imágenes o con palabras.

Entretanto empecé a trabajar y fui experimentando, en el mundo del cine y la televisión, el mismo estado de ajenidad que había vivido en mis realidades previas. Pero me levantaba a las cuatro de la mañana y me ponía a escribir, volvía a casa por la noche y seguía escribiendo hasta bien entrada la noche. Rellenaba cuadernos y más cuadernos de apuntes, preguntas, reflexiones, sueños, cóleras.

El mundo exterior dejó de existir para mí.

¿Era quizá una señal de la locura obsesiva que estaba esperándome desde la infancia, o era, en cambio, el camino que debía enfilar?

No conseguía responderme.

Un verano, atormentada por las dudas, precinté en un paquete todo lo que había escrito —creo que era *Illmitz* — y se lo mandé al poeta Biagio Marin. Él era ya muy mayor y llevaba tiempo ciego, así que la hija le leyó mis páginas y luego me respondió. Al final quedé con él un día de septiembre en la casa que tenía sobre el mar en Grado.

—¿Qué debo hacer? —le pregunté—. ¿Trabajar en la televisión o dedicarme a las palabras?

Guardó silencio un momento y luego me dijo:

—Describe usted la naturaleza extraordinariamente bien. Su vida es la poesía. Dedíquese sólo a eso.

«Qué suerte la tuya —solía decirte con una envidia alegre y benévola —. Tú consigues completar unos “deberes” en pocos días de trabajo, mientras que yo, para escribir algo como es debido, necesito meses de trabajo.»

Tú también te diste cuenta durante la redacción de *Questa libertà* de que para escribir prosa hacía falta «un físico brutal». Me contaste que te dejó realmente agotado, pero que había sido una experiencia hermosa, hasta el punto de que tenías pensado empezar pronto otra obra de prosa.

¿Te acuerdas de que lo hablamos en varias ocasiones?

Entre todos los temas que te habría gustado acometer, el que más te

llenaba era el de la *artesanía* , una elección que yo apoyaba con pasión. Hablábamos del modelismo aeronáutico, al que tantas horas le dedicabas, con gestos mínimos y precisos, pero también de los cuévanos que trenzaba el viejo Silvio bajo tus ojos en Campo Ceclis.

¿Qué sentido tiene la artesanía?

¿Por qué vía se alcanza?

¿Y qué sentido tiene, en la vida de un hombre, escoger ese camino?

Más de una vez nos cuestionamos todo esto en tu luminosa casa de Cassacco.

Yo a ti te hablaba a mi vez de mi cansancio ya infinito. Te contaba, por ejemplo, que, según la medicina china, el trabajo continuo de la mente agota la energía del bazo. Después de tantos años de escritura, mi bazo era un trapo ya sin vida. Me siento tan frágil como si estuviera hecha de papel cebolla, basta un mínimo soplo de aire, una gota de agua para desgarrarme.

«*La Tigresa y el Acróbata* es mi testamento —te confesé un día—. Preveo un futuro de gran silencio después de ese libro.»

Y quién sabe, si no llega antes el de la eternidad, a lo mejor un día también yo me iré a dar vueltas ligera de equipaje, con tan sólo una libreta y un lápiz en el bolsillo.

¡Qué ganas tengo de descargarme de este cuévano que llevo encima desde hace cuarenta años! Este cuévano que todos imaginan como una especie de cornucopia colmada de cosas maravillosas y que, en realidad, está cargado sólo de leños, piedras, cosas pesadas.

«No hay nada que deteste más que el sonido del piano», dijo una vez en una entrevista Martha Argerich, la gran pianista. Nadie mejor que yo puede entender la aparente opacidad de sus palabras.

19

Llevo unos días fuera de casa, he dejado atrás mi estudio, los árboles y al perro que duerme suspirando a mis pies cuando escribo. Es un perro negro, grandote e inteligente, al que saqué hace unos años de la perrera.

Como todo perro, no piensa en otra cosa que en el paseo diario con su ama, y con esos suspiros regulares lo que quiere decirme es: ¿ahora sí?, ¿has terminado?, ¿cuándo salimos?

Los días entre la Epifanía y el mes de febrero son una época del año que suele llenarme de tristeza. El fausto de las hojas otoñales se transforma en una plasta a los pies de los árboles. Las ramas siguen desnudas, la hierba de los prados, aplastada y muerta.

Las ranas, los sapos y los renacuajos duermen, así como las culebras que, con las primeras tibiezas, pasarán disparadas a ras del agua. Aparte de los carboneros, que nunca pierden los ánimos y a menudo vienen a mi ventana para pedir comida, el resto de los pájaros, mirlos, petirrojos, chochines, viven en la retaguardia. Aparecen y desaparecen en silencio entre la maraña de espino blanco y rosas, alimentándose de las últimas bayas para luego agazaparse temerosos entre los arbustos, a la espera de que cambie la luz y llegue por fin la hora de desplegar sus cantos.

Todo está inmóvil y, sobre esta inmovilidad, desciende la niebla. Una niebla terca, densa, por la que solamente asoman las siluetas oscuras de los árboles.

Después de varios días de malestar e inquietud, comprendí que esa niebla estaba oprimiéndome y arrojaba sombras cada vez más oscuras sobre mi cabeza y mi corazón.

De ahí que un día decidiera irme a algún sitio en alto donde la niebla no pudiera alcanzarme.

Llevo años pasando una temporada invernal en un pueblecito muy pequeño del Alto Adigio. Te llamé varias veces desde aquí para hablarte de la nieve, del silencio nocturno del bosque, del ruido del torrente que, en la penumbra, discurre con un murmullo ligero bajo las lastras de hielo.

El invierno pasado hubo poquísima nieve, alguna que otra mancha blanca y solitaria entre el castaño oscuro de los prados invernales. «Se ha convertido todo en un pantano deprimente», te decía por teléfono.

Ahora, en cambio, es levantar los ojos y mirar por la ventana y ver el paisaje con el que siempre soñábamos.

Está todo cubierto de nieve: los tejados de las casas, los árboles, las

empalizadas, las pilas de leña. Las pendientes del valle son una única extensión resplandeciente.

La nieve cruje bajo mis pies cuando salgo a caminar y en las horas más cálidas cae de las ramas de los abetos con un ruido seco y ligero.

¡Cómo me gustaría que siguieras aquí conmigo, cómo me gustaría poder coger todavía el teléfono y llamarte!

Si te digo la verdad, en estos meses ha aparecido tu voz de pronto en algún programa de radio, pero he tenido que abalanzarme sobre el aparato para apagarlo. No quiero escuchar tu voz reproducida, ninguna cinta grabada sustituirá nunca lo que ha quedado en mi recuerdo.

Si debo escuchar tu voz —y sigo haciéndolo— que sea en las profundidades de mi alma, no en una bobina magnética.

Todavía recuerdo cuando me llamaste para leerme el poema que acababas de escribir y que le habías dedicado a tu tío y al tránsito de la noche.

Yo estaba en Cecina, acababa de participar en una charla para los críos de los colegios locales.

Empezaba a atardecer.

Estaba tomándome un aperitivo con otra gente en la playa.

En cuanto vi que eras tú, me alejé y fui a sentarme en un hidropedal encallado en la arena y escuché tus palabras desde allí.

Había noches en que el dintel
conservaba aún templado el verano, en la linde de la era,
y en que, entre el olor a aves de corral y tierra batida,
en el rumiar de los conejos en las jaulas,
en el vuelo aterciopelado de los murciélagos tímidos en el granero,
nada, ni apretarme contra la mole de mi tío,
me libraba de los sobresaltos que vivía con las mantas a ras de los ojos,
cauto como un Adán recién caído del árbol,
perdido en la hierba alta, mientras la noche se aproximaba
con paso de animal.

En esos días el Maligno quedaba todavía lejos, estábamos convencidos de que tendríamos tiempo de sobra: tiempo para estar juntos, para vernos, para hablar por teléfono, para contarnos historias de mariquitas y abejas, de nieve y de hielo, de viento y de atardeceres opacos, de noches estrelladas.

Los años de nuestra amistad fueron para mí los años de la gran libertad. La libertad de ser como somos, sin las simulaciones que exigen los adultos, esos a los que no les importan las mariquitas y siempre saben adónde van, qué hacer, tienen siempre un objetivo que alcanzar.

Personas que no se entusiasmarían como nosotros ante la idea de comerse una pizza hecha en casa ni sabrían regocijarse por la simple

presencia de un herrerillo al otro lado de la ventana.

¿Te acuerdas de cuando te contaba mis experiencias con los periodistas? Me escuchabas con las cejas arqueadas y te quedabas pasmado, como un niño que escucha una fábula hechizante. Te estremeció especialmente cuando te repetí la frase que me dijo una periodista muy famosa al terminar una entrevista:

—Estará contenta de haber conseguido lo que todos desean, ¿no?

—¿Qué es lo que desean todos? —le pregunté perpleja—. Le juro que no tengo ni idea.

—Está claro: ir a cenar con políticos.

¿Ir a cenar con políticos?

¿A quién podría ocurrírsele una idea tan loca?

—La verdad es que nunca he deseado tal cosa —respondí sin más, aún estupefacta.

—¡Anda ya! Todo el mundo desea relacionarse con el poder, lo que pasa es que no se atreve a confesarlo.

Llegados a ese punto de la historia de terror, te restregaste los ojos, incrédulo, y me dijiste:

—Pero ¿cómo puede ser?

Entre nuestras fábulas negras había una de otra periodista que, en cuanto me senté delante, exclamó: «¿Sabe usted que tiene un gusto pésimo vistiendo? Qué horror de zapatos, por favor. ¿Dónde los compra? —Y luego, mirando a su alrededor, añadió—: ¿Cómo puede vivir en un sitio tan sórdido y triste? —Por entonces ya vivía en el campo—. ¿Por qué no se va a Nueva York?».

Ésas eran las guindas del pastel. El bizcocho que había por debajo tenía un grosor bien distinto. En los años del gran éxito se me consideraba una persona huraña, ignorante, ávida de dinero, que había embaucado a sus lectores con una basura que había rebajado para siempre el gran nivel de la literatura italiana.

Era necesario, por tanto, burlarse de mí, desenmascararme, ridiculizarme, poner en guardia a la gente del peligro de degradación que corrían si se rebajaban a leer mis libros.

¿Te acuerdas de que te conté que ya en el parvulario me coronaron Reina de la Basura?

Resultó ser una coronación profética.

Al hacerse pública mi vida, el contenedor se convirtió en una vorágine sin fondo. La gente creyó entender que yo vivía en otra dimensión, que no compartía su cinismo, y no había por tanto riesgo alguno en cubrirme de infamias. Es más, ¿qué hay más satisfactorio que decir la verdad? ¿Qué hay más importante que demostrarle al mundo la agudeza de la inteligencia propia?

También tú tenías tus sutiles detractores, me contaste, personas que, en

el fondo, creían que en gran medida le debías tu fama a tu discapacidad.

Te enfurecía que quisieran vincular el valor de tu poesía a tu minusvalía, y con razón.

Ser poeta, exento del éxito de las grandes cifras, te preservó del desdén de lo que, una vez en un periódico, me atreví a llamar «el mandarinato de los mediocres». En cualquier caso, tu silla de ruedas fue también una pequeña trinchera, capaz de contener a los envidiosos, de despertar en ellos un mínimo de pudor.

Pero al igual que para ti las ruedas de tu silla se erigieron en defensa de tu fragilidad de poeta, así mi limitación invisible actuó como un imán sobre las limaduras de hierro, atrayendo toda la negatividad que había alrededor.

20

Padezco síndrome de Asperger, ésa es mi silla de ruedas invisible, la prisión en la que vivo desde que tengo uso de razón.

Mi cabeza no dista mucho de una vieja motocicleta. Hay momentos en que la maneta del acelerador va apretada hasta el fondo mientras que en otros las bujías están sucias y el motor no para de ahogarse.

Todas las mañanas pongo una mesa dentro de mí. Voy disponiendo los cacharros con mucho orden, primero el plato, después el vaso, el pan, los cubiertos a un lado, en medio de la mesa, la jarra del agua, puede que cerca un jarroncito con una flor. Hasta que alguien, de pronto, da un tirón fuerte del mantel y se cae todo al suelo con un gran estrépito de metal, loza y cristal.

Basta un ruido mínimo, un evento imprevisto para que se desencadene el desorden en mi interior.

Y con el desorden, la desesperación.

Me doy entonces de cabezazos contra la pared. «¡Ya no entiendo nada!», repito a gritos. Todo en mí se oscurece. No sé por dónde empezar a ordenar.

La locura entrevista ya en el parvulario no era otra cosa que eso; vivía —y sigo haciéndolo— en un mundo que es sólo mío, y ese mundo tiene leyes que nadie más está en posición de comprender.

Cuando yo era pequeña no se conocían este tipo de trastornos. En el mejor de los casos, me daban por una niña rara, presa de una timidez patológica. No dormía, no hablaba, no miraba nunca a los ojos.

Las cosas que alegraban a los demás niños a mí me dejaban indiferentes; sucesos que pasaban desapercibidos para los demás niños provocaban en mí suplicios interiores.

Mis caprichos eran caprichos metafísicos, carentes de fin. Me dejaba caer como un peso muerto por la calle y mi madre se veía obligada a arrastrarme del brazo. Me ponía roja, morada, las venas de la frente hinchadas, a punto de estallar. Gritaba con toda la fuerza de mis pulmones, me retorcía como poseída por el demonio, presa de una rabia incontrolable.

A estas crisis les sucedían largos periodos de quietud ataráxica. El tiempo que me llevaba volver a poner la mesa.

—¡Morirás sola como un perro! —gritaba mi madre a veces, cuando se desesperaba por mi comportamiento.

Pobre mamá, además de un primer marido que era un miserable y un segundo psicópata y, de paso, alcohólico, tuvo también una hija que era como una caja fuerte cuya combinación nadie conocía. En una época, para más inri, en la que a los niños sólo se les daba una opción —obedecer—, cómo debió avergonzarle tener una hija incontrolable, totalmente indemne a la lógica correctiva del castigo.

Antes de morir me regaló una cajita de madera con un corazón grabado en la tapa. Cuando la abrí, encontré dentro un papelito escrito de su puño y letra: «Aunque no te haya comprendido nunca, te quiero mucho».

Me he pasado la vida luchando contra la complejidad de mis trastornos, contra los enormes obstáculos que llenaban —y siguen llenando— mis días.

Durante décadas me culpé por no conseguir ser como los demás, por no ser capaz de enfrentarme a cosas que a las demás personas les parecían normales. Pese a poseer una profunda capacidad introspectiva, no conseguía comprender dónde estaba el punto de fractura.

Era perfectamente consciente de todos los traumas y de todas las carencias de mi infancia y, sin embargo, no lograba encontrar en ellos la luz capaz de iluminar mis trastornos.

Alrededor de los treinta, animada por mis amigos, fui incluso a un psicoanalista (y digo «incluso» porque económicamente no podía permitírmelo).

Me decidí por uno que se consideraba una gran eminencia. Estuvimos hablando una hora entera y luego me dijo: «Para mí sería maravilloso analizarla, pero no lo necesita en absoluto. Su lucidez es total. No puedo quitarles un tiempo precioso a pacientes que lo necesitan».

Y ésa es la gran y terrible paradoja.

Soy una persona extremadamente equilibrada, obligada a convivir con una persona que es todo lo contrario.

Los trastornos se agravaron cuando rondaba los cuarenta y fue así como empezó mi gira por los neurólogos. Algunos problemas podían achacarse a un trauma craneal importante que sufrí de pequeña, pero ¿y todo lo demás?

Hacía preguntas que nadie lograba responder.

¿Por qué no puedo con los ruidos?

¿Por qué me dan miedo las caras?

¿Por qué me aterran los imprevistos?

¿Por qué siempre tengo miedo a comportarme mal?

¿Por qué no entiendo qué quieren de mí los demás?

¿Por qué llevo toda la vida sintiéndome como un insecto apresado en un tubo de cristal?

¿Por qué para mí el tiempo discurre distinto que para otras personas?

La psicología no puede dar respuesta a esas cosas. No tengo fobias, no

tengo ansiedad, no tengo depresión, no soy obsesiva, pero a la vez todas estas condiciones se alternan en mi interior con regularidad.

Gracias a mi carácter, muy fuerte y estable, a menudo salgo victoriosa, pero a resultas de esa batalla silenciosa vivo en un estado permanente de extenuación.

«¿Pero cómo puede ser? ¿Ya estás cansada? ¿Por tan poco?», ésa ha sido siempre la cantinela incrédula y ligeramente irritada de quienes están a mi lado.

Ahora lo puedo decir.

Experimento un cansancio casi mortal.

Sesenta años de simulación sin ser actriz.

Los gestos normales de las personas, los que uno realiza casi sin ser consciente, son para mí pequeños Everest diarios, conquistas fatigosas que se producen siempre en un silencio reservado.

Ir al restaurante, conocer a gente nueva en el ámbito profesional, hacer o recibir una llamada, dormir en una habitación de hotel que no conozco, coger un tren lleno de gente, enfrentarme a las horas de cárcel de un avión.

Una neuróloga me dijo un día: «Tiene usted una cordura tan instintiva que ha encontrado sola todas las cosas que le permiten alcanzar un estado de equilibrio».

¿Y qué es lo que me permite sobrevivir a la fragilidad de mis días?

Todo lo que es limitado, repetitivo, estable.

Todo mundo donde lo que sucede está claro, sin posibilidad de malentendidos.

Practicar artes marciales, observar las abejas, tocar el piano, recuperar casi obsesivamente bicicletas viejas, pasar horas arreglándolas por la fascinación extática que experimento ante su mecánica perfecta. Vivir entre mi habitación y el huerto, entre el estudio y el frutal. Vivir rodeada de animales —seres inocentes con los que es imposible no entenderse—, y de las pocas personas que me aceptan como soy.

Por lo demás, he tenido también la suerte de poder construir a mi alrededor, con los años, un mundo a mi medida. Los años en los que tuve un trabajo normal, aunque precario, fueron años en los que sentí cercana la muerte. Me levantaba desesperada por las mañanas. Los fines de semana me los pasaba encerrada en casa con unas jaquecas horribles.

Las personas con este síndrome viven inmersas en una ingenuidad innata. No son capaces de imaginar el mal en las personas con las que se relacionan, no comprenden sus intenciones, y eso las convierte en víctimas naturales de los abusones, de los sádicos y los pervertidos.

Nuestra fragilidad íntima y desarmada instiga el dominio tribal del grupo. Y la manera en que se manifiesta esta fuerza es la ciega y perversa que nace de la zona de sombra que todo ser humano custodia en lo más

profundo de su corazón.

Del desdén cínico hacia el que es distinto a las puertas de Auschwitz que se abren de par en par. Todo nace de ahí, de esa mancha congénita de cuya existencia la mayoría de personas, seducidas por Rousseau, parecen haberse olvidado. Y gracias a ese olvido, la mancha se dilata, se extiende, engulle casi toda realidad que nos concierne.

El síndrome de Asperger —como todos los del espectro autista— no depende del inconsciente ni de las posibles carencias de los padres, sino más bien de un cruce perverso de química, genética y desdicha. Si bien todavía no está claro el origen de este trastorno neurológico, al parecer —más allá de las posibles complicaciones en el parto y del componente hereditario— es importante el papel que desempeñan los metales pesados que se quedan atrapados en la membrana cerebral cuando el niño está todavía en la barriga de la madre.

Mi madre, mi abuela y mi bisabuela vivieron al lado de una planta siderúrgica que despedía sin descanso densas nubes de escoria por sus chimeneas. Hierro, cobalto, níquel.

Yo soy la consecuencia de todas esas nubes tóxicas. Yo en mí misma soy a menudo una nube tóxica.

Pero en esta toxicidad no hay forma alguna de neurosis. La mía, como sabes, es una vida equilibrada, capaz de escuchar, rica en relaciones estables y profundas.

Si yo fuera una persona con trastornos del ánimo, en lugar de construir a mi alrededor realidades positivas, solamente habría sembrado desdicha y destrucción, como hicieron mis padres.

A tenor de dichas premisas, ya puedo afirmar que los treinta años de presencia pública han sido para mí una auténtica pesadilla. Amar la penumbra, el silencio, y estar siempre bajo los focos.

Unos focos malévolos, manipulados por los «profesores» de mi vida adulta. Quienes ponían -17, los que escribían en rojo por debajo: «¡No se entiende nada!». ¡Eres un fraude, una farsante, el producto de una maquinación ladina!

«Dentro de diez años nadie se acordará siquiera de que Susanna Tamaro existió», sentenció hace veinte años una de las voces más autorizadas de la crítica italiana.

Y los profesores aplaudieron.

-18, -19, -25...

¿En qué momento para uno de caer?

Tener delante una cámara de televisión y no entender a qué juego está jugando. Ver a una persona sentada enfrente haciéndome preguntas y escribiendo, iluminada por la única luz de la maldad, y que, con esa luz,

reproducirá palabras que nunca salieron de mi boca.

Y palabra a palabra la avalancha de malentendidos crece y rueda cuesta abajo, aumenta metro a metro, arranca árboles, arrasa casas, destruye mi ingenuidad para siempre.

De la misma manera que he odiado los encuentros con los periodistas malévolos, he amado los encuentros con mi público, con todas las personas que han leído mis libros y han compartido su sensibilidad con la mía.

Si no hubiera tenido ese problema neurológico, habría podido afrontar un número infinitamente mayor de presentaciones y charlas pero, de todo lo que conseguí hacer, no hay ni una sola cosa de la que no guarde un recuerdo bien hermoso.

Porque, entre todas las paradojas, está también ésa. No creo que nadie, al verme en persona, se haya dado cuenta nunca de la gran batalla que mantenía en mi interior. Todos mis encuentros fueron siempre encuentros de verdad, y no el sucederse monótono de una rutina promocional.

Y es que esto me produce gran sufrimiento: gozar de un carácter positivo, con curiosidad por los demás, ser alguien que ama dialogar, y tener un síndrome que, por el contrario, me empuja siempre a una esquina, al único sitio donde mi mente y mi cuerpo hallan la paz.

Me ha costado sobrellevar el peso del éxito pero quizá, en cierto modo, una vez más mi silla de ruedas interior me ha protegido y ha impedido que me absorbiera ese baño de irrealidad.

Por lo demás, el éxito me permitió resolver un punto muy crítico de mi supervivencia, el económico. Hasta entonces había vivido en una situación de una precariedad extrema. Las personas como yo, de hecho, suelen tener ese problema. Pueden trabajar perfectamente pero no son capaces de gestionar las relaciones humanas que se dan en torno al mundo profesional.

La vida sentimental ha sido otro punto crítico.

Las veces que tenía la suerte de empezar una historia, todo iba bien durante los primerísimos compases. Pero luego, cuando llegaba la hora de concretar la cotidianeidad, las cosas se iban al traste. Mi conducta desilusionaba sin falta a la persona que tenía a mi lado. Pero yo no era capaz de comprenderlo y la relación se apagaba igual que un fuego que se deja de alimentar, y las historias se acababan sin que yo llegara a entender la razón.

En un momento dado encontré a la persona con la que me habría gustado pasar el resto de mi vida. Con el tiempo y mucho dolor, sin embargo, tuve que recular porque me di cuenta de que todo lo que precisamente él deseaba de mí —la vida en común, los hijos, una vida normal y apasionada de pareja— yo jamás sería capaz de dárselo.

Pero de la misma forma que el destino es capaz de ponerte una piedra al cuello, así su lado benévolo —lo que en otros tiempos se llamaba

Providencia— sale a tu encuentro y te ofrece el antídoto.

Después de cumplir los treinta empecé a padecer de una grave asma alérgica y tuve que irme de Roma. Así fue como conocí a una persona que alquilaba una habitación en su casa en medio del monte.

De aquella convivencia sencilla y conveniente para ambas han pasado treinta años y todavía vivimos juntas.

Como sabes, la relación entre Roberta, nuestra querida «cuidadora electrónica», como la llamabas tú en broma, y yo es un vínculo profundo y muy particular. Vivimos una vida llena de desorden alegre y abierta a los demás. En estos años hemos acogido en la casa, por temporadas más o menos largas, a muchas personas, y hemos ayudado a algunos niños a hacerse mayores. Algunos han vuelto a sus países, otros siguen viviendo con nosotras y ahora disfrutamos de la segunda generación, nacida bajo nuestro techo.

¿Qué puede haber más bonito que ayudar a las personas a crecer? Con sólo abrirse al mundo exterior uno escapa a la obsesión asfixiante de las relaciones.

En el día a día yo me encargo de las actividades internas de la casa, el huerto, el frutal, las abejas, mientras que Roberta, siendo como es milanesa y, por tanto, pragmática, se encarga de los infinitos incordios burocráticos del mundo exterior. Tú sabes que yo sola lo más que podría gestionar sería ¡una autocaravana!

Sin su paciencia, sin su atención maternal, sin su capacidad de explicarme siempre lo que sucede a mi alrededor, nunca habría tenido la serenidad que necesitaba para escribir, ni tampoco habría conseguido nunca sobrevivir a las dificultades de mi trastorno y a todo el odio y el desprecio con el que me han bombardeado durante años.

Pero, una vez más, esta convivencia ha descargado sobre mí el más banal de los clichés. Tengo que ser siempre, por fuerza, lo que los demás quieren que sea, y no lo que realmente soy. Libretas en ristre, un pie que se agita impaciente, cejas arqueadas en un asombro indignado.

—Bueno, y entonces ¿por qué no se decide a salir del armario?

Venga, pues voy a salir por fin de un armario.

Vivo con una amiga porque tengo síndrome de Asperger y necesito a alguien que, con afecto e inteligencia, me ayude a sobrevivir a la complejidad de mis días.

Durante toda mi vida he tenido al lado una amiga especial porque, al final, mi silla de ruedas interior no me hace muy distinta a un ciego. Tengo que apoyarme en el hombro de alguien para avanzar, preguntar casi obsesivamente «¿Qué pasa? ¿Adónde vamos?». Y sólo una mujer, por el espíritu oblativo que las caracteriza, puede tener esa paciencia infinita.

Si tengo aspecto andrógino es por la misma razón. Porque los síndromes del espectro autista son en su mayoría masculinos y, cuando le

toca a una chica, llevan consigo un predominio de los rasgos masculinos.

Sobriedad, ausencia de emotividad visceral, total ajenidad a toda clase de seducción y frivolidad femeninas.

Pensamiento masculino, que no masculinidad.

Cuánto he sufrido en la infancia y en la vida adulta por esto mismo. «¿Qué eres, niño o niña?», me preguntaban ya en el jardín de infancia los demás niños. Preguntas de mofa, arrogantes.

¿De qué parte estás?

¿Quién eres?

No soy ni de aquí ni de allí.

¡No eres nada!

¡Cuánto sentimiento de culpabilidad por querer vestirme de vaquero y no de princesa! Y también por no haber sentido en la adolescencia interés por todo lo que suele apasionar a las adolescentes. Ni maquillaje, ni minifaldas ni susurros intrigantes.

Yo era un vaquero y sabía que lo sería siempre. Nunca desembarqué en el planeta de la seducción. He llegado incluso a la paradoja de que me insultara un grupo de jovenzuelos por ir andando de la mano con mi novio.

Nos tomaron por una pareja gay.

Cuando leo que un chico o una chica se suicida por esa clase de persecución me da una pena muy tremenda.

¿Qué significa normalidad?

¿Y por qué lo que no es normal según los cánones sancionados suscita tanta rabia persecutoria?

Ser distinto no es una voluntad, sino una naturaleza que se tiene o no se tiene. Y muchas veces ser distinto quiere decir una sola cosa, ser más sensibles. Y la sensibilidad, o mejor dicho la hipersensibilidad, tiene un gran defecto. Siempre va de la mano de la fragilidad. Es precisamente eso lo que excita la ineptitud de la manada, que quiere destruir por medio de la fuerza todo lo que se sale de sus limitados confines.

Descubrir, tras casi sesenta años, que mi silla de ruedas interior tenía un nombre y que ese nombre iluminaba todo lo que me había atormentado desde el parvulario fue el momento más liberador de mi vida.

21

Hoy, paseando por la nieve, mientras los rayos del sol acariciaban la superficie y hacían relucir sus cristales, he pensado que esa luz no debía de ser muy distinta a la que emana de las alas de los ángeles.

¡La de veces que hablamos de ellos, en los meses de tu lucha contra el Maligno!

Me preguntabas por teléfono sin tenerlas todas contigo: «¿Están conmigo? ¿Tú los ves? ¿Hablas con ellos?».

«Pero ¿no ves que estás recubierto de plumas? —te decía yo—. Hasta el suelo está blanco, como si hubiera nevado alrededor de tu cama.»

¿Cuánto tiempo duró la contienda?

Un año, puede que un poco menos, aunque el tiempo interior fue sin duda infinitamente más largo. Sabías que tenías ante ti un enemigo implacable y decidiste combatirlo. Tuviste siempre la esperanza, hasta el último instante, de que las fuerzas que habías puesto en el campo de batalla —el amor y la pasión por la vida, más que nada— fueran capaces de derrotarlos.

Llevabas mal desde el verano anterior, con fiebres e infecciones en un ciclo casi constante. Los antibióticos eran armas que se encasquillaban cada vez más. Algunos no servían de nada y otros no podías tomarlos por tus alergias. Hacia el otoño empezaron a sospechar otra cosa. Cuando llegó el diagnóstico, yo estaba en cama con gripe. Recuerdo las lágrimas calientes que no conseguía parar bajo el edredón.

En cuanto pude fui a verte al hospital de Tolmezzo. Como imaginé que sería una hospitalización larga, te llevé de regalo la tableta mágica. Después, cuando te transfirieron a Padua para la intervención —era el único sitio donde te garantizaban la pericia necesaria para afrontar una situación tan compleja como la tuya—, también fui a visitarte allí.

¡El Monoblocco!

Su solo nombre ya daba pavor. Así llaman al ala del hospital donde estabas ingresado. Con mi habitual despiste, di varias vueltas antes de encontrar la planta, la unidad, tu habitación. Había por lo menos seis camas.

La tuya estaba al fondo a la derecha, pegada a la pared.

Nada más acercarme distinguí en tus ojos una desesperación muy

profunda. Llevabas ya allí días, reducido a un simple número. El hospital no estaba preparado para atender a personas en un estado tan frágil como el tuyo, las escaras acechaban y Nadia, la chica que te cuidaba, estaba resfriada. La vi allí a tu lado con la mascarilla en la cara y una expresión desoladora. Los especialistas habían pasado varias veces, con su cortejo de batas ondeantes, pero para ellos, más allá de tu órgano enfermo, no eras más que un número, ni más ni menos.

Esa vez te llevé de regalo unos libros que habías querido con toda tu alma cuando eras pequeño: *La enciclopedia de los jóvenes castores* . Te pusiste al momento a hojearla con la pasión de los ocho años: «Cómo construir una cabaña. Cómo hacer señales con banderines. Cómo seguir el rastro de un animal en la selva»... Nadia se fue entonces a descansar al hotel y nos quedamos los dos solos.

Tenías los ojos de Iqbal: los ojos de todos los mansos, los humildes, de los pobres a los que se les niega la compasión.

—¿Cómo pueden tratar así a la gente? —me preguntaste.

—No sé —te respondí—, yo creo que es una cuestión de poder. Los que viven amparados por su fuerza no son capaces de comprender y aceptar la fragilidad.

—Sí, será eso —concluiste meditabundo.

Después empezamos a bromear, atribuyéndoles nombres de cuento a los empleados del hospital: el Sultán, el Gran Visir, el Gran Chambelán. Y seguiríamos llamándolos así en nuestras conversaciones telefónicas.

¿Fue esa mañana cuando hablamos por primera vez de los ángeles?

Creo que sí.

—Tú que conoces a tantos —me dijiste en un momento dado—, ¿no podrías invocar a alguno para que venga en mi auxilio?

—Claro que sí —te aseguré—. De ahora en adelante habrá un continuo frufrú de alas a tu alrededor.

Sonreíste a duras penas. Tenías ya la mirada muy cansada. Me levanté entonces, te di un beso en la frente y te dejé solo en aquel triste rincón del Monoblocco.

Volví varias semanas después a Padua, cuando empezabas a recuperarte de la operación. Aunque seguías en el Monoblocco, te habían trasladado de habitación. Sólo dos camas y, desde tus ventanas, se veía la cúpula de la basílica de San Antonio.

El ambiente a tu alrededor había cambiado sustancialmente. Con tu paciencia y tu sonrisa, habías conseguido suscitar la alegre complicidad de las personas que te rodeaban. La operación había ido bien, no habían surgido complicaciones. Parecías sereno allí incorporado contra los almohadones, con otra luz en los ojos.

Estando yo allí, pasó el cirujano que te había operado y hablamos un

poco con él. Los días venideros prometían ser un camino recto, carente de sombras.

Después, cuando nos quedamos a solas, me contaste el gravísimo ataque de pánico que te había entrado al despertar de la anestesia.

Por lo visto, estabas perfectamente consciente, pero sentías que los brazos no te obedecían, igual que las piernas. No conseguías que las palabras salieran por tu boca, querías gritar pero, más allá de un silencio desesperado, no eras capaz de emitir sonido alguno.

Creíste que ibas a enloquecer de terror.

Hasta más tarde, cuando empezaste a recuperar las facultades, no te explicaron que era un efecto secundario del curare que habían utilizado para anestesiarte. Efectivamente ese veneno, el mismo que utilizaban ciertas tribus indígenas de Sudamérica para paralizar a sus presas, provoca el mismo efecto en quien se despierta tras una operación larga.

En cualquier caso, estabas contento, te brillaban los ojos, esperanzados. La diestra cuchilla de un cirujano había cercenado el mal. El Gran Visir se había convertido en un paladín y te había liberado del sortilegio que te tenía prisionero. Sin aquel retazo de muerte dentro, volviste a sentir la libertad de embarcarte en proyectos de futuro.

Yo había venido leyendo en el tren la historia de Carlo Acutis, un joven milanés al que una leucemia fulminante le arrebató la vida con quince años, y cuya fama de santidad estaba difundiéndose misteriosamente por el mundo entero. Me pediste que te enseñara alguna foto suya.

—¿Qué hizo de especial?

—Especial, nada —te respondí—, ni milagros, ni comportamientos extravagantes. Iba al instituto, le encantaban los ordenadores, tenía muchos amigos, adoraba a los perros. Vivía imbuido por la luz del Resucitado, a lo mejor fue eso lo que le dio tanta libertad.

—¿De qué libertad hablas?

—De la que deberíamos tener todos: ser partícipes de todo, sin ser prisioneros de nada.

—¿Qué es la santidad? —me preguntaste tras una pausa, sin apartar los ojos del rostro de ese chico.

Me levanté para quitarme el jersey, hacía un calor horrible en la habitación.

—Puede que sea sólo prestar atención, escuchar —te respondí mientras volvía a tu lado.

Se hizo un silencio entre ambos.

Después, con una repentina seriedad en la mirada, me susurraste:

—En cuanto esté en casa, quiero volver a recibir la comunión.

No había en tus palabras ni miedo ni una necesidad humana de consuelo.

Fue más bien una visión que se recomponía.

Oí de fondo el ruido del carrito de la comida, que se acercaba con el almuerzo.

—Puede ser bonito —comenté—. ¿Qué es ese trocito de pan sino una tienda del encuentro, donde el Eterno baja para abrazar el Tiempo? Y todos necesitamos ese abrazo como el aire que respiramos.

Vi entonces que un velo de agotamiento te nublaba los ojos, y además el tiempo de mi visita estaba tocando a su fin. Había llegado mi amigo Maurizio para recogerme y llevarme a la estación.

Te dejé allí adormilado, con la expresión serena de un niño perdido entre el blanco de los almohadones.

En el largo trayecto hasta casa, mientras atravesaba el gris invernal de la llanura del Véneto, volví a pensar en los ángeles: ¿quién se molesta ya en invocarlos?

Kokabiel, Uriel, Leliel, ¿dónde estáis?

¿Quién se acuerda ya de vuestros nombres?

En la modorra calurosa del tren me adormilé y, en el duermevela, tuve una visión: en lugar de tener ante mí la escalera de Jacob, se me apareció la sala de espera de una estación abandonada.

Tenía la misma luz que había en mi juventud en algunas estaciones de tren de Europa del Este y, esperando un convoy que no pasaría nunca, había una multitud de ángeles. Ángeles con las alas ya fláccidas, llenas de polvo. Ángeles agotados, sentados, apoyados contra la pared. Ángeles ya sin trabajo. Testimonios de la Creación de los que nadie tenía necesidad ya. Auxiliadores a los que se les negaba el auxilio.

Qué tristeza dan los ángeles expectantes, pensé cuando volví a la realidad. Y qué desoladoramente triste es este mundo que ya no los necesita.

En los meses que siguieron sólo tuvimos contacto por teléfono. Habías empezado las sesiones de quimio y las pocas energías que te quedaban las reservabas para sobrevivir al impacto que provocaban en tu cuerpo. Fue un auténtico calvario. Sin embargo, lo que yo esperaba, lo que tú esperabas, es decir, que el cuerpo se fuera habituando poco a poco y sufrieras algo menos, no llegó.

Y no quedó ahí la cosa.

En poco tiempo el Maligno se infiltró en tus vasos sanguíneos y linfáticos y reapareció en otros puntos de tu cuerpo, con más arrogancia y vitalidad que nunca. Sus células anárquicas —que lo único que saben hacer es reproducirse y destruir— consiguen su victoria, su invencibilidad inmortal, a través de la metástasis.

—Qué astuto es, muy astuto —me repetías por teléfono con voz muy cansada—. Es realmente el Maligno. Está por todas partes. Cambia las cartas que están en la mesa en plena partida. No respeta ninguna regla establecida. Es puro mal, el mal absoluto. —Después, con las últimas

fuerzas, me preguntaste—: ¿Y los ángeles? ¿Sigues encargándote de mantenerlos despiertos?

—¡Por supuesto! Si se adormilan, los echo a patadas del batallón —te tranquilicé con el tono imperioso de un sargento de marines.

22

Este libro es la última piedra que llevaba en el cuévano, la más pesada, la que quedaba en el fondo. He tenido que meter el brazo hasta abajo del todo, buscarla en lo más oscuro, sacarla de su escondite de hojas.

De todos los libros que he escrito éste ha sido el único cuyo final conocía desde el principio. No había sorpresa posible, ni giro de guion, ni vía de escape.

El final era la palabra *muerte* , escrita al lado de tu nombre, Pierluigi Cappello, vocalizado con esmero, como cuando se pasaba lista en el colegio. Lista a la que no podrías ya responder con un «¡Presente!».

Pasaste tu último año postrado en cama, mirando el techo y el castaño de Indias de flores rosas al otro lado de la ventana, o bien la televisión que te habían regalado tus admiradores, por no hablar de los techos y de los modestos paisajes de los hospitales donde fuiste recuperándote poco a poco.

A veces, cuando te llamaba, resultaba que estabas viendo un documental que yo había visto hacía poco y nos poníamos a comentar las escenas que nos habían impactado más. Los de geología eran nuestros favoritos. La vida de los volcanes, con sus explosiones, sus humaredas, la tierra que, de golpe, muestra su corazón incandescente a golpe de coladas de lava que parecen olas del mar; o, desde la seguridad de nuestras casas, en tierra firme, contemplábamos los destrozos de los tsunamis, esas paredes de agua enloquecidas que lo arrasaban todo, dejando sólo tras de sí destrucción y muerte.

Tu capacidad, aún intacta, para asombrarte ante las cosas más sorprendentes fue posiblemente la característica que más marcó nuestra amistad. Era como si mirásemos siempre todo con el asombro de un niño maravillado.

Puede que esta vida no tenga más secreto.

Después de nuestras llamadas, me iba a andar por el campo con mi perro. Eran largas caminatas a paso rápido, con la esperanza de que el aire y el movimiento evaporaran los ardores que sentía por dentro. Cuando encontraba un roble grande, apoyaba la frente en el tronco y me echaba a llorar.

Entretanto, seguía encargándome de las tropas de ángeles. Las llamaba, unas veces con la cabeza fría, otras en plena confusión.

Iba a menudo a ver a una amiga mía ordenada que tiene ya casi cien

años y vive en medio del monte, y está familiarizada con el mundo de lo invisible, es decir, con lo que, a la vez, se nos escapa y nos fundamenta.

Me sentaba a su lado en la penumbra —entre ambas, tan sólo el resplandor de una vela— y hablábamos de ti, de tu poesía, de la vida y la muerte, que no es sino una puerta. Fuera estaban los bosques, el viento, el hielo, el silencio que todo lo devoraba.

Y al devorarlo, lo llenaba de vida.

Te llamaba desde allí, sentada en algún rincón del retiro.

—Están llegando los ángeles custodios —te decía—, son un auténtico ejército. El mío, el tuyo y el de todas las personas que te quieren. Al parecer se han movilizado también algunos de mayor rango. Rafael, el sanador, o Miguel, cuya espada es la única capaz de cercenar el Mal. Incluso algún querubín no tardará en dejar el trono de la Gloria para ir a alegrarte con el arcoíris que lleva pintado en las alas.

Te decía todo eso y sentía que era cierto.

En esa época mis días estaban rodeados de plumas, como si viviera en una fábrica de cojines. Tenía la sensación de que era cierto, pero también era consciente de que la naturaleza tiene sus propias leyes, de que, cuando se abre una herida incluso en el árbol más majestuoso —un rayo, una quemadura, arañazos de zarpas o cornadas de algún animal—, por esa misma herida se deslizan las esporas de los hongos, las bacterias, los insectos destructores.

La acción no es inmediata, pero sucede con el tiempo, en su mayor parte en penumbra. Cuando, con el tiempo, ese ajetreo infatigable se vuelve visible, ya es tarde para salvar la planta.

Tú no eras otra cosa que una gran haya de raíces poderosas y copa cobriza, pero, en ese triunfo de fuerza sosegada, hacía muchos años que se había abierto una grieta. Y por esa grieta —en silencio y durante décadas — se habían infiltrado los enemigos que te habían conducido, meticulosa e inexorablemente, al punto en el que te encontrabas.

Seguía adelante la más humana de las luchas.

El Maligno hacía sus movimientos y nosotros, con nuestros medios, la contra.

Entretanto, todavía conseguías escribir algún verso, aquel largo texto en prosa sobre tu última escapada. En las noches infernales siempre te acompañaba tu amada Fabiola. Paolo, tu amigo médico con ojos de bueno, intentaba dar con el movimiento definitivo sobre el tablero, el que nos permitiría gritar al unísono: «¡Jaque mate!».

Nuestras conversaciones telefónicas se centraban ya solamente en esa salida del Armagedón. Análisis, contraanálisis, mediciones escrupulosas. ¿Cuántos centímetros? ¿Se ha reducido? ¿No se ha reducido?

¿Está reduciéndose?

Todos esperábamos el milagro, con la esperanza de levantarnos una

mañana y decir: «Ya está. ¡Se ha ido para siempre!», para luego celebrarlo juntos, con alegría, levantando las copas en alto.

Yo personalmente nunca apagué el débil farol de esperanza. Sé que nada es imposible para Dios, pero sé igual de bien que nuestros sueños no son Sus sueños, ni nuestros deseos Sus deseos.

Que coincidan es una esperanza de lo más humana, que sin embargo sólo se da en casos extraordinarios. El destino permanece escondido tras una cortina tupida, a veces nos concede un resplandor, una llamita que nos permite acercarnos a una chispa de comprensión.

Ya te había acariciado la guadaña de la muerte treinta y cuatro años antes. A tu amigo se lo llevó y a ti te dejó aquí.

Te pasó lo que les ocurre a los árboles. Un manzano al que abandonan a su suerte se vuelve pronto salvaje y deja de dar manzanas.

Es la poda lo que mantiene con vida los frutales.

También la vida poda, a unos más que a otros. Algunos se amustian y se secan, otros recuperan el vigor, y ese vigor se transforma en alimento capaz de ofrecerse al otro.

Quizá sea ese alimento lo que pesan los ángeles el Día del Juicio.

La primavera pasada fui a verte con Roberta aprovechando una pausa entre las sesiones de quimio. Alquilamos dos habitaciones en la pensión al lado de tu casa para poder pasar más tiempo juntos. El día que llegamos estaba también contigo Fabiola, y pasamos la tarde bromeando.

Te descargué varias aplicaciones nuevas en la tableta, entre otras, una que permitía colorear imágenes acariciando mínimamente la pantalla con el dedo.

Escogiste un bonito tractor y lo pintaste con tonos vivos. Cuando Fabiola se fue luego a preparar la pizza y nos dejó a solas, me contaste por lo bajo la tremenda tristeza que te había entrado unos días antes cuando, al amanecer, oíste el canto del gallo, que le daba la bienvenida al día.

Tu desesperación no tardó en convertirse también en la mía. No temías morir, lo único que sentías por dentro era el martirio de tener que dejar atrás el esplendor que, gracias a tu apasionado amor por la vida, eras capaz de ver en todas las cosas, en todos los instantes.

Tener que abandonar tu casita roja —construida con tanto amor y tan poco tiempo habitada—, el castaño de Indias y sus flores rosas, que tenías la esperanza de poder ver florecer en multitud de estaciones más.

Tener que separarte de la maravillosa colección de aviones y de todas las maquetas que todavía podrías haber construido con el tiempo.

Dejar el *frico* , el tabaco, los suculentos almuerzos con Benito y Giulio, la espera de la nieve y del fin de las lluvias, los culebreos de las lagartijas entre la hierba y los brincos de los saltamontes.

No poder ver crecer a tu sobrino Nicolò, no poder estar cerca de

Chiara, que tanto se parece a ti, igual de sensible y reservada.

No poder ya bromear con tu hermano y todas las personas que tanto te querían.

Y realmente eran muchas.

También yo, en algunos amaneceres, aunque gozaba de buena salud, me vi totalmente desesperada. Me acuerdo de un mirlo que siempre se posaba bajo mis ventanas.

Se ponía a cantar cuando todavía estaba oscuro y ese canto, por extraordinario y melodioso que fuese, siempre terminaba en una nota suspendida.

Parecía plantearle una pregunta al cielo y era una pregunta que, en su perentoriedad, exigía una respuesta.

¿Qué sentido tiene vivir?

¿Y morir?

La vida pasa como una sombra.

A la mañana siguiente, la ambulancia que te llevaba de vuelta al hospital de Tolmezzo y nuestro coche salieron a la misma hora.

Tú llegaste pronto a tu destino, mientras que nosotras nos vimos atrapadas en el atasco más horrible de mi vida, una fila ininterrumpida de camiones parados desde Udine hasta la estación de Mestre. Era un coche de alquiler y teníamos que dejarlo en Venecia para coger el tren desde allí.

Pasaban las horas y los trenes se iban sin nosotras. Para aliviar el agobio, saqué la tableta y empecé a colorear los mismos dibujos que habíamos hecho juntos. Un autobús, un cervatillo, dos granados, cinco o seis peces que daban vueltas, apaciblemente, en un enredo de algas.

Era una forma de sentirme más cerca de ti.

Entretanto, a principios de verano, el Maligno, tras meses y meses bombardeado por la quimio, empezó a menguar.

Si se reducía hasta cierto tamaño, me contaste, podía volver a intentarse la vía del bisturí y, después del bisturí, una nueva cura que parecía muy prometedora. Es decir, cerrarle todas las vías de sustento y obligarle así a morir de hambre.

El Maligno tenía una astucia perversa, pero nosotros intentamos ser más astutos que él. Queríamos sorprenderlo con un movimiento que no se esperase, asistir con alegría a su impotente rendición al tedio.

Todo parecía estar yendo lo mejor posible.

Te operaron a finales de agosto.

Hablamos contigo poco después. Tenías sólo un hilo de voz. El 12 de septiembre te harían un TAC que determinaría la victoria o la derrota.

En el transcurso de ese verano demasiado caluroso, los ángeles se habían adormecido un poco, de modo que cogí la corneta y, con todo el aire de mis pulmones, la toqué para despertarlos.

Durante semanas todo dio vueltas en torno al 12 de septiembre, día en que por fin conoceríamos el veredicto del hospital de Tolmezzo.

La noche anterior no pude dormir, llegó el amanecer y yo ya estaba en pie. No cantaba ningún mirlo, en el bosque sólo retumbaban las escopetas de los cazadores. Me dediqué a dar vueltas de un lado para otro, por la casa, con el teléfono en la mano.

Cuando por fin sonó, a las nueve de la mañana, estaba ante la puerta de mi dormitorio.

—Menos de un centímetro —me susurraste con una voz apenas audible —. Hemos ganado.

—¡Hurraaa! ¡Yujuu! ¡Hurra! —grité con una alegría infantil, mientras lanzaba los brazos al aire y bailaba como si tuviera delante los rollos de la Torá.

—¡Hemos ganado! ¡Sí, hemos ganado!

23

Anoche, antes de acostarme, me quedé un rato en la ventana. No corría un aire especialmente frío, había luna llena, estaba todo iluminado. Las estrellas brillaban en el cielo y brillaba la nieve sobre la tierra, como si entablaran un diálogo silencioso entre ellas.

En la linde del bosque ladraba un san bernardo delante de su rebaño. De la oscuridad de los abetos llegaban los ruidillos de los animales nocturnos. Era eso lo que ponía en alerta al perro. Después los ruidos desaparecieron y se calló. Sólo quedó suspendido en el aire el discurrir del torrente que atraviesa el valle.

Esta mañana el día estaba cristalino como solamente pueden estarlo las mañanas de enero en el monte. He salido de casa antes incluso de que el sol acariciara los picos de los abetos.

Estaba allí encaramado en lo alto, lamiendo con un manto rosado las cumbres que coronan el valle y las que, en la distancia, confinan el horizonte.

Me he adentrado en el bosque y he llegado a una pradera alpina donde ya otras veces había acabado. Desde allí, sin embargo, el mundo se regala a la mirada como si fuera un juego en miniatura.

He visto abajo la granja donde me alojo y, más arriba, a la izquierda, la del san bernardo. Veo el establo, los cristales de las ventanas que imagino opacos por el aliento de las vacas.

Veo las pilas de troncos cortados y los tractores que los llevaron hasta allí.

Veo el minúsculo comercio del pueblo —donde un día encontré hasta una estrella de *sheriff* de hojalata, que seguramente estuviera allí desde la época de nuestra infancia— y, al poco, la iglesia con su tejado en punta, el pequeño cementerio con los caminitos barridos por la nieve.

Al subir por la pista forestal iba pensando que, ahora que me has dejado sola, no tengo ya ganas de muchas cosas.

Ante todo, no tengo ganas de seguir fingiendo, ni de participar en ese rumor del mundo que nunca me apasionó y que nunca me perteneció.

Mi único deseo ya es la esencialidad, poder pasar más tiempo en un sitio remoto como éste. Un lugar alto en el que sólo haya que levantar la vista para ver el horizonte, para sentirse rodeada de ese silencio profundo —ese mismo que ambos sabíamos que no era en realidad tal cosa— que puebla los días.

Quizá envejecer sea también eso.

Eliminar todo lo que no sirve, recogerse en uno mismo, empezar a respirar de otra forma, con más calma, más desapego, como si nos preparásemos para un viaje e intentáramos conocer un poco de antemano el mundo que nos acogerá.

¿Te acuerdas de cuando, hace dos primaveras, te hablé de la pequeña golondrina que se había caído del nido y que conseguí con mucho esfuerzo criar a mano, sustituyendo a la madre?

La llamé *Ursus* , te conté, como el protagonista de esas películas mitológicas, porque desde el principio demostró una voluntad de vivir impresionante.

Aquella historia te apasionó.

Así que cuando la primavera pasada te anuncié que había vuelto y que una mañana, de pronto, al abrir la ventana, me la encontré en la habitación, te conmovió.

—*¡Ursus!* —exclamé al verla, y me respondió con el alegre trino que caracteriza su especie.

Dio cuatro o cinco vueltas en círculo, como hacen las golondrinas, y luego vio un cable de la luz, se posó encima y allí se quedó.

Estuvo tres o cuatro días haciendo lo mismo. Aparecía de pronto en la cocina, en el salón, en el comedor. Se posaba en algún sitio en alto y empezaba a trisar como si quisiera compartir conmigo todas las cosas que había hecho en esos largos meses de separación.

Hoy, mientras subía por las curvas cerradas del camino, he pensado que la vida del alma no es muy distinta a la de una golondrina. Una criatura que, por una llamada interior a la que no puede resistirse, deja de golpe el mundo que le es conocido para embarcarse en un viaje cuya meta ignora.

¿No le pasó eso mismo también a *Ursus* ?

Le entró una agitación repentina en septiembre, se unió al resto de golondrinas en los cables de la luz y desde allí alzó el vuelo, desafiando lo desconocido.

Del mundo limitado del nido y de la calidez de mi mano llegó a la costa, superando el espacio infinito del mar y la extensión clara del desierto.

No tenía ni idea de adónde estaba yendo, seguía sólo una voz interior que le decía: «¡Atraviesa ese umbral, ven!».

Puede que el trisar que invadió mi casa, a la primavera siguiente, no fuera otra cosa que el relato de ese viaje increíble.

«Tú no puedes saberlo porque no tienes alas», parecía querer decirme, pero, más allá de este mundo, hay otro del que todos provenimos.

¿No ocurre lo mismo con nuestras almas?

Existimos de golpe, pero ¿dónde estábamos antes de abrirnos al tiempo?

Y cuando nuestro cuerpo yace ya inerte, ¿qué viaje debemos aún completar?

¿Y qué es la poesía sino reconocer la nostalgia de lo eterno que habita desde siempre en nuestros corazones?

Mientras pensaba en todo esto, los rayos del sol han acariciado las ramas más bajas de los abetos desde las puntas.

Lo que era sombra se ha convertido en luz.

Al levantar la vista he visto brillar las agujas, presas aún del hielo de la noche.

Estuve muchos años haciendo este mismo camino con mi perra. Se llamaba *Tea* , y era un perro pastor, sorda de nacimiento, de ahí que nuestro diálogo dependiera totalmente de las manos, de lo que decían y no decían mis ojos. Iba siempre andando delante de mí, con el paso ligero de una zorra.

Cuando se abría una encrucijada en el camino, se paraba a la espera de mi señal. Se quedaba de pie, con la lengua fuera, esperando un gesto. ¿Recto? ¿A la derecha? ¿A la izquierda?

Desde que me dejó, la echo en falta como a una persona. Murió con dieciséis años, entre mis brazos. Esperó a que volviera de un viaje, me hizo todo tipo de fiestas y después, al instante, sufrió un ictus.

En todos los días de agonía que siguieron no la dejé sola ni por un instante. A cada tanto levantaba débilmente los párpados, y nada más ver que estaba a su lado, meneaba el rabo en señal de reconocimiento.

Cuando sentí que su cuerpo se volvía inerte, y vi que sus ojos se tornaban de pronto vidriosos, comprendí que había desaparecido una parte de mi vida.

Tal vez por eso *Tea* se me ha aparecido muchas veces en sueños desde entonces. La veo de pronto ante mí, en silencio, con toda la energía de su cuerpo concentrada en la expectación ardiente de la mirada.

¿Vienes?

¿Hacia dónde debemos ir?

¿Será con esa misma mirada de impaciencia ardorosa como me esperarás también tú, querido, cuando esté ante la gran encrucijada?

Así lo espero, sé que será así.

Lo que me dice que no me equivoco es escuchar la palabra que durante tanto tiempo nos unió, su eco en el corazón.

Al grito de victoria del 12 de septiembre le siguió un largo silencio. No cogías el teléfono. Yo tenía un viaje a Cerdeña programado, ya con los billetes pagados y las maletas preparadas.

Pero mi sexto sentido me impulsó a cancelarlo.

Diez días sin respuesta eran realmente demasiados.

Roberta y yo nos metimos en el coche y nos fuimos las dos a verte hasta Friuli.

Al llegar delante de tu casa, había ya varios coches aparcados, y la verja estaba entornada. Enfilé con paso ligero el caminito, con un nudo en la garganta.

Alina me dejó pasar en el acto a tu habitación.

Paolo estaba sentado en la camita al lado de la pared; en sus ojos de médico amigo, la luz desesperada de la derrota. Estaba también su mujer. Al lado, en una pose serena, con las alas discretamente recogidas en torno al cuerpo, el Ángel de la Muerte.

—¿Qué has liado ya? —te pregunté al tiempo que el nudo estallaba en un sollozo de violencia infantil.

Nos dejaron solos.

Me senté enfrente. Tú cogiste un cigarro del paquete y yo hice otro tanto. Fumamos en silencio, sin dejar de mirarnos a los ojos.

Al final te dije:

—Nuestro libro lo vamos a hacer igualmente.

Arqueaste las cejas en un gesto de incredulidad.

El libro es éste.

Dos días más tarde la situación se precipitó.

Al rozarte la cabeza con una caricia sentí tu sobresalto, como si te recorriera una descarga eléctrica. La metástasis era ya omnipresente, debías de tener unos dolores terribles.

Alina llegó con un helado e intentó que te lo comieras. «¿Prefieres pizza mejor?», te preguntó entonces, pero no eras ya capaz de responder.

Lenta, muy lentamente, te adormilaste.

En lo que estuviste durmiendo fui a dar un paseo por Tricesimo. Era un día caluroso. Me pedí un helado del mismo sabor que tú acababas de probar, de limón y fresa, y luego maté el tiempo entrando en una tienda de instrumentos musicales y charlando con el dueño sobre el sonido de los pianos japoneses.

Me movía como en la luz de un sueño.

Cuando más tarde volví a la casita roja, te encontré otra vez despierto, si es que a ese estado de agonía se le puede considerar tal cosa. Desde la puerta del jardín se veían los arbustos de piracanta que habías plantado con la esperanza de verlos crecer. Estaban cargados de bayas rojas. Me senté en la silla al lado de tu cama y te cogí la mano.

—¿Sabes por qué tienen tantos frutos? —te pregunté señalándotelos—. Porque este verano se temieron lo peor. Demasiado calor, demasiada sequía... Eso es lo que te quieren recordar esas bayas, que la vida, pese a todo, sigue. Aquellos a los que se nos ha concedido el don de la escritura no nos diferenciamos mucho de esos arbustos pequeños. Cuando

desaparezcamos, nuestras palabras seguirán aquí, se pondrán a dar vueltas como centellas para incendiar la Tierra.

Me quedé un buen rato callada.

Pensé en la casita para pájaros que había comprado para colgarla en la rama del castaño de Indias que veías desde la cama, en el plantón de granado que te había prometido y que se había quedado en el vivero, en las bellotas, en las nueces que había enterrado y de las que ya habían despuntado plantitas, en el orgullo y la dicha con que te las habría regalado al año siguiente, diciéndote: «Aquí tienes la sombra para tu casa».

La Sombra superior acabó con esa necesidad.

Los pájaros callaban.

Tus ojos se parecían cada vez más a los de un recién nacido, suspendidos entre dos dimensiones. Te apreté entonces la mano entre las mías y te dije:

—La poesía ilumina el mundo. —Después me levanté y te di en esa frente tan querida y amada el beso largo de una madre—. Adiós, chico del Malignani —te susurré y, sin volver la vista atrás, salí de la habitación.

Una vez abandonada la quietud de tu casa, volví a sumergirme en el tráfico confuso de los centros comerciales. A mi alrededor, un relumbre de chapas, parachoques, espejitos que se reflejaban en las fachadas relucientes de los templos del consumo.

Todo brilla, pensé, pero nada resplandece realmente.

La luz sin Luz, ¿qué luz es?

Aturde, deslumbra, no dista mucho de esa con la que engañan a las alondras y las atraen hacia el fuego de las escopetas. Una sociedad de alondras privadas ya de la gracia del canto.

Me sentía agotada. Necesitaba tomar algo fresco, de modo que me encerré en uno de esos cubos destellantes.

Mientras bebía un vaso de agua, me vinieron a la memoria tus palabras.

Construir una cabaña
de piedras ramas hojas
un corazón de palabras
aquí, lejos del mundo,
en el centro de las cosas,
en el punto más profundo.

Era la cabaña en la que vivimos los años que duró nuestra amistad. Al salir de ella, me dejaste sentada sola bajo las brozas del techo.

Lo bueno de las cabañas es que no tienen puertas, no hay realmente un dentro y un fuera, un aquí y un allá. La cabaña no conoce la rigidez de los límites.

Mientras una muchedumbre indiferente pasaba a mi alrededor, pensé que esa cabaña estaba esperándonos desde el día que vinimos al mundo.

Habíamos soñado con hacer muchas cosas distintas, convencidos de tener infinidad de caminos abiertos ante nosotros. En realidad es posible que desde el principio nuestro recorrido estuviese marcado como el del laberinto de Cnosos, sólo que nuestro hilo se desenrollaba en sentido opuesto. En lugar de guiarnos hacia fuera, nos envolvía y nos absorbía hacia el interior, hacia el Minotauro.

Pero nuestro Minotauro era un muro.

El muro de las palabras.

Ante aquel muro tuvimos que despojarnos de todo, ante aquel muro nos hundimos en la oscuridad más oscura.

Y desde esa oscuridad tomamos forma.

¿Te acuerdas de cuando hablamos de las luciérnagas? Pasolini se equivocaba, por suerte sigue habiendo muchas, te dije yo.

Eso, quizá fue eso lo que no paramos de hacer en nuestra cabaña, atraer a las luciérnagas.

Se nos posaban sin miedo en las manos, nos quedábamos contemplando su belleza y luego las dejábamos ir para que también así los demás pudieran disfrutar de su esplendor minúsculo y frágil. La noche es quien nos brinda sus encantos, por el día no son más que insectos normales y corrientes.

¿No ocurre eso mismo con toda forma de vida?

Todo vive gracias a la luz, pero nace de la oscuridad. Para quebrar el tegumento de la semilla y conseguir que asome el brote, la planta ha de sumergirse previamente en la oscuridad de la tierra. Lo mismo pasa con los pollitos: su cuerpo se forma en la penumbra del huevo, al igual que el nuestro en la oscuridad del vientre materno. Por lo demás, ¿no son acaso sinónimos nacer y venir al mundo, «a la luz», como se dice?

La vida que nace está siempre recubierta con un velo, porque nuestro origen es velado, igual que permanece oscuro el tránsito de nuestro fin.

¿Y si la muerte fuera una forma nueva de nacimiento?

¿Cerrar una puerta para abrir otra a un mundo desconocido? Tú que has traspasado ese umbral tal vez sepas ya algo que yo tan sólo soy capaz de intuir.

De golpe vi al Ángel de la Muerte. Estaba inclinándose sobre ti y te cogía en brazos con delicadeza.

¿Hay un ángel también para quien se queda?, me pregunté.

¿Un Ángel del Consuelo?

Al salir del bar, levanté la vista y estaba Shalgiel, el Ángel de la Nieve. Estaba allí suspendido, como si esperara una orden mía.

—Abre bien las puertas de tu reino —le dije entonces.

Que la nieve caiga en abundancia y lo recubra todo, los edificios y los

coches, los cristales y los reclamos de espejitos para las alondras, la tristeza y la soledad de los corazones. Que su manto crezca, que su manto lave, que, con su blancura, le devuelva a todo la inocencia.

En esa nieve plantaré mis árboles.

En esa nieve, con ramas de abeto, reconstruiré nuestra cabaña. Trazaré el sendero para llegar a ella, escucharé mis zapatos rechinar sobre la tierra compacta y esperaré en silencio que me alcance el rechinar de los tuyos.

Notas

1 . Paráfrasis del «Canto nocturno de un pastor errante de Asia», traducción de Diego Navarro. *(N. de la t.)*

1 . Del poema «Meriggiare pallido e assorto», del poemario *Ossi di seppia* , traducción de Jesús López Pacheco en *Poesía italiana contemporánea* , Guadarrama, Madrid, 1959. *(N. de la t.)*

Tu mirada ilumina el mundo
Susanna Tamaro

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Il tuo sguardo illumina il mondo*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, MaryJoHoffman

© Susanna Tamaro, 2018

© de la traducción, Julia Osuna Aguilar, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2020

ISBN: 978-84-322-3734-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta